

RAFAEL CHIRBES

En la lucha final



Lectulandia

En la novela de Rafael Chirbes, situada en el Madrid contemporáneo, desvelados por un narrador que aún no ha conseguido las credenciales para pertenecer al grupo cuyas peripecias relata, desfilan los miembros de una nueva clase social, los que ahora pelean en un estrecho cuerpo a cuerpo por el poder y sus migajas, y viven con el sordo y continuo temor a la caída. Amelia, importante colaboradora en una editorial, que vive con Carlos, el «rico» del grupo, pero mantiene fugaces amoríos con otros; José, escritor de éxito, que utiliza la literatura para ocultarse; Concha, su mujer, que defiende despiadadamente el espacio conquistado en una clase social superior que siempre la fascinara; Ricardo Alcántara, el enigmático personaje que, después de un largo exilio, regresa al grupo quince años después...

Todos ellos paradigmas ejemplares de una clase social cuya única aspiración verdadera es subir cada día un escalón más, aunque se deleiten en recordar de vez en cuando, con pegajosa nostalgia, los días en que amaban la literatura y la justicia y soñaban con ser protagonistas en la gloriosa «lucha final».

Rafael Chirbes, que se revelara en *Mimoun*, esa «hermosa e inquietante novela», en palabras de Carmen Martín Gaité, como una de las voces más personales e interesantes de la actual narrativa española, confirma con *En la lucha final* todas las esperanzas depositadas en él. Novela densa y ambiciosa, complejo fresco de una escena política y cultural fácilmente identificable, nos muestra a un narrador espléndido con total dominio de sus recursos, a un urdidor de historias y personajes que, como en toda la gran literatura, alcanzan una entidad y verosimilitud iluminadoras.

Lectulandia

Rafael Chirbes

En la lucha final

ePub r1.0

orhi 05.07.16

Título original: *En la lucha final*

Rafael Chirbes, 1991

Ilustración: panel del díptico «La gran ciudad», de Otto Dix, 1927-28, Museo Municipal de Stuttgart

Diseño de cubierta: Julio Vivas

Editor digital: orhi

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Primera parte

1

Relucían como joyas, si uno los contemplaba desde lejos, y la verdad es que, en la distancia, llegaron a deslumbrarme. Luego, cuando me acerqué a ellos, descubrí que su brillo era el de los cristales rotos. Supe que me habían atrapado, porque también yo me había empezado a resquebrajar.

No formaba parte del grupo, aunque acudí algunas veces al jardín de Carlos y Amelia, convencido de que allí se encontraba el centro de algo que iba a acabar necesitando. Se me incluía en ese montón de amigos de los amigos de él, que había ido sustituyendo al inicial núcleo de amigos de los amigos de ella, y ni siquiera recuerdo cómo me fui acercando a aquella corte en la que los dos reinaban indiscutidos. Tampoco tuve mucho trato con Carlos. No creo que llegara nunca a aprenderse mi nombre. Nos habíamos visto en algunas exposiciones, en presentaciones de libros, en sitios así, y siempre me devolvía el saludo, sonreía, y se iba con el vaso a otra parte. Me tenía indefinidamente catalogado como componente de alguno de los rebaños humanos que se movían a su alrededor.

Yo todavía no era nadie. Aún no había empezado a publicar artículos más que en revistas de poca tirada, y ni mi nombre ni mi foto aparecían en ningún sitio. Estaba en el primer escalón, aprendiendo a reconocer a aquella gente un poco del mismo modo que los estudiantes aprenden a reconocer en las ilustraciones del libro de arte el Discóbolo de Mirón, la Venus de Milo o el Torso de Belvedere.

Con Amelia ocurrió algo desde el primer momento. No se me pasa por la cabeza decir que hubo reciprocidad. Se aprendió mi nombre después de haberse equivocado unas cuantas veces, mientras que yo sabía el suyo mucho tiempo antes de conocerla. Sin embargo, creo que empezó a notarme enseguida, con la actitud del imán que siente que hay pedazos de metal que se adhieren a su superficie.

Por entonces, ella estaba muy lejos y yo no pensaba que iba a poder entrar en su vida, ni siquiera de puntillas.

2

Pasaron meses antes de que cruzáramos un par de frases, y la primera vez no fue en su jardín, sino en casa de Brines, después de un vernissage en la galería. Debió de ser hacia el mes de mayo. Titularon la exposición «Pintores andaluces de hoy y de pasado mañana» y había cosas de Gordillo, de Pérez Villalta y de los más jóvenes. Por alguna parte debo de guardar todavía el catálogo.

Acudí a la fiesta y luego, no sé cómo, me vi formando parte de un grupo que se

dirigió a casa de Brines, con la intención de tomar una copa. Nunca había pisado aquella casa y me gustó mucho su blanca y ordenada amplitud. Ocupaba toda la planta superior y el ático de un viejo edificio del centro, muy cerca de la Capilla del Obispo, y se prolongaba en una doble terraza climatizada y llena de plantas tropicales.

La mayoría de los componentes del grupo se repartió por las terrazas. Yo preferí quedarme en la zona que correspondía al salón (los espacios no estaban definidos) y en la que había un par de Bacon. Brines me había parecido hasta entonces un tipo con buen nivel de vida, pero no opulento. Jamás hubiera pensado que pudiera permitirse dos Bacon en su casa. Uno de ellos pertenecía a la misma serie de un cartel que he tenido hasta hace poco en mi propia casa y que compré años atrás en París, en una galería de la rué de Téhéran, cerca del Pare Monceau. Me entretuve frente a él y, al darme la vuelta, la vi a mi lado.

—Carne desollada —le dije, por decir algo.

—Qué pena —se burló—. Resulta que también tú tienes vida interior. Las veces en que te he visto por el jardín de casa he llegado a pensar que eras el único cuerpo en medio de toda aquella nube de almas. Luego me he enterado de que escribes, y no me ha gustado nada enterarme, aunque sí que me ha gustado lo que escribes.

De aquel galimatías me quedé con que se había leído mi libro, publicado apenas unas semanas antes. Era el primero y no llevaba camino de convertirse en ningún éxito de ventas, aunque había sido bien recibido por los críticos.

—No escribo con el alma —le dije—, sino con las manos.

—Preferiría que escribieras con los ojos.

Se marchó. No necesitaba nada más. Había venido con la única intención de comprobar si funcionaba lo del imán y el metal, y ya sabía que sí. Lo sabíamos los dos. Más adelante, ella lo dijo de un modo bastante menos poético: «Pensé que a lo mejor eras uno de los amiguitos de Brines, y quise asegurarme de que no; ver si podía gustarte.» Después de aquel encuentro fugaz, las únicas incógnitas que nos quedaban por resolver eran cuándo y dónde.

Yo tenía mucha prisa por resolverlas. Ella no. Vivía por entonces el momento más intenso de su pasión por Ricardo Alcántara, y para los otros no tenía más que lo que decía que le gustaba de mí, o sea, ojos. Así que nos miramos durante meses («Pues claro que me acuerdo de tu nombre», me repetía cada cierto tiempo, «pero si ahora eres un escritor famoso»). Y, cuando nos despedíamos (habíamos impuesto la costumbre de despedirnos), dejábamos que nuestras manos se entretuvieran juntas más de lo necesario. Eso fue todo. Ya no me parecía lejana, pero seguía pareciéndome imposible.

Tuve que aguardar mi turno. Cuando ella se convenció de que Ricardo la había engañado, y lo apartó de sí definitivamente, empecé a alimentar la ilusión de que, además de cercana, era inevitable. Lo fue sin violencia. Cierta madrugada, a la salida de Archy, en vez de meterse en el coche de otro, se vino al mío. Llovía y, en el interior del automóvil, dejó caer su cabeza mojada sobre mi hombro. Una vez en casa, se desnudó («estoy empapada») y se puso el albornoz.

No quiso quedarse a dormir («La importancia de las formas», dijo. «A la hora de dormir, una mujer decente vuelve siempre a su casa»). Después de aquella noche, nos vimos media docena de veces antes de que Carlos fuera asesinado, ya avanzado el otoño. Hasta ese día, creí que él era el único obstáculo para que Amelia me perteneciese. Me ha tocado aprender que jamás apostará en exclusiva por nadie, y menos por una novela de cierta calidad y escaso éxito. Ni siquiera lo haría por una biblioteca completa.

Lo supe cuando la noche del asesinato de Carlos no me llamó para solicitar ayuda. Llamó a Pedro. A mí ni siquiera quiso verme hasta muchos días después. En ese tiempo de silencio, acepté de una vez por todas que Amelia es una muñeca rusa que esconde siempre a otra Amelia, no por más pequeña y oculta menos fuerte y peligrosa.

La vi abatida el día del entierro, aunque le sentaban bien la falda y las medias negras que se había puesto bajo el abrigo para acudir a la ceremonia. Apenas aceptó rozar su mejilla con la mía, y no porque quisiera guardar las apariencias de nada. Aquella tarde helada, Amelia no era la viuda de nadie, porque el cadáver de Carlos se había convertido en propiedad de la familia, y los amigos que formábamos corrillos a la puerta de la iglesia éramos sólo espectadores no del todo deseados. Las lágrimas estuvieron reservadas para la madre y los hermanos de Carlos. Sólo ellos lloraron. En los demás, hubiera parecido impúdico: como apropiarse de algo que se disfrutó durante un tiempo en arrendamiento. Ni siquiera Amelia y Brines se atrevieron a llorar cuando entró el ataúd en el furgón. Sin embargo, impusieron su presencia en el cementerio, y soportaron el desprecio vestido de indiferencia con que los castigaron los familiares de Carlos. Permanecieron allí mientras quedó a la vista un pedazo de ataúd: luego, se volvieron caminando hasta la puerta y esperaron un taxi. Nadie les propuso una plaza en alguno de los numerosos automóviles que formaban el cortejo familiar.

Después de aquella tarde, Amelia dejó pasar casi un mes sin telefonarme. Para entonces había abandonado la casa de La Moraleja y se había ido a vivir provisionalmente con Concha. Me citó en una cafetería de la Gran Vía. Charlamos del grupo y de nosotros mismos. Brines había dicho el día del entierro que la muerte de Carlos era «una lección moral errónea». Y también: «En esta ocasión, la muerte se ha equivocado de clase. Digamos que, por una vez, el maestro ha acusado al alumno

de la primera fila.»

En la conversación con Amelia, aparecieron nuevamente estas palabras y empecé a pensar que era un buen tema para mi segunda novela. Me atraía la idea de que el error resultara ser la verdad más significativa y cargada de intención. Quizá sólo se trataba de la esperanza de conseguir a Amelia duplicando el precio inicial: dos novelas en vez de una. Otro disfraz del error.

Cuando nos despedimos, sentía una desazón punzante. Dirigí el coche hacia La Moraleja. Era una tarde espléndida, aunque hacía frío. Me fumé un cigarrillo ante la casa que había sido de Carlos. Creo que fue la primera vez en que la vi de verdad. Me interesaron los detalles en que no había reparado hasta entonces: el tejado ostentosamente antiguo, con las dos chimeneas al extremo, la vidriera del salón, la suave colina envolviendo la mancha helada y azul de la piscina, y el silencio. Esa misma noche empecé a escribir esta historia.

Desde entonces he vuelto con frecuencia, sin otro propósito que el de contemplar la casa deshabitada. Siempre me he encontrado con el mismo silencio, la cristalera muda y las ventanas cerradas. Sin embargo, alguien se esfuerza en mantener intacto el decorado, cuida del jardín, corta el césped y poda los rosales. A veces tengo la impresión de que visito un teatro vacío que espera a que los actores regresen de una gira para reanudar las representaciones.

4

—Algunas noches sueño con ella y la veo mirándose el relojito y buscando la gabardina francesa en el perchero. Amelia siempre ha estado yéndose —concluye Pedro su balance de diez años de relaciones secretas.

Cada vez que visito la casa de Pedro, retraso unos instantes el momento de pulsar el timbre, e intento pensar en las veces que Amelia pisó ese descansillo. No consigo imaginármela, y mucho menos sentir dolor alguno, porque en vez del aguijón del deseo, me invade la angustia de la muerte. Pienso en Santiago, a quien no conozco, en el cuchillo que le robó a Pedro y que usó para matar a Carlos. A veces abro la ventana que da al patio de luces y apoyo mis manos en el marco, como debía apoyar Santiago las suyas mientras vigilaba a Pedro, no sólo para robarle, sino por ese otro sentimiento cuyo recuerdo consigue que las manos que he apoyado un momento antes en el marco se me llenen de algo pegajoso. Quizá tiene razón Pedro, y Amelia no estuvo nunca aquí —sólo de paso— y se llevó cada vez consigo todas las vibraciones, dejando en su lugar un gas neutro.

Rompieron casi un año antes de que Carlos fuera asesinado, una tarde en que ella

le dijo, como de pasada, que el editor había leído la novela de Ricardo y la había encontrado fascinante. «Ésa fue la palabra que me jodió, *fascinante*. No sé qué coño de hilo nos unía, pero me di cuenta de que acababa de romperse», dice Pedro de aquel último encuentro furtivo.

Se veían los martes por la tarde, se acostaban, y luego ella miraba el reloj, decía «Tengo que irme», y se marchaba precipitadamente. Pedro la acompañaba hasta el portal. Dice: «No hablábamos. Nos veíamos para joder.» Y a mí me cuesta imaginarme a esa Amelia que él me cuenta. No consigo verla cerrándose las ventanas del cerebro y acechando, como una alimaña, la carne. No puedo creermelo, ni siquiera esforzándose, haya conseguido sentirse atrapada por la disposición, peso y volumen de los miembros de nadie. No conozco a la Amelia de Pedro, e intuyo que él —por alguna razón que se me escapa— ha sido otro de sus espejos. Sospecho que a su lado, descubriría algo de sí misma que no se tolera y la sombra de cuya existencia la embellece y me seduce.

Lo de la novela de Ricardo lo dijo de pasada (o sea, que hablaban de otras cosas). Él estaba en el baño, secándose, y ella lo miraba desnudo en el espejo. Él sonrió y Amelia apartó la mirada. «Si yo notaba el deseo en ella, se ponía triste. El deseo la obligaba a quedarse a solas consigo misma, y la bajaba de algún sitio en el que se sentía superior. No sé si en eso se puede cambiar alguna vez», dice Pedro como si aún pusiera esperanza.

Amelia se levantó, abrió la puerta que da al balcón, y desapareció del espejo. Pedro salió tras ella a medio vestir. Desde el fondo de la calle llegaban los rumores de la ciudad y las luces de color naranja. Sonó un claxon, pero Amelia sólo parecía escucharse a sí misma. Tuvo que notar que él estaba a su lado, porque se apartó de la barandilla, miró el Rolex que le rodeaba la muñeca, y dijo:

—Son casi las diez.

Es uno de los reproches de Pedro: «Tenía prisa. Le quemaban las casas en que yo vivía, pero acudía a ellas con la tozudez de un insecto.» Suele decir lo de que Amelia siempre estaba yéndose después de tomarse un par de copas, mientras que lo del insecto se le escapa ya de madrugada, cuando está completamente borracho. Acompaña la segunda afirmación con un gesto obscuro, apenas insinuado. Y así, mientras tartamudea pesadamente inclinado sobre la barra de algún bar, vence momentáneamente a Amelia.

Se convirtieron en amantes en una época en que aún escribían poemas, frecuentaban los círculos literarios y leían con avidez cualquier libro nuevo que caía en sus manos. Se habían conocido en la Facultad y luego habían seguido viéndose. Pedro era amigo de Juan, el marido del que Amelia se divorció, y los tres habían militado en el mismo grupo de extrema izquierda.

La primera vez que Amelia y Pedro se acostaron juntos fue un día del mes de julio en el que Juan se encontraba fuera de Madrid, por motivos familiares, y se citaron en un café que había al lado de la casa donde por entonces vivía Pedro. Hacía

calor y hubiesen estado bien en la terraza sombreada por un seto, pero eligieron para sentarse un velador situado en el interior del local. Pedro llevó una carpeta de poemas con la intención de leérselos. Después de tanto tiempo aún recuerda el calor de aquella tarde, los sofás del café y el fuego subiendo desde la tela polvorienta. Ella se cambió de sofá y se puso —«para oírte mejor»— al lado de él. Mientras Pedro leía, se fue inclinando hasta que sus caras casi se rozaban, y luego le puso la mano en la rodilla. La mano estaba caliente.

—Me soltó a bocajarro que le gustaba más yo que lo que escribía —se ríe Pedro—. Me dolió. Ten en cuenta que entonces pensábamos que los libros valían más que los polvos.

Se besaron en el sofá y recorrieron el trayecto hasta la casa de él sin dejar de tocarse. Mientras abría la puerta, Pedro dudó:

—No sé si deberíamos hacerlo.

Amelia dijo:

—No metas a Juan en esto.

Pasaron lo que quedaba de tarde desnudos en la habitación. Luego, cuando Amelia había acabado de vestirse y se retocaba el pelo ante el espejo, él la besó otra vez en el cuello y en la nuca, pero cuando quiso hacerlo en los labios, ella los mantuvo cerrados.

—Te quiero —dijo Pedro. E insistió—: Hace mucho tiempo que te quiero.

—Nosotros nos gustamos. Es otra cosa —distinguió meticulosamente Amelia, sin dejar de arreglarse el pelo.

Entraban los últimos rayos del sol a través de las persianas y los muebles de la casa estaban envueltos en una funda de miel. Eran muebles viejos, comprados de segunda mano, y componían un decorado arbitrario. La alfombra del salón mostraba la trama en algunos lugares de su superficie usada. Los hilos que forman las cosas, el laberinto por el cual el dibujo acaba siendo el que es. Pedro todavía pensaba que gustarse y quererse podían llegar a ser lo mismo, pero ella se marchó después de haberle pedido que no la acompañara, y la habitación fue marcando el paso de la tarde, hasta que se quedó en penumbra. Se borraron los perfiles que definían muros y muebles y él tuvo la sensación de que el suelo sobre el que navegaba la silenciosa cama revuelta no alcanzaba a sostenerlo. Sintió que se hundía suavemente y se echó a llorar.

—Aquel día, mientras todo se quedaba a oscuras —dice Pedro—, empecé a buscar la fuerza necesaria para dejar a Amelia.

Sé que dice la verdad, aunque mienta. Su huida ha sido la tela de araña en la que se ha enredado durante diez años. «Siempre hemos estado separados como faroles en el aire», dice, «dándonos luz y sombra.» Se apoya en el mostrador, se sostiene la cabeza entre las manos, y añade: «Quería escaparme, porque no soportaba que me envenenase el amor.»

Cuando se enteró de que Amelia había dejado a su marido para irse a vivir con

Carlos, el orgullo estuvo a punto de salvarlo.

—¿Por qué ahora ese gilipollas?

Aún no conocía a Carlos más que por lo que ella le iba contando.

—Nosotros nos gustamos —tuvo que repetirle ella—, pero no creo que eso sirva para gran cosa. Carlos me necesita.

—¿Y yo? ¿Yo no te necesito?

Era poco más o menos la misma hora de la primera vez. También entraba de refilón la luz a través de las ventanas, aunque era otra casa. Pedro ya se había mudado al piso en que ahora vive. Estaban sentados en la cama y olían a algo que era ajeno y a la vez de los dos. Amelia encendió un cigarrillo y se lo puso a él en los labios. El humo subía despacio y se esparcía cuando llegaba a la altura de los ojos, enrojeciéndolos.

Acordaron el siguiente encuentro y Pedro tuvo que admitir los cambios de frecuencia que la presencia de Carlos impuso. Al poco tiempo, Carlos le regaló a Amelia el Rolex de acero y oro y ella adquirió la costumbre de mirarse de reojo la muñeca. Pedro se convirtió en amigo de Carlos —es verdad que Carlos no tenía muchos amigos de verdad— y aceptó trabajar para él. A veces sospechaba que su secreta relación con Amelia minaba el poder de Carlos, pero en otras ocasiones, cuando se movía cuidadosamente encima de ella, tenía la impresión de que se limitaba a ofrecerle un servicio, como el del peluquero o el del que viene a casa para reparar el calentador de gas.

En algunas ocasiones pienso que Pedro y Amelia han sido durante todos estos años como un médico y un enfermo, aunque me resulta difícil definir quién ha cumplido cada papel. Lo más seguro es que los dos estaban heridos y se aplicaban medicinas equivocadas.

—Aquel último día —dice Pedro— le pedí que, por favor, se quedase un rato más conmigo. Necesitaba tomar una copa. Pero ella se negó. No pude contenerme. «Sé que desde que ha vuelto Ricardo estoy de más. Te acuestas con él, ¿verdad?», le dije. Quise empujarla suavemente hacia el interior de la casa, pero ella me llamó estúpido. Yo pensé que tenía que conseguir llevarla hasta el borde de la cama. Pero dijo: «No me toques», y se fue dando un portazo. No le pedía más que otros cinco minutos. Cuando salí al descansillo, pensé que iba a encontrarme con su perfume, pero no olía a nada.

Gas neutro, taponando el lugar de los hechos. Lo he sentido al visitar el miserable piso en que vive ahora Ricardo Alcántara. Es un apartamento diminuto, situado en la zona de Campamento, muy cerca del metro. Nada tiene que ver con el que ocupó a su regreso de Manila en el centro de Madrid y Amelia le ayudó a arreglar. Una cama deshecha, espantoso papel en las paredes, escasos muebles y de mala calidad y un aparato de televisión componen el decorado en que se mueve. La primera vez que visité esa casa, llamó mi atención una foto enmarcada que Ricardo exhibe junto al televisor. Muestra a una joven campesina modestamente vestida de domingo, que le

sonríe a un niño envuelto en un abrigo de talla demasiado grande. Ricardo y su madre, sin duda. Nunca había visto la foto en el otro piso y su sola presencia alteró algunas ideas que yo me había formado acerca de Ricardo. Por lo demás, desconozco dónde han ido a parar sus tapices, sus bibelots, y el viejo armario bretón: todo cuanto Amelia creyó que eran los testimonios de su vida cosmopolita durante quince años. No quise preguntarle si los vendió o si los dejó abandonados en la vieja casa. He charlado con él durante horas enteras, he leído —y tengo en mi poder— parte del diario que escribió a su regreso a Madrid. Y sin embargo me encuentro atenazado por interrogantes que sé que ya han perdido su importancia. «Escribir no los resuelve, pero los carga de intención», me repito, y ni siquiera sé si, en mis conversaciones con Ricardo, he asistido a la lenta agonía de alguien o al principio de algo que hierve lentamente. Sí, escribir no resuelve los interrogantes, pero, al cargarlos de sentido, los hace soportables. Puede decirse que esta historia empezó el día en que Ricardo llamó a Amelia para decirle que acababa de regresar a Madrid. Fue el primer ladrillo que el destino colocó en la tumba de Carlos; la primera paletada de tierra sobre el grupo.

5

Ricardo telefoneó a Amelia, diciéndole que acababa de volver de Filipinas. Fue una mentira blanda. Quería encontrarse con ella, y le pareció difícil explicar por qué no se había presentado anteriormente. Se citaron un viernes por la noche, y Amelia acudió a la cita acompañada de Carlos, a quien Ricardo ni siquiera conocía. Tomaron una copa y luego cenaron en el comedor privado de Charol, en la mesa que Carlos acostumbraba reservar. Ricardo se sentó al lado de la ventana, enfrente del grabado de Bastiello. Carlos a veces se fijaba poco en los detalles, y resultó demasiado frío el decorado. No invitaba a la comunicación la imagen de la larga mesa rectangular y los tres colocados al extremo, como si siguieran esperando la llegada de otros comensales.

Les resultó difícil entablar conversación, después de tantos años. Al principio, Ricardo se mantuvo taciturno, aunque poco a poco pareció que se animaba. Les habló de Filipinas, y también de París, Budapest, El Cairo, México, Fez y Roma. Había vivido —al menos eso les contó— en todas esas ciudades y en ninguna de ellas había sido un turista. En cada sitio había tenido que esforzarse y luchar por sobrevivir. Les habló de las cosas en un tono que ellos desconocían, o habían olvidado.

—Este hombre se ha jugado la vida a una carta, y la ha perdido —diagnosticó Carlos mientras volvían a casa—. No creo que vayan a servirle de mucho esas fantasías.

Durante la primera parte de la cena, Ricardo se había mantenido hosco, como si eligiera el idioma en que tenía que hablarles. Luego se había roto el hielo y les había contado historias en las que, a veces, les pareció palpar el aire húmedo y caliente que él había respirado, pero que en otros momentos les habían resultado lejanas, confusas, más fruto de sus pesadillas que de sus experiencias.

Siguieron hablando de Ricardo ya en la cama. Cuando apagaron la luz, entraban por las ventanas de la habitación los ruidos de la mañana. Era sábado. Ricardo apareció de nuevo el miércoles. Telefoneó temprano, para confirmar que iban a comer en casa, y se presentó a mediodía. Llevaba en la mano derecha un ramo de lirios. Comió con Carlos y Amelia. Después de comer le pidió a ella que lo acompañase para ver un piso que tenía la intención de alquilar. Pasaron la tarde juntos —«como en los viejos tiempos», dijo luego Amelia— y apalabrarón la vivienda, que era enorme, daba sobre el patio de la finca y tenía una luz magnífica y un precio razonable.

Esa misma tarde pusieron, sin darse cuenta, las primeras palabras de un vocabulario común. Ella le dio consejos acerca de cómo tenía que decorar la vivienda y se ofreció para acompañarlo a comprar algunas cosas que iban a hacerle falta. Él le habló de manera compulsiva de todos aquellos años. Como si hubiera ido llenando un embalse hasta que las paredes ya no pudieron aguantar, la anegó de historias sorprendentes. Sabía el nombre y la geografía de ciudades remotas, de plantas, de pájaros y de sentimientos. A Amelia le atrajo desde el principio ese saber inútil, alejado de las preocupaciones de Carlos y de sus amigos.

De vuelta a casa, oscurecía. Ricardo se quedó mirando un cielo profundo, quieto por encima de los edificios. Dijo:

—A veces, el cielo de Madrid parece un pozo colgado sobre nuestras cabezas. Ella le cogió las manos. Tenía vértigo.

6

Amelia no hubiera aceptado frases así de nadie que no fuese Ricardo. Si las decía él, le parecían, además de originales, verdaderas. Ella misma las fue incorporando a su idioma. Aún las utiliza. No es romántica y, sin embargo, cada vez que habla de él saca —no sé de dónde— expresiones que rozan la fotonovela.

Incluso repite frases que Ricardo le decía, como si acabaran de ocurrírsele a ella y estuvieran cargadas de poesía. Lo de que «el cielo de Madrid es como un pozo» me lo dijo hace apenas un mes, una madrugada de sábado en que volvíamos a mi casa después de haber pasado la noche con unos amigos. Habíamos bebido bastante y nos

habíamos metido una raya. El alcohol y la cocaína nos sacaron a flor de piel los sentimientos, así que le pedimos al taxista que nos dejara antes, para poder hacer a pie la última parte del trayecto hasta mi casa. Íbamos cogidos de la mano, hacía frío y ella se apretó contra mi brazo. «Mira el cielo», me dijo. Estaba empezando a amanecer y había una luz extraña, lejana, de color cobalto. Entonces dijo lo del pozo.

Dejé caer su mano. Amelia notó mi malhumor y se esforzó por explicarme que ni siquiera recordaba que la frase era de Ricardo Alcántara. Ella misma me había contado las circunstancias en que la oyó por primera vez. Acabamos discutiendo. Cogió un taxi y se marchó a dormir a su casa. Tenemos discusiones de ese tipo con frecuencia. Por ejemplo, dice que le gustan mis ojos («Me calientas con los ojos», me dice), pero que tengo las manos frías y torpes. Y aprovecha para ilustrar el tema de las manos con ejemplos en los que aparecen las de Ricardo, de las que recuerda —es verdad que cuando lleva algunas copas de más— que «eran calientes, como si guardaran el sol del trópico». También me dice que, cada vez que él la tocaba, parecía «como si te recogiese en la palma de la mano, porque eras un pájaro herido».

A pesar de cuanto ha ocurrido, creo que, para Amelia, Ricardo sigue envuelto en un aura misteriosa que la excita. Y yo no soy de los que piensan que Ricardo es sólo un impostor. Sé que es un hombre acorralado, aun cuando no conozco los hechos más que de refilón y quizá ni siquiera debería atreverme a escribir estas páginas. Por decirlo de algún modo, me he limitado a ser el barrendero que recoge los papeles manchados y las hojas secas.

No creo que escenificara —al menos, no del todo— la tarde en que ella se lo encontró llorando. Amelia lo cuenta así: «Me pareció que lloraba hacia dentro, porque era capaz de percibir cosas que yo hace tiempo que he dejado de sentir. Hubiera querido llorar como él, por algo que no fuera sólo deseo.»

Esa tarde, después de las lágrimas, él le habló como un personaje de Conrad. Le dijo: «Cuando uno ha vivido la violencia como un cerco permanente, sólo encerrándose puede guardar dentro la inocencia.» Amelia le acarició los cabellos, como si fueran el extremo de cables eléctricos que la pusiesen en contacto con el secreto centro de las emociones de él. Ricardo retiró la cabeza.

—Disculpa. No te molestes —le dijo.

Amelia empezó a pensar que lo único que podía molestarla era no tenerlo así, triste, buscando consuelo en ella. Poco a poco, se iban enredando en una espiral de sentimientos que a veces inventaban antes de creérselos. Ella le preguntaba por lo que había hecho durante todos aquellos años, y él decía:

—He vivido, he viajado, he bebido y he escrito.

Amelia tenía que saber que esas frases no le pertenecían, pero las aceptaba. A lo mejor todo se redujo a que necesitaban inventarse el pasado porque sólo allí detrás eran capaces de sentirse. En cualquier caso, se hicieron daño ellos mismos.

Se veían casi a diario. Él le enseñó los montones de carpetas que componían lo que llamaba «mi trabajo de todos estos años». Ella se negó a sospechar nada. Además

de esas carpetas, se había traído decenas de cajas llenas de tapices y objetos exóticos, que formaban —en palabras que Amelia le dijo a Carlos por entonces— «un verdadero álbum que ilustra las andanzas de Ricardo durante tanto tiempo».

No eran cosas de gran valor. No había antigüedades o piezas artísticas, sino más bien objetos que él definía —creo que más por necesidades de guión que por refinado cálculo— como cargados de referencias sentimentales. La vivienda, una vez concluido el proceso de decoración, se convirtió en un supuesto museo autobiográfico, una especie de casa de indiano del siglo pasado.

Había terracotas italianas, fumadores egipcios, teteras marroquíes, coranes turcos encuadernados en piel e ilustrados con delicadas miniaturas, muertitos mexicanos. «Cada cosa», decía él, como en un bolero, «es un instante de mi vida.» Amelia quiso creérselo.

En aquellas soleadas tardes de invierno, la luz inundaba el salón y mojaba aquel *bric-à-brac* multicolor, mientras Ricardo le hablaba de su vida en un tono monótono y triste, como si ninguna estación del largo viaje hubiera merecido la pena. Creo que cada vez mostraba mayor seguridad en el papel que se había adjudicado, e iba añadiéndole matices. Después de enseñarle los montones de carpetas que contenían los inéditos, le aseguró a Amelia que su mayor empeño estribaba en «no ser nada, no emitir ninguna voz, no turbar el silencio del espejo que refleja limpiamente el camino».

No me parece grave que él lo dijera. Tras el paréntesis de la ausencia, podía añorar el lenguaje adolescente. Resulta más alarmante que esa retórica no le rechinase a Amelia, adaptada a vivir como pez en el agua en el Madrid de los ochenta, donde queda poco lugar para el idealismo. Parece difícil imaginarse a esa mujer, con su finísimo sentido del ridículo, dejándose envolver por los susurros que Ricardo le robaba a la literatura. Y, lo que es peor, emocionándose.

—Te enamoraste de la máscara de un personaje de Conrad —le he dicho en alguna ocasión a Amelia—. Él era el protagonista de *Victoria* y tú te adjudicaste el papel de la chica a la deriva.

—El único sentimiento que hace soportables a los demás es la compasión, porque nosotros también somos acreedores de ella —llegó a decirle.

Se lo decía así, tranquilamente, como si le estuviera exponiendo los resultados de muchos años de reflexión. Incluso lo adornaba:

—Un paso más allá no está el odio, sino el desprecio. Es todo demasiado frágil y pasajero como para consumir un sentimiento trascendente como el odio.

A Amelia se le olvidaba que eso ya lo había leído en alguna parte. Y sufría e intentaba convencerlo de que la vida merece la pena, cuando él la amenazaba:

—Y si la máquina se cansa, tener el valor suficiente para apretar un botón que la pare.

No sé, ni creo que nadie sepa, si Ricardo tenía conciencia de hasta dónde llegaba su farsa. Tampoco me atrevo a explicar por qué Amelia se negó a detectarla. Quizá,

uno de los objetivos de estos papeles debería ser el de descubrir en qué ventanilla de sí misma cotizó su relación con Ricardo.

7

Pedro sabe ahora que Amelia no se acostaba con Ricardo. Dice: «Me equivoqué. Era peor que si se hubiera estado acostando con él. Le parecía un cristal tan limpio que no se atrevía a mancharlo con el aliento.» Y añade: «Fue la última vez en que la naturaleza, no sé, los sentimientos y esas cosas tuvieron poder sobre ella. Después, se ha quedado seca.»

Pedro tiene que saber que me hace daño. El laberinto de hilos que componen el dibujo de la alfombra. Dice: «A veces, Amelia tenía la impresión de que Ricardo estaba enfermo. En eso se le notaba la naturaleza de sus sentimientos. Lo quería tanto, tenía tanto miedo de perderlo, que se lo inventó frágil, a punto de romperse.»

Escenografías aparte, Ricardo fumaba y bebía sin parar, y se fatigaba cada vez que hacía un esfuerzo: al subir la escalera plegable para recoger un libro, o al cambiar de sitio alguna caja. Se negaba a encontrarse con sus viejos amigos. Algunos mediodías, telefoneaba para suspender la cita que había acordado con Amelia.

—No, mejor que no vengas hoy —decía—. Estoy deprimido.

En cierta ocasión sonó el teléfono y él lo cogió en la habitación, para que ella no pudiera escuchar con quién hablaba. Fue la primera vez en que a ella le pareció oír el nombre de Santiago, pero revisó en su memoria y fue incapaz de recordar a ningún Santiago entre los componentes de su grupo de adolescencia.

La verdad es que no sabía gran cosa de la vida que había llevado Ricardo durante los últimos quince años. Al principio, cuando aún estaba en la Universidad, parece ser que él le escribió media docena de cartas que bastaron para proporcionarle una imagen de albacea que la renovada relación reforzó, o volvió a inventar.

Amelia hablaba de Ricardo con sus amigos, como si fuera partícipe anticipada del éxito que, con la publicación de sus inéditos, tenía que llegarle. Por fin Ricardo iba a convertirse en un escritor reconocido, pero no a la manera en que había acabado por serlo José Bardón, siempre rodeado de manuales, libros de crítica y catedráticos de literatura, sino más bien al estilo de Baudelaire, o de Hemingway, por citar a dos de sus favoritos.

Por entonces, Amelia leyó una de sus novelas. Le pareció magnífica y decidió enviársela enseguida al editor. Aún no quería aceptar cuál era la naturaleza de los sentimientos que se apoderaban de ella. Tuvieron que pasar muchos meses antes de que le confesara a Concha que, la primera noche que volvió a encontrarse con

Ricardo, había sentido la necesidad de llamarle iluso para librarse de una amenaza.

A mí también me lo ha contado:

—Llevaba en su interior un mundo inocente que a nosotros se nos había convertido en cenizas. Bueno, parecía llevarlo. Pensé en Rimbaud. Pensé, aunque no me hubiese atrevido a decírselo a Carlos, que era el único de nosotros que había guardado dentro un niño y que, al mismo tiempo, había madurado de verdad. Tuve la certeza de que sus mecanismos, engrasados por remotos aceites, tenían que funcionar por fuerza de una manera diferente. Y, sin embargo, fingí darle a Carlos la razón cuando lo llamó iluso.

No lo engañó.

—Amelia está enamorada de un escritor aventurero —decía Carlos—. Ya sabéis que es de la vieja escuela de Hemingway y Malraux. Piensa que un hombre que no ha hecho la guerra no puede ser escritor. Lo malo es que El Filipino (era como llamaba, por entonces, a Ricardo) no ha participado, que yo sepa, en ninguna batalla. Se ha limitado a hacer el vago a través de medio mundo. Amelia necesita enamorarse siempre de un perdedor que le lave la mala conciencia que le produce vivir conmigo. De ese modo, ella se salva y yo me condeno. Es un recurso que le ha quedado de su pasada militancia comunista en la Universidad. Igual que esos ateos liberales acababan pidiendo un confesor en el último momento, por si acaso existía el cielo, Amelia sigue guardándose en la manga la carta de la Revolución. Por si aún llegan las barricadas y se apunta a participar en la lucha final contra ese capitalismo que tanto odia y del que tanto disfruta.

Carlos la acusaba de «egoísmo infantil». Le decía: «Tienes la voracidad de los niños.» Se burlaba de sus ideas sociales. Las definía —parodiando a Lenin— como su «forma superior de egoísmo». Según Carlos, Amelia y sus amigos comunistas habían encontrado la fórmula para estar a la vez dentro y fuera de los acontecimientos.

—Así no se manchan nunca —decía—. Pero opinan. Ricardo puede ser un buen portavoz de ese grupo. Nadie conoce su obra, ni parece que se haya ensuciado nunca los dedos. Es el escritor que escribe con tinta simpática en los pliegues invisibles del alma.

Resulta cómico que Amelia siguiera empeñándose en apuntar su relación con Ricardo en la columna de la nostalgia. Intuyó la punta de un vértigo superior cierta tarde en que se presentó de improviso en la casa de él y no acudió nadie a abrirle la puerta, a pesar de que le pareció escuchar ruidos en el interior de la vivienda. Entonces le asaltó el sentimiento de que no podía vivir sin elegir.

Bajó llorando las escaleras.

Después de ese día, pasaron varios sin que Ricardo diera noticias. Conozco por Concha esta parte de la historia. Amelia la utilizaba entonces como confidente, quizá porque Concha no era exactamente de su mundo. Amelia le contó que la ausencia de Ricardo le había dejado un vacío, pero no un vacío malo, sino el que se nota después de la extirpación de un tumor. «Me había acostumbrado a verlo casi a diario, a salir con él a cualquier parte», le dijo. Y de pronto se vio privada de su papel de confidente, y además empezó a sospechar que Ricardo le había ocultado algo que podía hacerle daño.

Se sentía inquieta. Acudía con desgana a las oficinas de la editorial en que trabajaba como asesora. Se dio cuenta de que tenía demasiado tiempo para preguntarse por la densidad de sus sentimientos. Se le exacerbó la sensibilidad. Le dolían los comentarios siempre excesivos de Carlos y se encontraba a disgusto con sus propios amigos: con Pedro, con quien acababa de romper; con José Sardón («Me da miedo su maldita lucidez de mierda», dice ahora de él); con Brines, en su pringoso papel de caballero. Concha sabe que no fue nunca una interlocutora real para Amelia: sólo fue otro de sus espejos. «Delante de mí, se maquillaba, se embellecía», dice.

Carlos detectó enseguida su sufrimiento.

—El ave tropical que miss Amelia mantenía cautiva en su amorosa jaula se ha escapado, dejando el nido vacío —se burlaba.

Creo que Carlos tenía celos de verdad, aunque, al parecer, siempre fingió desinterés por los asuntos de Amelia. Para él hubiera supuesto una humillación mostrar en público que sufría, o que se sentía preocupado. Parecía vivir con ella sólo por casualidad, o por pura pereza, por no salir a la calle para buscar a otra. Se veía obligado a fingir que ninguno de los hombres que rodeaban a Amelia estaba capacitado para competir con él, porque él era el más rico, y Amelia la más ambiciosa. Sin embargo, no era exactamente así. No sé por qué, pero con el tiempo, a medida que he escuchado las versiones de unos y otros, he llegado a la conclusión de que Concha tenía razón cuando me dijo: «De todos ellos, Carlos era el que tenía más miedo. Estaba solo.»

—Me parece mejor que no llame —le decía a Concha—. Yo, desde luego, no pienso telefonarle.

Concha supo que estaba enamorada, y que acababa de sufrir su primera derrota, el

día en que Amelia no resistió la tentación y marcó el número de teléfono de Ricardo. «Se le cayeron las defensas», dice.

A partir de ese día empezó a telefonarle con frecuencia, y le dejó pequeñas notas en el buzón. Hasta le envió una carta urgente, como si, por el mero hecho de pegar un sello en el sobre, fuera a llegarle. Era una esquela muy breve, que contenía sólo un par de frases: «Ponte en contacto con nosotros. Estamos muy preocupados.»

Resulta curioso que, por primera vez en su relación, utilizara el plural. Debió parecerle que con ese «nosotros» convocaba a cuantos habían compartido el pasado de Ricardo (en concreto, Pedro y José Bardón). Hasta entonces, Ricardo se había negado a verlos y ella tampoco había puesto demasiado interés en ese encuentro, pero ahora los utilizaba vagamente para difuminar una angustia que no pertenecía a ningún grupo generacional, sino que estaba arraigada en ella misma. Escribió el plural como un burladero detrás del que se protegía. Ya era tarde, Ricardo la había inundado de palabras que habían entrado en ella como un caballo de Troya a punto de abrirse en la noche.

—Concha, no estoy enamorada —le decía—. Estoy loca.

Algunas tardes se sentaba en una cafetería cercana, desde donde alcanzaba a vigilar los movimientos en la puerta del edificio. Había pasado casi un mes, y Ricardo seguía sin aparecer y las ventanas de la casa permanecían rigurosamente cerradas. En cierta ocasión, al pasar en taxi, creyó adivinar que los postigos estaban abiertos. Pidió al conductor que detuviera el vehículo y corrió hacia la casa, para — una vez ante ella— acabar descubriendo que la distancia y la luz cambiante del crepúsculo la habían confundido.

Apenas consigo imaginarme a esa Amelia febril, con el cabello rubio recogido, soportando las horas muertas en la cafetería, ella que cuenta los segundos que no le interesan y le parecen siglos desperdiciados. Imagino su respiración agitada cada vez que se acercaba a la casa, y tengo ganas de poner mi boca contra la suya, y de recibir así ese calor húmedo y desconocido. «Es una obsesión. Flojera», le decía a Concha, como si aún le quedara sentido del humor. Y, por no reconocer las causas de su obsesión, se provocaba otras, preguntándose de dónde podía nacerle aquella angustia que, según sus diagnósticos, no debía ser en ningún caso calificada como amor.

Probablemente tenía razón, se analizaba con lucidez y no era amor. Amelia está convencida de que, a los cuarenta años cumplidos, el roce de dos manos, o de dos miradas, no puede prender ningún incendio. Bien, quizá no fuera amor, pero tenía todos sus síntomas, como ocurre a veces que hay síntomas de una enfermedad que se presentan en un cuerpo sano. ¿Melancolía del amor? Yo he buscado en ella durante los últimos meses los síntomas, he querido que me brindara la enfermedad o la representación del amor, ya que no el amor mismo. Aún hoy sigo buscando en su cuerpo la fiebre de ese amor, aunque sea fingido. Pero eso debe quedar fuera de la narración.

Amelia le hablaba a Concha de la nostalgia y de la avidez por recobrar los días

perdidos, al tiempo que le describía actitudes que no podían cargarse sólo en la cuenta de la nostalgia, porque la nostalgia comunica a sus pacientes una languidez de flor marchita que para nada se correspondía con el compulsivo afán de Amelia por volver a encontrar a Ricardo. «Ha sido la única vez en que la he visto perder los papeles», dice Concha. «Yo misma tuve ocasión de asistir a alguna de aquellas llamadas telefónicas que ni siquiera parecían esperar respuesta. Era como si le interesara el acto por sí mismo, más que los resultados. Parecía una drogadicta a la que se suprime de repente la dosis. Entonces pensaba que se acostaban juntos. Luego me he enterado de que no, de que ni siquiera se rozaban, ni se trataban como amantes. Aún me ha parecido más incomprensible.»

Marcaba el número de teléfono de Ricardo desde casa y desde la oficina, pero también desde teléfonos públicos. La nostalgia no es un sentimiento que arrastre a quienes lo padecen por un compulsivo laberinto de cabinas telefónicas; ni los conduce a encerrarse en el baño y a morder un pañuelo mojado mientras el agua de la ducha y el champú se llevan los rastros que las lágrimas dejan en la cara. Amelia se encerraba en el baño de su casa para llorar a solas, y le decía a Concha en secreto que no soportaba tener que acostarse al lado de Carlos todas aquellas largas —ella decía interminables— noches de primavera.

10

Una mañana de mayo telefoneó a Concha para decirle que había reaparecido Ricardo en forma de ramo de flores. «Estaba feliz. Como si hubiera tomado algún excitante.» Son palabras de Concha, tal vez exageradas con intención. Su relación con Amelia, sobre todo desde que, tras el asesinato de Carlos, vivieron algún tiempo juntas, es una mezcla de sentimientos ambiguos, caóticos, que se matizan según quién sea el interlocutor y cuál el tema de la conversación.

Las flores llegaron de la mano de la asistente hasta la cama en que Amelia dormitaba, víctima de una de sus frecuentes jaquecas, que Carlos siempre atribuía al tabaco y al alcohol. Un par de horas más tarde, cuando Amelia ya se había levantado, sonó el teléfono y, a continuación, la voz de Ricardo que le explicaba de manera confusa las razones de su ausencia. Le habló de un viaje imprevisto. Comieron juntos.

—Estaba preocupada —le dijo—. No quería que perdieras la oportunidad de editar el libro.

Al parecer, él le contestó:

—Ya sabes que no tengo prisa. He cumplido los cuarenta sin publicar nada.

Puedo esperar tranquilamente seis meses más.

Cuando Amelia le contó lo que Ricardo había dicho, Concha sospechó de esa respuesta.

—No es que me pareciese mal —dice Concha—. Sólo que no me pareció una respuesta sincera.

11

—Siempre ocultó nuestra historia —dice Pedro—, y no creo que fuera sólo por no herir a Carlos. Nos despedíamos frente al portal de mi casa. Jamás acudimos juntos al restaurante, para no dar pie a las sospechas. No era por Carlos. Era por otra cosa. También la historia con Brines tuvo que dolerle a Carlos, y Amelia no se la ocultó.

Él se quedaba en un bar cercano, jugaba un par de partidas en la máquina tragaperras y se tomaba algún vermut. Le daba tiempo a ella. «Le concedía que entrara sola en el comedor de Charol», dice Pedro, «que cruzara como una estrella fugaz y luminosa, que saludara sonriente y se olvidara del cubo de basura con que acababa de tropezar y del que había escapado milagrosamente limpia.»

La noche en que rompieron, Pedro debió de llegar más borracho que de costumbre al restaurante. Carlos se lo notó. «Ya no lo quería», dice Concha, «lo tenía como los reyes seguían teniendo a sus bufones aun después de que habían perdido la gracia. Por compasión hacia sí mismos, hacia su juventud perdida.»

Asistía a la cena uno de los amigos de Carlos, un tal Brull, a quien he visto algunas veces, y que trabaja en Bruselas, en algo de la Comunidad Europea. Pedro y él no se conocían. Carlos los presentó. Dijo nombres, apellidos y cargos del de Bruselas, mientras que de Pedro se limitó a decir:

—Él es Pedro. Ha trabajado conmigo —quería decir: para mí.

«No sé si Pedro es capaz de sentir rencor», dice Concha, «pero sabe representarlo. Miró con odio a Carlos.» Para que aumentase su mal humor Brines se pasó toda la noche dándole palmaditas en la mano a Amelia, como protegiéndola. Amelia le hacía jugar el papel de caballero que la guardaba con toda la parafernalia del amor galante: un enamorado medieval, conservando en una caja de cedro el pétalo marchito de una rosa color de corazón viejo.

Amelia se dejó proteger por Brines, se mostró segura de Carlos —«era suyo», dice Pedro, equivocándose una vez más— y no paró de hablar de la novela de Ricardo («También era como si la novela fuese de ella», según Pedro). La miraba con ojos sombríos y, cuando habló por tercera vez de «la obra» de Ricardo, intervino:

—No existen las obras secretas. Sólo las que están en el mercado.

Era sólo un ataque a Amelia, pero Brull lo entendió de otra manera. Se imaginó que participaba en una verdadera polémica literaria, y eso lo excitó. La presencia de José Bardón lo equivocaba.

—De todos modos —dijo Brull—, para la literatura los valores que importan son otros: no sé, la sensibilidad, la sinceridad de los sentimientos. Estoy convencido de que existen libros secretos que saldrán un día a la luz y hablarán de nuestros sentimientos a las generaciones futuras. Libros que aún no han encontrado su editor, ni por tanto su mercado. La obra de Ricardo puede ser, por lo que dice Amelia, un ejemplo.

Había dirigido sus palabras al novelista, a José Bardón, pero volvió a intervenir Pedro:

—Vosotros habéis convertido la literatura en el almacén de vuestra melancolía, y la habéis colocado lejos de casa, en un terreno que visitáis los fines de semana.

El de Bruselas volvió a esquivar a Pedro.

—¿No crees que tengo razón? —le preguntó directamente a José.

Pedro lo veía sonreír detrás de su barba sal y pimienta. «Es un tipo que, cuando va a cenar con los amigos, se viste como si fuera al ministerio», dice de él, «traje azul, corbata, miserable abrigo azul y pipa de covachuelista que lee el *Financial Times* para darse un toque de color internacional.» Acababa de conocerlo y ya tenía la impresión de que la cabeza del de Bruselas era transparente, de vidrio. Intuía que el objetivo de aquellos limpísimos engranajes era seducir a Amelia. Días más tarde, aludiendo a esta conversación, le dijo a José:

—Quería ganarle al escritor en la tertulia y al rico en la cama.

—En literatura cuenta la sinceridad de los sentimientos —se empeñó Brull, convencido de que Amelia cotizaba alto la vida interior. Había vuelto a dirigirse a José y se equivocó de nuevo.

—No me interesa para nada la sinceridad. Es un vicio que la buena literatura desconoce. Sólo busco la lucidez —dijo José, casi deletreando las palabras, con la satisfacción del almirante que decide enviarle el torpedo definitivo al enemigo.

La frase le había servido en otras ocasiones. Esta vez tuvo el efecto de replegar a Brull aún más en sus sentimientos, igual que se dobla el metal alcanzado por el proyectil.

—¿No te parece muy cruel? —dijo, y miró de reojo a Amelia, buscando un cómplice sensible que pudiera acompañarlo en el hundimiento.

No lo encontró.

—Creo que la frase ni siquiera es mía. Me parece que es de Valéry —se recreó José, enterrando a Brull en un cementerio marino, y dando por concluida su intervención—. ¿Te gusta Valéry?

—La criminal lucidez de los escritores, contra el delicado corazón de los políticos —sonrió Pedro, mientras se servía un poco más de Contino.

Pedro la miraba por encima de la copa y Amelia se empeñaba en no verlo. Hablaron de vino: de la cosecha del 82 en Rioja. Pedro se sentía seguro, a lo mejor sólo por culpa de ese vino que diseccionaban y que parecía entrarle por todos los poros de su cuerpo. También, y gracias a la conversación, por los oídos. «Sí. Habría que catar también de oído», acababa de decir tontamente Brilles. «En aquel momento, hubiera sido capaz de levantarme y de mandar a tomar por el culo a Amelia, a todos ellos», dice Pedro riéndose.

Amelia le parecía «un cuadro en exposición permanente, junto al que nadie había pegado aún la ficha de adquisición». Dice: «Podía llegar a darme pena su ambición, que le exigía —se lo sigue exigiendo— ponerse un precio cada vez más elevado.» Viéndola sonreír en dirección a Brull («¿Te das cuenta de que Amelia nunca sonríe en balde; siempre sonríe en dirección a alguien?»), el desprecio de Pedro se contaminaba, se volvía oscuro. Amelia formaba parte de un conjunto de signos que construían a Carlos. También estaban el BMW, la casa de La Moraleja cubierta por las madreselvas y la piscina azul reluciendo tranquila bajo la luna.

Mientras servían la tarta de mango, José Bardón y Amelia cruzaron una sonrisa de inteligencia. Carlos decía a veces que, cuando él conoció a Amelia, era una intelectual de izquierdas y que a él le había tocado demostrarle lo absurdo de su actitud: «Le enseñé el valor de las cosas buenas y picó. Dejó todas esas reuniones de lesbianas que se hacen pasar por feministas», decía. Y, en otras ocasiones: «Le compré la inteligencia.» Amelia, pensó Pedro, aún era capaz de sonreír con una parte secreta de inteligencia que Carlos no había llegado a comprarle. La inseguridad del arrendamiento.

—Los escritores son como los curas —dijo Brines—. Destilan moral a todas horas.

Mientras hablaba con el de Bruselas, Carlos pagó la cuenta. Estudió la factura durante unos segundos y volvió a guardarla, rellena de papel moneda, dentro de la cajita plateada en que se la había presentado el camarero. Carlos pagaba cuanto rodeaba a Amelia: la casa con la piscina bajo la luna, el vestido de nudo de seda, la cubertería de Christofle, las sillas Varius y los cuadros de Gordillo. Carlos había amueblado a Amelia y le había puesto en la muñeca el Rolex de acero y oro que ella miraba antes de dejar, la noche de los martes, a Pedro.

También pagó el carísimo hospital, cuando ella estuvo enferma. Se pasó meses durmiendo a su lado. Incluso ajustó el tono de su voz, que parecía dirigirse siempre a alguien que estuviera situado varios metros por detrás del interlocutor. A la salida del hospital, Amelia decidió irse a vivir con Brines. Carlos pagó la factura más cara, con algo que no era dinero.

Pedro piensa que su único sufrimiento fue guardar las apariencias. Creo que se equivoca. Oficialmente, Pedro fue autorizado a conocer la historia y discutirla

rigurosamente a solas con él.

—Amelia ha buscado la sensibilidad. Algo así como una buena amiga. Los maricones son capaces de dar a las mujeres algo que nosotros, los tíos, no podríamos darles nunca —llegó a decirle Pedro, culpando del abandono de Amelia a eso que antes se decía «el exceso de testosterona».

A Pedro le tocó volver a su viejo papel de confidente al que se le planteaban disyuntivas ajenas. Carlos le llamaba a diario, cenaban juntos y charlaban hasta altas horas de la madrugada. Con frecuencia, le decía:

—Quédate hoy en casa. Por las noches lo llevo peor.

Se quedaba con él. Lo veía servirse otro Glenfidish y llorar, mientras le cambiaba los discos y le seleccionaba la música para que no le hiciera daño. Lo acompañaba hasta la habitación y se quedaba sentado al pie de la cama, a su lado, escuchándole y fumando hasta que conseguía dormirse. Dios mío, ¿cómo se puede adquirir la certeza de que se es propietario de nadie?

13

Amelia se levantó para telefonar —«una cosa del trabajo», dijo— y Carlos recogió la vuelta del interior de la cajita plateada. Pedro pensó que la única verdad de uno mismo es el miserable basurero de secretos que esconde: lo que los demás desconocen y no sale en el espejo: lo que nadie querría adquirir si uno lo expusiera en el escaparate. También eso lo había escrito alguien. ¿Quién? Lo de dentro y lo de fuera, el estuco y los forjados, las puertas secretas, los recovecos. La piel suave y las tripas.

—Concha es estupenda —le insistió Amelia a Brull, ya de vuelta del teléfono—. Es una cocinera impresionante. Si alguna vez en mi vida he preparado un plato que me ha salido bien, ha sido porque Concha me ha explicado la receta como a un párvulo.

Las misteriosas llamadas telefónicas de Amelia. ¿A quién le tocaba el turno esa noche? Pedro estaba celoso. Brull acercó el encendedor a la punta del cigarrillo de Amelia y Carlos contempló el gesto como si del encendedor fuera a escaparse una serpiente. Ella sonrió y dijo: «Gracias», sin apartar los ojos de Brull. A Carlos le tembló ligeramente la copa en el fondo de los ojos mientras José competía con Brull, contándole que era inminente la publicación en Estados Unidos de *El cielo oscuro*, su primera novela.

—Es una editorial universitaria —le decía—. Ningún escritor español puede entrar en el mercado de las tiradas millonarias, pero, así y todo, publicar en Estados

Unidos es otra dimensión. Entrás en otro circuito diferente, te invitan a conferencias... Digamos que es cuando de verdad eres un escritor.

José le hizo pagar pérfidamente a Brull su fascinación por las tertulias literarias. Aquella noche se vengó y el otro tuvo que darse cuenta. A Pedro le pareció que —por otros caminos más sutiles— también para José Bardón la pelota seguía aún sobre la red y que luchaba con todas sus fuerzas para que cayera en campo ajeno. «Como si todos nos estuviéramos equivocando a propósito, porque el error fuera lo menos doloroso», dice Pedro. Amelia hablaba y sonreía. Era un prisma bello y complicado del que uno percibía sólo el brillo cegador de algunas caras. Los secretos de Amelia. El miserable nudo de secretos que no sale en el espejo.

14

«Pedro me miraba como un perro que busca un hueso», dice Amelia, «estuvo mirándome durante toda la noche con unos ojos de chicle que se te pegaban.» Ella no quería encontrárselos. Ni siquiera lo miró en el momento de la despedida. Le acercó distraídamente la mejilla y rozó la suya un instante. Pedro le dijo:

—Estás muy guapa.

Amelia se desinteresó.

—¿Tú crees? —dijo volviéndose para besar a Concha. Y luego—: Te llamaré para el *Don Giovanni*.

Se lo dijo a Concha, ya a la puerta del restaurante. Pedro se marchó a pie. Amelia lo siguió con la mirada hasta que desapareció en la esquina, antes de que Carlos hubiese puesto el BMW en marcha. Hacía buen tiempo y, a pesar de que era tarde, había grupos de gente en las aceras. Al detenerse el automóvil ante un semáforo, cruzó alguien que se parecía a Ricardo. Mientras subían la Castellana, les llegó el olor a tierra mojada. Amelia pensó en la terraza de la casa de Ricardo.

En vísperas del improvisado viaje de él, Amelia y Ricardo habían plantado hortensias. Se habían rozado las manos durante mucho rato, mientras escarbaban la tierra. Ella había notado muy cerca del cuello su respiración agitada. Pero, a pesar de que parecía inevitable, él no había intentado besarla. Con Ricardo, las cosas no se ajustaban nunca a los códigos que movían a los demás. Era el único que parecía actuar todavía con una extraña libertad, porque no había abandonado —eso pensaba Amelia por entonces— el espacio luminoso, purificador, en el que la literatura seguía empapando todas las cosas.

Carlos conducía sin hablar. Fumaba. Amelia volvió a ver el cuerpo de Pedro mientras se secaba en el baño, aquella misma tarde. («Te juro que no me gustaba. Era

otra cosa», me dice.) Escuchó ruidos detrás de la puerta de Ricardo: los ruidos de la tarde en que nadie acudió a abrirla.

Habían salido de la ciudad y circulaban por un camino asfaltado y bordeado por dos hileras de árboles. Los faros del coche iluminaban silenciosamente los troncos durante un instante y los dejaban luego abandonados a la oscuridad de la noche. Estaban llegando a casa. Amelia sabía que, una vez allí, Carlos iba a preguntarle dónde había pasado la tarde.

—No podría soportar que me pusieras otra vez los cuernos —la amenazaba cuando bebía de más.

A veces le ponía la mano en la garganta y le hacía daño. Ella se quejaba.

Ganar y perder. A Pedro le gustaba ese lenguaje bélico. Amelia pensaba que al entrar en aquella casa se había dejado fuera lo esencial. Ganar la llave de la casa de Carlos le exigía quedarse en el descansillo de la de Ricardo y bajar llorando la escalera. Deseó vivir sin elegir.

Mientras Carlos encerraba el coche en el garaje, Amelia se metió en la ducha. Necesitaba sentirse limpia, pero el agua le resbalaba sobre la piel y no lavaba una habitación solitaria que había dentro de ella y en la que, a veces, sonaban pasos. «Nostalgia», repitió sin fe, «el brillo en el agua de las cosas perdidas.»

Cuando entró en la habitación, Carlos ya se había dormido. Apagó la luz y hundió la cara en la almohada. No tenía ganas de llorar. Era algo peor. A fuerza de dar vueltas, acabó despertándolo.

—Pero ¿puede saberse lo que te pasa? —dijo.

Ya no lo soportaba. Flotaba a la deriva.

15

Cuando José Bardón y Concha volvieron a su casa, él se encerró en el despacho a escribir, a pesar de lo avanzado de la noche y de que no acostumbraba a trabajar después de la cena. Todo lo más, se limitaba a leer en el salón, o ya en la cama. «La presencia de Ricardo en Madrid lo hacía comportarse de manera diferente a la habitual», dice Concha.

—Tengo frío —se quejó—. ¿Por qué no me pones un café?

Después le pidió un beso, que también le extrañó a Concha. José no acostumbraba a pedir besos fuera del dormitorio, al menos desde que lo había conocido en una habitación de la Clínica Loreto, cuando estuvo internado. Él le había dedicado uno de sus libros «a la encantadora enfermera, que me ha ayudado a vivir». Concha lo leyó y le dijo que le había gustado mucho y él le dejó otros libros, que también leyó de un

tirón, aunque ya de otra manera, buscando entre líneas al paciente de la 326, que recibía pocas visitas y con las que siempre acababa indefectiblemente hablando de libros y dinero.

La tarde en que fue a verlo su hijo, pensó por vez primera en él como en un adulto, y empezó a atraerle el olor que despedían su pijama y las sábanas.

—Lucas, dale un beso a Concha —le obligó José.

Se lo dio de mala gana y no aceptó la naranjada que ella le ofreció. Se quedó mucho rato en silencio, junto a la cama, hasta que Concha salió de la habitación. Pensó que era timidez, porque al rato lo escuchó hablando animadamente. Fue a los pocos días de la operación. Después volvió otras veces, y siempre se comportó de la misma manera. Concha está convencida de que Lucas notó desde el principio que algo la unía a José.

Cuando abandonó el hospital, José anotó su teléfono. Concha pensó que no iba a llamarla nunca. Se despidió jovial, con un beso en la mejilla, y ella sintió cierta melancolía. Esa misma tarde le envió un ramo de rosas, una de las cuales guarda todavía entre las páginas de aquel primer libro que él le dedicó.

Por la noche recibió su primera llamada telefónica, a la que siguieron otras y nuevos ramos de flores. Salieron juntos durante unos meses y acabaron casándose de manera casi precipitada: como dos adolescentes que ocultan una metedura de pata. A Concha le halagaba que se hubiese fijado en ella un hombre famoso. Apreciaba la inteligencia de José y también el cambio de vida que el matrimonio iba a suponer.

Pocos días antes de la boda, abandonó su trabajo como enfermera y empezó a ocuparse de la casa. Enseguida intuyó que no iba a resultarle fácil la adaptación a su nueva forma de vida, que la obligaba a relacionarse a todas horas con gente de trato y cultura superiores; ni tampoco el hecho de cuidar de un hombre que, en la convivencia diaria, no era el tipo brillante que ella había conocido, sino exigente y atareado. Además, vivía con ellos en la casa un adolescente que desde el principio se esforzó por dejar claro que Concha no era su madre, y que su presencia allí estaba sometida a límites: no ocupaba todos los espacios, ni debía alargarse indefinidamente.

Fue acostumbrándose con el tiempo, y casi me atrevo a asegurar que Lucas contribuyó con su oposición tenaz a que se integrara. Su tozuda lucha desató en ella un orgullo que hasta entonces desconocía y la espoleó a vivir su matrimonio no como una entrega, sino como un reto.

Uno de los primeros días en que se quedaron solos en casa, le indicó a Lucas que podía recoger la merienda que había dejado preparada para él en la cocina.

—Tráela tú, que para eso te paga mi padre —le respondió Lucas sin levantar la voz.

Le obligó a repetir la frase y él, en un primer momento, se resistió, pero acabó obedeciendo, y cuando volvió a pronunciarla, Concha lo abofeteó. Lucas se quedó mirándola fijamente, como si la bofetada hubiera sido destinada a otro y él no fuese más que un espectador. Concha tuvo miedo. Quiso contarle ella misma a José el

incidente, pero algo la paralizó. Al otro día, mientras desayunaban los tres en la cocina, supo que Lucas había advertido su miedo.

—Mi madre y mi padre necesitan el dinero que tú te gastas —llegó a decirle—. ¿Por qué tienes que vivir aquí y comer y comprar cosas con nuestro dinero? Vete.

Se esforzó en aparentar que las palabras de él no le hacían daño. No quería que José se viese obligado a elegir. Vivió aquellos días de un modo tan tenso, que llegó a meditar la posibilidad de marcharse, de volver a su antigua casa. Pero se dio cuenta de que no tenía adonde ir, porque dejar la casa de José suponía regresar a la de su padre, que tampoco le pertenecía. «Además», dice Concha, «estaba sin trabajo. Le había entregado mi independencia a un extraño.»

«Vivía con un hombre a quien apenas conocía, que hablaba una lengua que entendía con dificultad y que se ocupaba más de sus libros que de mí», dice. La única opción que se le ofrecía era volver con otro extraño, con quien había pasado diez años difíciles: «Cuando se murió mi madre, mi padre se volvió loco.»

La misma noche del entierro se despertó sobresaltada al notar una presencia extraña en la cama. Cuando encendió la luz, se lo encontró llorando a su lado.

—Déjame aquí, hija, déjame a tu lado. Tengo frío —le suplicó.

Se quedó durante toda la noche. Estaba borracho.

—No tengas miedo, hija. No tengas miedo —insistió.

Empezó a beber todos los días, y de madrugada la buscaba ansioso, sollozante. José la había sacado de esas pesadillas nocturnas y, además, a pesar de que muchas veces lo sentía desconocido, la atraía. La deslumbraba, le hacía daño, la quemaba.

Sentía que José le hacía daño cuando se reía con Pedro de cosas que ella apenas conseguía entender; o cuando miraba a Amelia y le leía capítulos de sus novelas con una voz grave y dulce que nunca empleaba para hablar con ella. A veces, José interrumpía su lectura, se volvía hacia Concha, y le decía:

—¿Por qué no preparas un poco más de café?

Amelia se levantaba de un salto.

—Te ayudo —se ofrecía.

Y en la cocina se convertía en su cómplice y le hablaba de cosas de mujeres, diciendo a cada momento «nosotras». «Era aún peor», dice Concha.

En una ocasión llegó a sacar la maleta del armario en que permanecía guardada desde la boda. Al abrirla se encontró con aquellas dos mandíbulas de cuero, que no contenían nada y que se sintió sin fuerzas para llenar. Mientras volvía a subir los peldaños de la escalera plegable para devolver la maleta a su sitio, decidió que tenía que hacer suya aquella casa, porque no tenía otra.

«Empezó a agujerearla en silencio, como los gusanos agujerean el queso y lo vacían imperceptiblemente», dice Amelia, «todos nos dimos cuenta de su voracidad. Compró muebles nuevos y tiró o cambió de lugar los que había; alteró la decoración y fue ocupando con los objetos que adquiriría los espacios que habían ocupado antes los de Silvia. Transformó la casa en su campo de batalla personal.» Con ayuda de la

asistente se pasó horas convirtiendo aquella casa ajena en suya.

—Amelia decía de mí que era maravillosa, que no me cansaba nunca. «Me gustaría tener esa vitalidad tuya para el trabajo», me decía. Y no, puedo asegurarte que no era vitalidad —se defiende Concha.

Era necesidad. Dicen que las ratas acorraladas plantan cara a sus perseguidores. Concha tuvo que levantar su orden contra el grupo. La superficie reluciente de los muebles era el brillo de sus dientes. ¿Cómo no voy a entenderla?

16

La única habitación que se salvó del afán organizativo de Concha fue el despacho de José, que él se esforzaba por mantener aislado del resto del mundo. Sólo ahora, desde que él se ha marchado, Concha se ha atrevido a llevar a cabo algunas modificaciones, a pesar de que aún no están claros los acuerdos de divorcio y José tiene derecho a la propiedad de la casa.

Por entonces, detrás de aquella puerta, la presencia de Concha no alteró nada. La asistente se limitaba a limpiar una vez a la semana, procurando no cambiar los objetos de sitio, respetando un orden misterioso que a José le resultaba necesario para escribir.

Siempre ha sido un hombre metódico y eso se le ha notado también —y sobre todo— en la escritura. En aquella época aún se sentaba cada tarde ante la mesa, sobre la que reposaban un cuaderno, una pluma estilográfica —la Mont Blanc que le regaló Silvia—, un par de lápices, un tintero y dos diccionarios: el Casares y el María Moliner.

No le parecía perder el tiempo si pasaba sus primeros diez minutos de jornada en las mismas tareas preparatorias. Afilaba los lápices, rellenaba la pluma y acariciaba las tapas del cuaderno como si fueran de terciopelo, porque le agradaba ese contacto cálido. A continuación acostumbraba a soplar la superficie de la mesa, intentando eliminar unas motas de polvo que sólo existían en su imaginación y, para comprobar que lo había conseguido, pasaba repetidas veces la palma de la mano sobre el escritorio y se miraba las yemas de los dedos. Sólo concluido ese ritual, una vez convencido de que todo estaba en su lugar, se sentía capaz de ponerse a escribir.

Conozco todos esos detalles a través de Concha. Imagino que sigue escribiendo despacio, palabra a palabra, y que, cuando termina, corrige con el lápiz lo que ha escrito y pone encima de algunas palabras otras alternativas que extrae del diccionario de sinónimos. Ya digo que conozco esas manías suyas gracias a Concha, porque él, cuando le pregunto, siempre se niega a explicarme el modo en que concibe

y escribe sus novelas.

—Tú sabes que resulta casi humillante enseñar el interior de la cocina. Parece como si el arte exigiera cierto misterio —me dijo en una ocasión—. A ti tiene que ocurrirte lo mismo.

—La verdad es que yo no tengo ningún método, ninguna superstición ni truco de magia. Escribo en cuanto tengo tiempo, en cualquier parte. Me da lo mismo a lápiz, a pluma, con la máquina de escribir o con el ordenador —le mentí yo.

—Algo tendrás —respondió—. Todos tenemos algo que esconder.

Él, por ejemplo, siempre ha sentido cierto *penchant* por la terminología científica y técnica. Le parece que aleja al lector de los que llama «sentimientos baratos» y que palabras como equimosis o prótesis, aplicadas a terrenos espirituales, tienen algo de escalofriante. José Bardón ha descrito los desarreglos morales mediante metáforas cuyos términos roba a las enciclopedias de patología física.

Quizá porque procede de una familia modesta y tuvo que luchar desde el principio, ya en los tiempos de universidad se consideraba maduro cuando se comparaba con sus compañeros de curso, que derrochaban teorías y despreciaban el trabajo metódico. Estudió con ayuda de becas y se vio obligado a trabajar durante toda la carrera. Por eso odiaba las piruetas brillantes que tan de moda estuvieron en los años sesenta. Prefería —y ha preferido luego— la opacidad de un lenguaje cincelado con esfuerzo y los frutos que se obtienen con el cultivo sistemático de la disciplina. Ha cambiado en dos ocasiones de casa, ha vivido con tres mujeres y ha sido padre de un hijo, pero los cambios de circunstancias no han alterado sus hábitos literarios.

«Él está convencido de que el tiempo le ha dado la razón», dice Concha. Aun antes de salir de la Universidad se había convertido en colaborador asiduo de revistas literarias de cierto prestigio y había publicado un libro que la crítica calificó como «gris y profundo», en el que utilizaba trucos que hoy me imagino le hacen sonreír. No hace mucho conseguí un ejemplar de ese libro, agotado durante años, y me divertí descubriendo palabras como «percuten» y expresiones del tipo «vocablos tegumentarios». José jamás ha autorizado su reedición y no me extrañaría que comprase todos los ejemplares de saldo que caen en sus manos para hacerlos desaparecer. «No me resigno a ese libro», dice, «es mi pesadilla.»

Enseguida empezó a obtener premios y a publicar novelas que han sido indefectiblemente recibidas por los críticos como perfectas en su estructura e inteligentísimas en su construcción. «La crítica te satisface un narcisismo a flor de piel. Nada más», dice. Como si tuviera miedo de que, en algún lugar de sus libros, se escondiera siempre una impostura.

De todos modos, a sus cuarenta y tres años se ha convertido en prestigioso catedrático de literatura y en el novelista de moda. Ha publicado algunos ensayos breves sobre filosofía de la creación literaria, media docena de novelas, y tiene tras de sí una obra sólida, sospechosamente indiscutida, que empieza a estudiarse en las

universidades extranjeras y se traduce regularmente al francés, al inglés y al alemán, aunque sea después de haber colocado un buen número de fichas políticas en el tablero literario.

Dice Concha: «Se enteró del regreso de Ricardo Alcántara por una llamada de Amelia. Se puso muy nervioso. Yo no sé a ciencia cierta qué tipo de relación tuvieron, pero era como si Ricardo llevara rayos X en los ojos y fuera a descubrir dentro de José algo miserable.»

Se tranquilizó a medida que Amelia le fue contando las condiciones en que había regresado. «Desde el principio, desde que supe que había vuelto, pensé que Ricardo había seguido equivocándose durante todos aquellos años. Le faltaba lo mismo que le faltaba cuando se fue: método. Cambié de opinión cuando me dio a leer la novela. Claro, luego resultó que todo era un fiasco», dice José.

—Hay un momento en la vida en que uno debe renunciar a ser brillante para empezar a ser inteligente —le había dicho a Ricardo casi veinte años antes, en la cafetería de la Facultad de Letras.

—Eres el maestro de todos nosotros haciendo frases brillantes —le respondió Ricardo, echándose a reír.

Ricardo había aspirado el humo del cigarrillo como un secundario de melodrama de Douglas Sirk, y había cogido un mechón de los cabellos de Silvia y se lo había colocado cuidadosamente detrás de la oreja. Después le había acariciado el lóbulo sin dejar de sonreír. El pendiente de plata le bailó entre los dedos.

José aún recuerda los detalles de aquella conversación. Me los contó no hace mucho, pocos días después de que Lucas se fuera a casa de Silvia, a fines del verano. Estaba hundido y me habló de su vieja relación con Ricardo en términos que dudo que hoy volviera a utilizar. Me dijo: «Hay imágenes que se graban para siempre y corroen como termitas las vigas que soportan la madurez.» Es la única vez en que no he encontrado en él ni superioridad ni cinismo. Yo había acudido a su casa por motivos profesionales, por un ciclo de conferencias al que queríamos invitarle algunos novelistas jóvenes. Se negó, pero con suavidad, poniéndome la mano sobre el hombro. «Gracias, no me siento capaz de hacer nada. Problemas personales, ¿sabes?»

«Imágenes que corroen las vigas que soportan la madurez», dijo. Y yo pensé en aquel pendiente de Silvia que bailaba entre los dedos de Ricardo, como en un hilo que atravesara las páginas de todos los libros de Bardón. Me atrevo a decirlo: como si toda su vida hubiera sido un esfuerzo por ser otro, que no era sino humo. A veces, en el transcurso de alguna fiesta, le he visto acariciar el lóbulo de Concha y jugar con su pendiente. Silvia: una espiga de plata entre los dedos. Concha: un pedazo de luna dorada entre los dedos. Humo y más humo.

Empezó a salir con Silvia al poco tiempo de que Ricardo se marchase de Madrid. Digamos que José Bardón tuvo prisa por tocar la espiga de plata en su lóbulo. Se casaron y tuvieron un hijo: «Era lo que Ricardo no le había dado a Silvia. Él quiso ganarle esa baza», dice malévola Amelia. Y también: «Al poco tiempo, Silvia se le había convertido en una fruta que había perdido todo su sabor y cuyo destino era acabar secándose, confundiéndose con el polvo.» Se separaron. «No le costó ningún esfuerzo olvidarla», dice Amelia. Incluso José me lo reconoció aquella tarde en que le encontré hundido: «Cuando años más tarde he vuelto a verla, he sentido que la había perdido, y no que la había abandonado.» Por entonces la relación con Concha se le había vuelto insoportable. Quería reconstruirse. Quizá incluso hacerse perdonar lo que hizo sufrir a Silvia cuando se separaron.

Silvia visitó a todos los amigos en busca de ayuda. Como si Pedro, Carlos y Amelia pudieran devolverle a José. Intentó suicidarse. «Es verdad que no pasé por el hospital a verla», se escabulle José, «pero entonces no quería remover las cosas, darle pie para que volviera otra vez a las andadas. Era mejor que se enfriasen las relaciones cuanto antes, aunque resultara doloroso.»

Tampoco sé si fue del todo ético por su parte conseguir la tutela de Lucas, alegando ante el juez la inestabilidad emocional de Silvia, pero creo que necesitaba hacerlo para renovar la seguridad en sí mismo. Estoy convencido de que, en el fondo, sentía un secreto orgullo, porque aquella mujer que ya no le interesaba lo había querido hasta buscar la muerte por él.

Aún le proporcionó algo más la separación de Silvia. De repente, se vio rodeado por un aura triste que pudo manejar cuidadosamente en su círculo de amistades femeninas. Dejó caer en el centro de ese círculo un reluciente anzuelo del que pendía un hombre obligado a responsabilizarse de una mujer desequilibrada y de un niño. El anzuelo consiguió capturar con su brillo novelesco a Luisa, la encargada de la biblioteca del departamento.

En los primeros días de la separación, Luisa compartió con José las preocupaciones y le sirvió de confidente a la hora del café; luego lo acompañó en los almuerzos; y acabó permaneciendo a su lado una vez concluida la jornada laboral: juntos recorrieron bares y discotecas hasta la madrugada. Al poco tiempo se instaló en su casa.

Creo que Luisa le gustaba demasiado a José y que él no fue capaz de soportar la tensión que el deseo le producía. Estaba demasiado llena de vida. Se le entregaba de un modo condicional. Y cuando se enteró de que lo compartía con otros amantes, decidió que tenía que romper.

—Que yo sepa, jamás habíamos hablado de fidelidad —le dijo ella.

Debió sentirse comparado, puesto en una balanza en la que ella decidía los juegos de pesas a utilizar. Luisa le quitaba la seguridad que Silvia le había proporcionado. Al

parecer, incluso su trabajo literario se resintió durante aquellos meses. Estaba nervioso y escribía con dificultad.

Se pasaba horas al lado de la ventana, esperando verla llegar. En cuanto ella se retrasaba más de la cuenta, se sentaba al lado de Lucas en el sofá del salón, delante del televisor, bebiendo vaso tras vaso de Havana Club. Aún debía resultarle más doloroso no evitar, cuando volvía Luisa, el interrogatorio al que él mismo se obligaba y en el que le preguntaba de dónde venía y con quién había estado. Tenía que parecerle humillante. Porque Luisa, como si olfateara su ansiedad, se retrasaba cada vez con más frecuencia y se dejaba acompañar en coche hasta la puerta de la casa; un par de noches ni siquiera se presentó a dormir.

José se pasó en vela esas noches, junto al teléfono, a punto de descolgar el auricular para confesarle a alguno de sus amigos cuánto estaba sufriendo. Sé todas estas cosas porque Concha me las ha contado después de romper con él. También sé que siempre venció la tentación; que no telefoneó nunca para pedir ayuda a nadie. Nunca perdió ante los demás esa apariencia de serenidad, que era la confirmación de que él no se había equivocado. Cuando vio que estaba a punto de perderla, rompió con Luisa.

Una noche, echó el pestillo de seguridad en la puerta de la casa, para que Luisa no pudiera entrar. Ella volvió de madrugada y se pasó largo rato llamando al timbre mientras José simulaba no escucharla. Permaneció durante todo ese tiempo sentado en una de las butacas del salón, bebiendo, hasta que decidió dirigirse a la puerta. Llevaba en las manos un par de bolsas en las que había guardado las cosas de ella. Abrió el tiempo justo para sacar las bolsas.

—Aquí no vuelvas más —le dijo.

Ella se quedó en el jardín esperando a que volviera a abrirle la puerta. Pensó que se trataba de un ataque de celos pasajero y tuvo que marcharse agotada cuando ya las primeras luces entraban por la ventana. Horas más tarde, sonó el teléfono. Pero José se negó a responder.

Estuvo sonando durante toda la mañana. Y luego volvió a sonar al anochecer. Dos días después, cuando Luisa se presentó en su puesto de trabajo en la Facultad, se enteró de que José se había tomado unas imprevistas vacaciones y se había marchado a Italia. A su regreso, volvió a tratarla de usted y, desde entonces hasta que ella cambió de trabajo, siguió tratándola en el mismo tono. «A veces hay que ser cruel para defenderse», le dijo José a Amelia por entonces.

A Concha le tocó devolverle la seguridad que Luisa había amenazado. Pienso que, para José, las carencias de Concha han sido su mejor virtud y que la relación ha muerto por culpa de la inteligencia. Y tengo la sensación de que, cuando José decidió casarse con ella, lo hizo como si se tratara de una apuesta final: la paz del escritor maduro entregado a su trabajo. Aunque ese proyecto tuvo que darle miedo incluso a él. Suponía que no podía perderla. Desde luego, no creo que llegase a imaginar la posibilidad de que lo abandonase por otro.

Para conservarla, afectaba una distraída indiferencia. Le pedía café, la botella de aguardiente, o que buscase el azucarero; por la noche, en el espacio privado de la habitación, ponía sus cinco sentidos en seducirla. Y lo hacía como si para él se tratara de un acto sin demasiada importancia, pero cuyos mecanismos conociese a la perfección.

—El sexo y la literatura se parecen en que son, sobre todo, técnica —le decía.

Y a mí:

—A pesar de todo, he buscado el pleno entendimiento con ella; que Concha llegara a compartir mis preocupaciones más íntimas. Hasta que ya no hubo modo de salvar la relación.

—Los libros no solucionan nada —le explicaba, porque ella no entendía qué era lo que podía hacerle sentirse insatisfecho, si tenía éxito, cierto dinero y, sobre todo, la tenía a ella.

—¿Te preocupa Lucas? —fue lo más que llegó a decirle.

Porque Lucas no ha sido jamás esa síntesis por la que José luchó: su propia disciplina y la brillantez de Ricardo. Lucas se pasaba las horas hipnotizado por la pantalla del televisor, suspendía sus exámenes curso tras curso y era tímido, con un fondo sucio de rencor que se le transparentaba incluso en la piel y en su desordenada forma de vestir. «Ha pensado con demasiada frecuencia», dice Concha, «que también era hijo de Silvia. Puedo asegurarte, aunque ahora las cosas hayan vuelto a cambiar, que, cuando pensaba así, lo hacía con repugnancia. No quería atreverse a aceptar que Lucas es hijo de su fracaso, de lo que no pudo ni podrá ser.»

—Los libros no solucionan nada —le decía a Concha.

Y luego se tumbaba sobre el sofá del salón durante largo rato, con el antebrazo cruzado sobre la frente y los ojos cerrados. Era como si necesitara sentirse enfermo para que Concha no tuviera la posibilidad de abandonarlo nunca. No se trataba de un gesto ensayado. Estoy convencido, y sé que Concha también lo está, de que había verdad en su comportamiento y en cuanto le decía. Creo que no podía evitar la sensación de que sus crecientes triunfos como escritor no impedían que lo esencial se le hubiera escapado como un pedazo de aire entre las manos. La literatura era una espiga que relucía hermosa al sol, pero que al capturarla se le quebraba entre los dedos: el pendiente de Silvia: una espiga balanceándose en el aire, destellando seductora en el aire, entre los dedos de otro.

A cuantos escribimos nos duele tener que admitir que lo esencial no está en los

libros, sino en el antes y en el después; que la medicina con la que uno se cura no se guarda en el interior de las palabras, sino en torno a ellas. La medicina de José estaba en limpiar el polvo de la mesa, afilar el lápiz y acariciar la superficie del cuaderno, como si fuese de terciopelo, todos los días a la misma hora de la tarde. Y el tónico que le permitía advertir enseguida los efectos de esa medicina lo encontraba en la admiración de Concha y de sus amigos, en las críticas a sus libros publicadas en periódicos y revistas; en los dominicales que hablaban de esa vida que él se inventaba para la prensa; en la televisión, que hacía reconocible su rostro a los vecinos, a los porteros, a los taxistas.

—Tú me entiendes, ¿verdad? —llegó a decirme aquella tarde en que parecía haberse hundido—. Uno no se salva en el esfuerzo de la búsqueda de lo esencial, sino en la asfixiante humildad de la costumbre y en la vanidad.

19

Pedro se quedó varios martes por la tarde esperando que Amelia volviera a visitarlo, pero ella no apareció. Estaba convencido de que, para lo único que deseaba tener la oportunidad de verla a solas, era para decirle que todo se había terminado.

Se sentaba junto al teléfono y colocaba sobre el mueblecito el vaso y la botella de JB. Leía sin llegar a concentrarse. Bebía y ponía música, o se quedaba durante horas mirando la televisión. Y, a medida que pasaban las horas de la tarde, se volvía más irritable y nervioso. Daba vueltas por el salón, telefoneaba con cualquier excusa a alguien y, cuando llegaba el momento de la cena en Charol, volvía a estar completamente borracho.

A veces se preguntaba por qué seguía asistiendo a aquellas cenas que le hacían daño y en las que se sentía progresivamente desplazado, no sólo por culpa de Amelia. Cada martes tenían más peso los nuevos amigos de Carlos, políticos o artistas para quienes Pedro no era más que un profesional poco brillante, cuyos servicios se pagaban con magnanimidad por vagas razones amistosas.

Un martes consiguió reunir la fuerza para no quedarse esperando a Amelia y se escapó con una excusa para pasar la tarde fuera de casa. Por la noche, cuando volvió a verla en el restaurante, pensó que tal vez había estado llamándole. Y se le desmoronó de nuevo la certeza de que el despecho era lo único que le quedaba. «¿Qué es querer a alguien?», suele decir Pedro. «Deseo, sí, deseo de alguien.» Por las mañanas, cuando el café le disolvía la resaca, pensaba que Amelia provocaba en él un sentimiento que a veces ha calificado en broma como «deseo social». Dice: «Amelia seguía siendo el gozne.»

El regreso de Silvia lo convenció aún más firmemente de que en el grupo ya no quedaba en pie «ninguno de los iniciales sentimientos adolescentes», según sus propias palabras. Intuyó enseguida que iba a llamarlo desde la orilla opuesta de un estanque en el que él había empezado a flotar como una burbuja a la deriva. Tuvo miedo. Algo que Silvia traía consigo le hacía ver que aquella deriva tenía su origen en lo que el pintor Brines definió como «la lucha por mantenerse en el escalón de arriba, que es bastante más estrecho que el inferior».

Llegó a la cita con Silvia antes de tiempo, pero ella ya lo esperaba sentada en la terraza de uno de los kioscos del Retiro. Estaba más delgada que cuando se fue, llevaba el pelo suelto sobre los hombros y unas gafas de sol que exageraban aún más la delgadez de su cara. Vestía un poncho con dibujos que representaban flores y pájaros de colores, y se puso a hablarle como si aún no hubiera regresado y mantuviera aquella conversación con él desde el interior de una lejana cabina telefónica.

Pronunciaba las palabras lentamente y en voz muy baja. Había sido ella quien había elegido el lugar de la cita: un kiosco entre los árboles, muy cerca del lago. La imagen de Silvia convertida en susurrante espíritu y el ambiente lánguido de los árboles le pusieron inmediatamente de mal humor. Se había sentado muy cerca de ella y, sin embargo, apenas conseguía entender lo que decía, porque su voz no llegaba a imponerse a las voces de los niños que jugaban a las orillas del lago. La luz del sol había empezado a debilitarse y se filtraba misteriosa a través de las hojas encendidas.

Silvia le habló de sus viajes y de sus trabajos, si es que así podían llamarse sus colaboraciones en una comuna agraria de la Sierra de Gredos y en una escuela que situó «en un rincón perdido de la selva boliviana». A los trabajos y a los viajes los calificaba como experiencias, dejando ver que su propósito al colaborar en las tareas de la comuna agraria no había sido que los campos dieran fruto alguno, y que no había impartido clases para que los indios aprendieran nada, sino para enriquecerse ella misma, para salir fortalecida en algo que Pedro asegura no haber alcanzado nunca a saber lo que es, pero que sin duda intuye como yo lo intuyo.

No quiso beber. Le había pedido al camarero un zumo natural «de lo que sea», que acabó siendo de naranja, y rechazó el cigarrillo que le ofreció Pedro. Todas aquellas pequeñas y absurdas privaciones también habían pasado a formar parte de sus experiencias.

—Mientras permanecí en Gredos —le explicó—, seguí fumando y bebiendo. Creo que aún no estaba preparada para saber lo que el campo podía ofrecerme. Pero, al llegar a Bolivia, me di cuenta de que allí era la naturaleza la que imponía sus reglas y me obligaba a plegarme a ellas. Me sentí pequeña y necesité crecer por dentro, ya que no podía hacerlo por fuera, para acercarme a aquella geografía. Fue entonces cuando decidí dejar de fumar. Descubrí que la comida tenía otro sabor y que la selva olía de una manera hechizadora. Había dejado de vivir en Madrid.

Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo de la silla metálica. El sol

poniente manchaba de amarillo el cielo, aunque ella no podía advertirlo detrás de los cristales azules de las gafas. Respiró profundamente, como si aspirase algo selvático que se escapara de los castaños del Retiro y que él no podía percibir. Era absurdo lo que le contaba, aunque Pedro pensó que, al fin y al cabo, era una forma de curación que hubiese deseado para sí mismo, a pesar de que no fuera demasiado brillante. Las manos largas que sostenían el zumo de naranja ya no empuñarían el tubo de sedantes en busca del reposo. La paz le llegaba ahora a Silvia desde una esfera de ozono, pequeñas privaciones y flores azules, en la que no conseguían entrar las partículas que flotaban sobre el parque.

—No me digas que te has vuelto mística —se burló, a sabiendas de que no tenía por qué sentarle bien la broma—. Se te pasará. Si el misticismo te ha curado de José, Madrid te curará del misticismo.

Pensó en toda aquella porquería que flotaba en torno a ellos y que se metía dentro de sus pulmones, como en un vitalizador que acabaría acelerando los movimientos de Silvia y elevando el tono de su voz. Ella sonrió sin ganas, y parecía no advertir el peso que la ciudad ejercía sobre los árboles y sobre ellos mismos. Sólo se le borró la sonrisa cuando hablaron de José y, sobre todo, de Lucas. Quería regularizar sus contactos con Lucas durante todo el tiempo que siguiera en Madrid, y temía que el muchacho estuviera ya demasiado lejos de ella.

—Me lo voy a tener que ganar otra vez —dijo, sin darse cuenta de que volvía a utilizar el lenguaje de la guerra, que tanto le sigue gustando a Pedro. Ganar o perder. El campo de batalla madrileño prometía ser un buen antídoto contra el veneno místico.

Ya había empezado a causar sus efectos, aunque Pedro no los advirtiese aquella tarde. Se puso nervioso. Intentó bromear con ella, pero luego pensó que aquel reencuentro era la segunda parte de algo que ahora no tenía ninguna gracia. El escalón de abajo. La otra orilla. Charlaron durante mucho rato. Las palabras de Silvia se deshacían en el aire. No tenían peso ninguno. «Eran», dice Pedro, «como el humo de algún sacrificio primitivo.

Falsos sentimientos de adolescencia al margen de las leyes del mercado.»

Mientras hablaba con Silvia tenía la sensación de que había abierto un cajón repleto de bolas de naftalina, y que aquel poncho lleno de pájaros y flores azules estaba —pese a todos los cuidados— viejo y comido por las polillas. El pelo, negro y cayéndole sobre los hombros, le pareció una de esas pelucas que se colocan encima de un maniquí sin rostro.

Se quedaron hasta que cayó la noche entre los árboles y se borraron los colores de las cosas. Cenaron juntos y Silvia aceptó acostarse en su casa, aunque no en su cama. Él había empezado a desearla, como si el deseo fuera una forma de desprecio hacia sí mismo y lo encendiera algún enemigo. Le resultó doloroso prepararle el sofá del salón y ponerle un flexo para que pudiera quedarse leyendo un libro que sacó del bolso. Mientras la oía moverse allí fuera, el deseo lo torturaba en su habitación y se

arrepintió de haberla invitado.

Pero cuando se despertó a la mañana siguiente, Silvia estaba desnuda junto a la cama y le acariciaba la nuca con sus manos lentas y largas. Pedro hizo como que seguía durmiendo, y luego estiró los brazos y la arrastró hacia sí y empezó a besarla pensando al mismo tiempo que no podía soportarla. No tenía los pechos bonitos, pero se los besó y era como si, con aquellos besos, eligiera quedarse a vivir para siempre en la triste burbuja que vagaba frente a la orilla de los otros. Aquellos besos lo volvían inmune a los de Amelia y lo transportaban, a través de océanos y selvas remotas, al lugar donde vivían los enfermos y los que no tenían esperanza. Deseo y miedo eran una misma cosa. Los dedos de Silvia se le clavaron en la espalda y la escuchó gemir.

—Ha sido mejor así —dijo ella—. Anoche no hubiésemos dejado ningún espacio para nosotros mismos. La urgencia lo hubiera arrasado todo.

Ella había concertado una cita con Ricardo para esa misma noche. Ninguno de los dos habían vuelto a verlo desde hacía quince años. Pedro aceptó acudir a aquella cena, por el mismo motivo que había aceptado a Silvia la mañana anterior: por miedo, porque intuía que los dos podían hacerle daño. «Pensé durante cuánto tiempo iba a atarnos el abrazo de la mañana», dice, «le dije que sí, que la acompañaría a ver a Ricardo, con el convencimiento de que tenía que haberle dicho que no.»

Al ver a Ricardo se encontró envejecido él mismo. Sintió compasión. Sin embargo, ese sentimiento se esfumó casi enseguida, porque la presencia de Ricardo puso en marcha un irritante mecanismo dentro de Silvia. Él la excitaba, la llenaba de electricidad, de vida. Pedro pensó en los dedos largos clavándose en su espalda aquella misma mañana, y supo que se había equivocado en algo. Ricardo le ofreció vino a Silvia y ella aceptó y se rió de su propia y estúpida broma:

—Al fin y al cabo, el vino es zumo de uva —dijo.

A Pedro tuvo que dolerle la mancha de vino en los labios de ella como si se tratara de una herida reciente. Ricardo le acariciaba la mano y se la aplastaba sobre la mesa cada vez que decía algo supuestamente brillante. Ella se reía y daba pequeños gritos, tapándose la boca con la mano que Ricardo le dejaba libre. No era la mujer de la tarde anterior, perdida en algún confín remoto; la que había sepultado a Pedro en su cuerpo aquella misma mañana como si quisiera ahogarlo de tristeza.

La odió cuando levantó la copa en dirección a Ricardo y le pidió que volviera a llenársela de «zumo de uva». Tuvo la certeza de que la verdadera Silvia se le había escapado entre los brazos. Aquella mañana su cuerpo se había aplastado contra una sombría crisálida que acababa de rasgarse. El miedo le había escondido el rutilante insecto que dormía en su interior.

Ella encendió un cigarrillo y se rió con un gemido desagradable. Oyéndola reír, se le convirtió en una mosca estúpida, a la que envolvía lentamente una tela de araña pegajosa. Era la voz de Ricardo, húmeda, abriéndose muy cerca de su rostro, la que la iba cercando. Ella se entregaba a algo perverso y Pedro la deseaba más y más.

Entonces, Silvia levantó la cabeza, lo señaló con el ángulo de su barbilla y dijo:

—Ricardo, ten cuidado con estos hijos de puta. No esperes nada de ellos. Ya no son tus viejos amigos. Sólo les queda la apariencia de lo que fueron. Fíjate en cómo les ha cambiado el brillo de los ojos, y también la expresión de la boca. Ahora están vacíos. Dentro no tienen más que un perro negro al que se le encienden los ojos y babea cuando escucha el sonido del dinero.

Dice Pedro: «Imagino que habrá tenido tiempo para arrepentirse de esas palabras.» Y matiza: «Aunque, bien mirado, quizá no tenga por qué ser así. Ella venía también con un proyecto y había iniciado su baile de alianzas.»

20

Con el tiempo, Concha se había acostumbrado a aceptar las invitaciones de Amelia. Iban de compras, al cine o a las exposiciones, y luego se instalaban durante horas a charlar en Oliveri. Amelia le hablaba de sí misma. Concha la escuchaba y parecía no exigirle nada a cambio. Era la confidente de su relación con Ricardo, porque Amelia se había dado cuenta de que no podía guardarla para sí sin hacerse daño. El contacto con Ricardo la cargaba de una energía que necesitaba traspasar a alguien.

—Sé que no estoy enamorada —le había dicho—, pero tengo mono de Ricardo. En cuanto nos despedimos, me falta algo.

—Lo que me dices es la mejor definición del amor —le respondió Concha.

Ella lo negó:

—No. No es eso.

—Ten cuidado.

Las confianzas de Amelia la protegían. Digamos que el corazón de Amelia era una maqueta desmontable que le permitía ensayar con lo que estaba escondido en José. Un día, a la salida del cine, Amelia se echó a llorar.

—No es nada —se disculpó, avergonzada—. Estoy nerviosa y creo que la película me ha tocado más de la cuenta.

Y al cabo de un momento, añadió:

—Me daría miedo que tuvieses razón.

—¿En qué? —le preguntó Concha.

Días más tarde, Amelia le comunicó que Ricardo quería invitarlas a cenar. Tenía ganas de conocerla e iba aprovechar el cobro de algunos trabajos que, al parecer, había efectuado.

—Nos invita a cenar en Lúculo.

Concha preguntó:

—¿Fueron muy amigos Ricardo y José?

—Antes de marcharse, Ricardo fue novio de Silvia. Él y José eran más que amigos. Ya sabes esas cosas competitivas que tienen los hombres cuando se quieren. Ricardo y José fueron rivales.

—No sé si debería ir a cenar con vosotros —dudó.

Pero acabó aceptando y, además, no le dijo nada a José. Estuvieron los tres en el concierto. Tocaban la Tercera de Mahler y, en la fila anterior, estaba el vicepresidente del Gobierno. Amelia lo saludó con un gesto de la mano y él devolvió el saludo y la llamó por su nombre. Después del concierto, cogieron un taxi para ir al restaurante. Amelia telefoneó a casa y le advirtió a Carlos que iba a llegar tarde.

Al final de la cena, que fue muy agradable, Ricardo sacó un par de cajitas del bolsillo, envueltas en papel negro y dorado. Eran dos regalos para ellas. Le dio a Amelia una que contenía un par de pendientes de plata que imitaban viejas joyas del tesoro de Oaxaca, mientras que la de Concha llevaba en su interior un broche egipcio: un gato estilizado y misterioso.

—Póntelo —le dijo a Concha—. Amelia me cuenta a todas horas que eres maravillosa. Su única amiga. Estoy convencido de que José ha tenido mucha suerte. Se la merece.

Tomaron copas hasta pasadas las dos de la madrugada, primero en el Círculo de Bellas Artes y luego en Chicote. Hablaron mucho de José. Ricardo le preguntó a Concha:

—¿Es feliz?

Los tres se rieron.

—¿Desde cuándo puede ser feliz un atormentado? —le respondió Amelia mirando cómplice hacia Concha.

Al volver a casa, Concha se encontró encendida la luz del despacho. Se asomó. José estaba escribiendo y fingió no darse cuenta de que lo miraba desde la puerta. Sólo levantó la cabeza cuando ella cruzó la habitación y se acercó para besarlo.

—Tú no tienes que hacer de tapadera de nadie. No necesitan utilizarte como coartada para verse —le dijo, cuando ella le contó que había estado con Amelia y Ricardo.

Él habló en un tono brusco que, sin embargo, no irritó a Concha; más bien, la hizo sentirse relajada. Era como si hubiese salido enriquecida de aquella cena. «Se me ocurrió que en aquella cena me había convertido en propietaria de parte de una historia», me dijo cuando me contó ese episodio. Era propietaria de una parcela de rencor.

Recordó la frase de Amelia: «Ricardo y José fueron rivales.» Ahora podía saber por sí misma lo que eso significaba, y ese saber le abría una puerta que conducía a las habitaciones en que dormía el miedo de José Bardón. Podía recorrer aquellos pasillos tenebrosos y abrir y cerrar las ventanas a su gusto, y asomarse al dormitorio del

miedo y descubrir, bajo las sábanas, su cara amarilla.

Desde hacía algún tiempo —y a Concha le gustaba hacer coincidir ese tiempo con la llegada de Ricardo—, nadie parecía tener fronteras estables. Ellos mismos —José, Lucas y Concha— eran (ella lo explica de otra manera) una especie de territorios deshabitados, cambiantes, ocupados por vencedores provisionales, que luego se iban dejando el campo lleno de despojos y los bosques repletos de sospechas (ella dice: «Estábamos como a merced de alguien. Como si todo el mundo pudiera entrar libremente y llevarse algo de nosotros»).

José había roto sus hasta entonces rígidas costumbres. Con frecuencia permanecía encerrado en el despacho hasta el amanecer y desatendía sus cursos universitarios. Se quejaba:

—Me hastía esa pasión absurda que Amelia siente por Ricardo y que intenta transmitirnos a los demás.

Concha se sentó en la butaca que había al lado de la mesa de trabajo de José. Lo escuchó en silencio. Veía los cristales de la ventana que abrían la casa a la oscuridad, y sobre los que habían empezado a caer unas gotas minúsculas. Llovía. Le volvió a la mente la frase de Amelia: «Fueron rivales.» Las palabras de José, su resentimiento contra Ricardo le resbalaron dentro, como las gotas de lluvia resbalaban sobre el cristal de la ventana, y la refrescaron, la hicieron sentirse de nuevo propietaria.

Lucas dormía en el piso de arriba. Concha se lo imaginó en posición fetal, con las manos junto a la cara, tal y como acostumbraba. José estaba a su lado, también ligeramente encorvado y fetal sobre su silla. Pensó en dos versiones de un mismo muñeco fabricadas en distinto tamaño. Uno de los muñequitos dormía con las piernas encogidas y las manos sobre la almohada. El otro estaba allí, con los ojos muy abiertos y húmedos, mirándola por encima de las gafas. La luz del flexo dejaba destellos de brillo turbio en aquellos ojos. Alguien, desde algún lugar, pero dentro, ponía en marcha el mecanismo de aquellos dos muñecos; los levantaba, acostaba y hacía hablar. Se sintió ajena, y ese sentimiento la cargó también a ella de rencor, de otro rencor.

«Rivales y cómplices», pensó. José corría para nadie en un estadio vacío. Daba vueltas y vueltas en la pista; sudoroso, sin atreverse a volver la cabeza. Quizá tenía miedo a descubrir que no lo perseguía nadie. A Concha le dio pena imaginar cómo lo salpicaba el barro de la pista bajo las abandonadas gradas en ruinas. Por encima del estadio, el cielo era gris.

—Estás equivocado. Amelia no tiene por qué utilizar a nadie como tapadera de nada —mintió Concha—. Quiere a Ricardo como te quiere a ti, o a Pedro. Como a un viejo amigo.

Fue en ese momento cuando los ojos de él se detuvieron en el gato que pendía del escote de Concha. Ella se dio cuenta.

—¿Verdad que es muy bonito? Es egipcio —dijo—. A Amelia le ha regalado unos pendientes mexicanos preciosos.

Él apartó la mirada del escote y la dirigió hacia el cuaderno que permanecía abierto sobre la mesa. Fingió que no la había oído. Cogió la Mont Blanc y corrigió en el cuaderno algunos signos de puntuación. Tachó un par de palabras, pasó adelante y atrás algunas hojas. Algo mecánico. Después, dijo sin mirarla:

—No vuelvas a ponerte esa mierda en la vida.

Esa madrugada, Concha se quedó despierta en la cama. No se sentía mal. Debía intuir que estaba consiguiendo la igualdad. También reflexionó acerca de la violencia que encierran ciertas palabras. Rivales. En el piso de abajo sonaban intermitentemente los ruidos que hacía José. Lo escuchó toser, mientras el sueño se iba apoderando de ella y se quedaba atrapada en el calor de las sábanas.

A la mañana siguiente, lo encontró dormido en el sofá del salón. Era martes. Por la noche, durante la cena en Charol, se dio cuenta de cómo sufría José al tener que darle la razón a Amelia en algo que ella dijo de Ricardo. Pensó, a su manera, que en el grupo todos habían sido malheridos en algún momento de sus vidas.

21

La primera vez que hablé con Brines, cuando todavía vivía Carlos, me dijo: «El cinismo puede resultar fascinante, pero no hay nada tan odioso como la hipocresía.» Con el tiempo me di cuenta de que es lo que ha pensado siempre de los amigos de Amelia: hipócritas.

«Me ha resultado difícil soportarlos y me he hartado de oírlos discutir a todas horas de sus envidias, mientras fingían ocuparse de ideología, o de teorías literarias», me dijo más adelante. «Si te soy sincero, tengo que aceptar que no me ha gustado ninguno de ellos, aunque los frecuenté durante varios años. La verdad es que os soporto mal a los escritores.»

Brines se ocupa todavía de llevar la galería de arte que montó Carlos en Núñez de Balboa. «En realidad, habría que decir que fui yo quien montó la galería con su dinero. O sea, que la galería la montamos a medias el dinero de Carlos y los conocimientos de un servidor, porque lo asesoré desde el principio, desde cuando no era más que un proyecto difuso, y he seguido dirigiéndola una vez que se ha convertido en negocio rentable. Hay un toque Brines, una escuela Brines. Nunca ha habido un toque Carlos Amat y, ahora que él ha muerto, ¿quién sabe en el mundo del arte que existen unos jodidos Amat?», matizó Brines hace algún tiempo, en una fiesta que dio en su casa y a la que asistí. No sé por qué, a mí me considera poco escritor. Lo justifica diciendo: «Eres de otra generación. A los de ahora os interesa el mercado, como a nosotros, como a los artistas. Ellos (se refiere a la generación de José) son

verdaderamente odiosos. Fingen que sólo se ocupan de ideas y tienen más ansia de poder y dinero que nosotros.»

Conoció a Carlos cuando estudiaban en el colegio de El Pilar. «No voy a decir que fuimos grandes amigos», dice, «pero sí que nos tratamos algo por entonces y que, luego, seguimos viéndonos periódicamente en casas de conocidos, en fiestas, exposiciones y cosas así. El arte nos acercó. A Carlos no le gustaba exactamente el arte. Lo que le atraía era cuanto rodea ese mundo. No podía aceptarse sólo como empresario. Necesitaba de esa ambigüedad que envuelve el arte como un guante una mano.»

Muchas veces le había hecho confidencias cuando bebía. Sobre todo durante los meses que precedieron a la inauguración de la galería, no era extraño que Carlos se acercara al anochecer y que se pasara horas y horas con Brines, bebiendo y charlando no sólo de proyectos, sino también de sí mismo. «Carlos vivía muy aferrado a su infancia», dice Brines, «había algo en su infancia que lo había marcado y que a mí me fue descubriendo. Resulta digno de reflexión que, cuando Amelia se empeñó en iniciar un descabellado romance conmigo, Carlos no se enojara nunca. Incluso estoy convencido de que, desde entonces, me apreció más. Continué trabajando para él en la galería y hasta puedo decir que vino más por las noches y que bebimos más que nunca juntos y que me hizo más confidencias. No quiso nunca provocarme, ni agredirme; únicamente quería despertarme compasión.»

Brines está convencido de que Carlos era el mejor de todos ellos. Dice: «Era el único que valía la pena, el único que tenía verdadera sensibilidad. Desde pequeño le asustaba todo lo que podía hacer daño. Era frágil. Le hubiese gustado vivir entre algodones y tuvo que pelear. Fue su lucha continua. Creo que murió como había vivido. Yo también he escuchado esa versión de que murió por culpa de su orgullo. Incluso sé que se me atribuye a mí. Nunca puedo haberlo dicho, porque es una interpretación equivocada. Carlos murió defendiéndose, defendiendo lo suyo. Y cuando me expreso así, no quiero referirme a que defendiese su vida o su propiedad, sino el respeto de algo que era y que guardaba dentro de sí desde la infancia. Su enfermiza actividad, su necesidad de participar en tantos negocios, no era sólo una herencia familiar: era sobre todo la necesidad de cubrirse ante los otros y ante sí mismo. El ruido de sus quehaceres tapaba las voces que llevaba dentro.»

Hasta que la muerte de Carlos puso al descubierto la relación de Amelia con Pedro, Brines jamás la sospechó. «No sé lo que podía gustarle en él, no consigo descubrirlo», dice. «Pedro es un fracasado, incapaz de disimular su amargura. No hay más dentro de él. De Ricardo sospeché desde un principio y tanto Carlos como yo sabíamos que el amor de Amelia no era más que un capricho platónico, sin otra importancia que la que uno quisiera darle. Carlos comprendía bien a Amelia y le toleraba esos arrebatos, porque estaba convencido de que, en el fondo, la ayudaban a seguir viviendo con él. José es el peor. Se ha sentido herido en su orgullo cada vez que Amelia ha defendido a Ricardo. Le tocaba algo, no sé, la ambición. Porque José

ha sido siempre el más ambicioso.

»Las cenas que organizaban en Charol me parecieron siempre un catálogo de bajas pasiones», concluye. Aún recuerda la última. Aquella noche José se enfrentó otra vez con Amelia por culpa de Ricardo. Dijo que no podía ser más que un escritor de corto aliento, un periodista, porque era un hombre sin voluntad ni método. Aún no había leído nada de él, lo prejuzgaba.

Yo entiendo que Amelia pudiera irritar a cualquiera. Empleaba un desagradable tono de seguridad, que resultaba también ofensivo para José. Aquella noche, Brines terció en la discusión.

Había estado entretenido durante todo el tiempo que duró la conversación acerca de Ricardo. Le explicaba a Carlos los trámites para solicitar plaza en un balneario del sur de Francia especializado en el tratamiento de casi todo por medio de algas. Interrumpió su información para decirle a Amelia:

—Tu amigo Ricardo debe ser uno de esos tipos que, a los cuarenta largos, siguen llevando pantalones vaqueros y creen que dejarse barba de tres días los hace más interesantes. Gente odiosamente antigua. Seducen a las niñas con discos de Sting y las ponen tristes antes de desnudarlas. No me cabe duda de que José vale cien veces más que él. Entre otras cosas, porque es el único novelista de Madrid que viste bien, aunque todavía se le vea un poquito demasiado la voluntad.

José agradeció el cumplido con una sonrisa. A Brines le ha gustado dejarse querer por sus enemigos. Sin embargo, no fue José quien intervino, sino Carlos, que siempre se sentía como pez en el agua cuando se hablaba de esos temas. Dijo:

—Poco a poco, los novelistas empiezan a vestirse y a perfumarse. Ya no piensan que el buen gusto sea un sentimiento burgués que esté reñido con el arte. Creo que ese buen gusto empieza a notarse en sus libros. ¿No te parece así, Brines?

—Visten mejor su escritura —intervino Brines. Carlos lo buscaba siempre como cómplice en esas conversaciones—. Aunque siguen siendo, por decirlo así, demasiado españoles. Tampoco se les puede pedir más a esos pobres, si en su vida han probado un buen borgoña y son incapaces de distinguir un rioja de un Clos Vougeot.

Pedro habló desde detrás de su copa:

—José tendría que redondear su imagen de triunfador en alguna academia de estilo.

—Han abierto una escuela para enseñar a la gente a que se mueva —dijo Brines—. Cada día me parecen más necesarias todas esas cosas. La gente, digamos que cierta gente, ya se compra trajes con buen corte y se ha dado cuenta de que el día que se recibe en casa hay que preparar de verdad la mesa, como hacen los americanos, cada cosa en su momento, en su lugar y a su temperatura. Sin embargo, a la hora de la verdad, siguen moviéndose como patos. No saben dar la mano, ni caminar, ni poner bien el gesto de que te escuchan con interés sin tener que asentir a cada instante con la cabeza, ni volverse de espaldas para servirse otra copa en el bufé sin que parezca

que te hacen un feo. En eso, y, Carlos, tú lo sabes, los americanos son extraordinarios. Hay que ver cómo se mueven esos yuppies americanos, con qué gracia. Parecen todos bailarines, tan expresivos. Y ellas, cuando te reciben, son como princesas rusas, perfectas.

—Creí que estábamos hablando de literatura —dijo José, mirando a Pedro, porque le molestaban sus ojos.

—Hablamos de lo de siempre —recogió la mirada Pedro—. De cómo llegar.

Se detuvo un momento, como si quisiera comprobar que de verdad le hacía daño a José. Prosiguió:

—Hablamos de que el arte es el único medio que tenemos algunos para llegar. Se discute acerca de las ideas de los escritores, cuando habría que discutir acerca de sus deseos, que se parecen sospechosamente a los de todo el mundo: también los escritores buscan el respiro de un pedazo de poder.

A José le temblaba un poco la voz cuando dijo:

—El peor escritor es el que no ha llegado a serlo, porque está lleno de resentimiento y, sin embargo, carece de lo que convierte el resentimiento en un acto moral, que es precisamente el esfuerzo en busca de la forma perfecta.

—Tú sabes bien —Pedro había bebido un trago antes de responderle— que el peor escritor es el que no utiliza la lucidez para descubrirles el mundo a los demás, sino para cubrirse él mismo. Es un cobarde que traiciona por igual el arte y la inteligencia.

Amelia dijo un chiste que se perdió sobre la mesa. Sin duda tenía la impresión de que Pedro le rompía el difícil equilibrio que le había permitido mantenerse siempre dentro y fuera. Una vez más, alguien quería obligarla a elegir y, lo que era peor, sin ofrecer nada a cambio. «Como un puro acto estético», que diría Brines.

Carlos encendió un cigarrillo y sonrió con satisfacción. Por fin las palabras rozaban un código de su propiedad en el que le bastaba con callar para vencer. Fue Brines quien inició un largo discurso:

—Debe ser duro tener que expresar ideas generosas para seguir subiendo —dijo—. Me dan pena los escritores. Nosotros, los artistas, tenemos bastantes menos problemas morales. Sabemos que es bueno quien triunfa y un desgraciado quien no consigue que su obra se cotice. Se conocen las biografías de quienes venden, y a nadie le importa un carajo lo que han tenido que hacer para conseguirlo. Nos está todo permitido, porque sólo cuenta el arte, la forma, y no estamos obligados a andar explicando nada con palabras. La cotización es la única balanza y no hay reglas morales: hay reglas de mercado. Somos mudos. Es el mercado quien habla por nosotros. No necesitamos inventar metáforas que disimulen que el escalón de arriba es más estrecho que el de abajo y que hay que darse de codazos para guardar el hueco en que uno pisa. Cuenta el precio, el dinero. Entre nosotros, los moralistas se quedan en un rincón y, por muy buenas notas que hayan obtenido en la Escuela de Bellas Artes, acaban pintando ciervos y arlequines para que los cuelguen en los comedores

de los barrios dormitorio. Por suerte, no tenemos que convertir nada en misericordioso, ni siquiera en razonable. Pobres escritores. Son como los curas: aburridos. Se ven obligados a escribir según no sé qué canon moral, y a convertir cada uno de sus mezquinos crímenes en un acto de piedad. Viven de la hipocresía. Me perdonas, ¿verdad, José? No es por ti, cielo. Tú no te tomas las cosas tan a la tremenda. Nadie que sepa conjuntar así los colores del traje con los de la camisa puede ser un ideólogo. Llevas una camisa preciosa. Quizá demasiado bien entonada.

22

Pedro le dijo a José que Silvia acababa de volver a Madrid y, al cabo de un rato, Concha le acercó su rodilla, y la dejó allí, quieta.

—Me ha pedido que te diga que quiere ver a Lucas de vez en cuando y me ha dado su número de teléfono, para que la llames y os pongáis de acuerdo —dijo Pedro.

La pierna de José permaneció inmóvil junto a la de Concha y, en esa inmovilidad, ella creyó descubrir que Silvia aún era capaz de hacerle daño. Quizá no era Silvia, sino la imagen de sí mismo que aquella mujer le devolvía. José anotó el teléfono en su agenda. «En el trayecto de vuelta a casa», me contó Concha, «mantuvo todo el tiempo su cabeza apoyada en mi hombro.»

—Creo que he bebido demasiado —se quejó.

Ya en casa, le pidió que subiera con él a la habitación, pero Concha le dijo que tenía aún algunas cosas que hacer.

—Sube —insistió desde la escalera.

Ella se metió en la cocina. Una vez allí, se sentó ante la mesa que utilizaban para el desayuno, sacó un libro del cajón y se puso a leer hasta que calculó que José ya se habría dormido. Sólo entonces volvió a guardar en el cajón el libro, se bebió un vaso de leche fría y subió a la habitación procurando no hacer ruido. Lo encontró todavía despierto.

—Dame un beso —le pidió él.

Le ofreció un instante la mejilla, antes de volverle la espalda en la cama. La verdad es que estaba muy cansada.

23

Aún no conocía a Silvia. Concha había visto algunas fotografías en las que aparecía, alta y morena, con una mirada superior. Desde que se enteró de que había vuelto de Bolivia, se sorprendía registrando con frecuencia las cajas en que José guardaba esas viejas fotografías. Una tarde, escuchó su voz por teléfono.

—Tú tienes que ser Concha —le dijo—. Soy Silvia. Dile a José que le he llamado. Un beso.

Cuando colgó el auricular, se dio cuenta de que hubiese querido decirle algo. Pero se había limitado a repetir «sí», «sí», «sí», y a balbucear un «encantada». Ahora necesitaba que aquella mujer le hablara más y poder asociar la voz del teléfono con el cuerpo que aparecía en las cartulinas. Buscó la caja que contenía las fotos y las esparció sobre la mesa. Después cerró los ojos y apretó fuertemente los párpados, intentando reproducir en su mente la imagen de Silvia y, al mismo tiempo, escuchar allí dentro el sonido de su voz. Estaba convencida de que, del mismo modo que el trato con Amelia le proporcionaba detalles acerca de quién era en realidad José, el conocimiento de Silvia tenía que ayudarle a descubrir algo que llevaba dentro y que ignoraba; algo que compartía con Silvia sin saberlo, y que José había buscado en las dos.

A los pocos días, José mantuvo la primera entrevista con Silvia después de la vuelta, y Concha se quedó toda la tarde en la cocina, abatida. Fue aquella tarde cuando notó que una de las fotografías le hacía realmente daño. En ella se veía a Silvia con evidentes signos de embarazo y a José que apoyaba tiernamente la mano sobre el vientre hinchado. Los dos sonreían y, por detrás, había un paisaje de mar y barcas suavemente iluminadas. La instantánea debía haber sido tomada por algún paseante elegido al azar y que había resultado no tener demasiado buen pulso. Estaba un poco movida.

Curiosamente, lo que más daño le hizo fue pensar que la luz era de atardecer. Enseguida imaginó una de esas tardes de principios de verano que sólo son capaces de vivir a fondo quienes están muy enamorados, y el pensamiento se le estiró hasta esa otra tarde, desazonada a pesar del sol que entraba por la ventana de la cocina y marcaba barras de luz y otras sombrías encima de los montones de fotografías que la caja guardaba. Se le ocurrió que eran como esas rayas de las letras de cambio, que uno firma y luego llueven periódicamente cuando ya ni te acuerdas del día en que estampaste la firma, y a veces incluso mucho después de que el objeto que se adquirió con ellas haya dejado de existir.

«Entonces cerré la caja e intenté adivinar qué sitio habrían elegido José y Silvia para encontrarse. Tuve miedo de que estuvieran en un parque o en alguna placita con árboles dorados por el sol», dice Concha. «Intenté imaginar el tono en que ella le había dirigido la palabra, limpiando de parásitos telefónicos la voz que ya conocía: eran las siete de la tarde y llevaban una hora juntos. Hubiera querido saber si él la había besado; de qué modo se habían saludado después de tanto tiempo. Nunca me atrevería a preguntárselo.»

Estuvo inquieta hasta que escuchó —ya tarde— el ruido de la llave en la cerradura y, al ver a José, le pareció descubrir en él signos de fatiga y sintió miedo de un peso que se reflejaba en todo su cuerpo. Aunque tenía la certeza de que él no volvería jamás con Silvia (o «creía haberla tenido hasta ese instante», como me dijo un día), le pareció descubrir entre los componentes de su fatiga una punzada de deseo. Después, por la noche, pensó que no: no era deseo lo que había advertido en José, sino nostalgia. Ese pensamiento la torturó aún con mayor intensidad. «El pasado no podía hacernos más que daño», se queja todavía.

24

Apenas cenó. «Estoy cansado», le dijo a Concha, y se encerró en el despacho. Allí, una vez ante la mesa y en el límite de la luz del flexo, se dio cuenta de que no se había encerrado para escribir, sino porque necesitaba que el dolor lo invadiera libremente y, en esa invasión, le devolviera la paz. Estiró las piernas debajo de la mesa, como ofreciéndose a la tristeza, y cerró los ojos. En algún lugar dentro de sus ojos cerrados, Concha saltaba tensa de su silla y cruzaba de prisa el salón y lo miraba con los ojos enrojecidos como si acabara de llorar, y él no sintió piedad por aquella mirada febril; más bien, aprensión. El reborde rojizo indicaba la existencia de algo que lo obligaba a protegerse. Miró la hoja en blanco, sin perder la convicción de que no estaba allí para escribir, sino para tener la certeza de que se había quedado a solas con un sufrimiento que lo iba poco a poco invadiendo.

Silvia le había hablado con admiración de Ricardo, y él se había encerrado en el despacho para poder vigilarlos a los dos; para imaginar si se acariciaban; si luego él la acompañaba a su casa y se quedaba allí a dormir. «En el fondo de la hoja en blanco, Silvia y Ricardo se mordían y se arrancaban con los dientes algo de ellos que yo necesitaba con avidez, y que se me escapaba para siempre (son sus palabras). Aparté el cuaderno, tomé una cuartilla y anoté: “*Una charca en la que flotan siempre los mismos objetos, a la espera de que el tiempo se derrumbe sobre ellos y los vaya pudriendo, desvaneciéndoles las formas, confundiéndoles los volúmenes, y dejando sólo un olor pegajoso: eso es el recuerdo*”. Pensé que esa frase, convenientemente modificada, podría servirme más adelante, en algún libro. La leí media docena de veces y —ya ves que te hablo de mi cocina literaria, de mis trucos secretos, de mis, digámoslo de un modo un poco fuerte, miedos—, bueno, pues me levanté, apagué la luz del flexo, subí a la habitación y desperté a Concha para joderla, como si el remordimiento fuera un cadáver que pudiera enterrarse en el agujero de otro cuerpo. Todo volvía a empezar, ¿te das cuenta?»

Días más tarde, recibieron una invitación de Amelia para asistir a una fiesta en el jardín de su casa. Desde hacía meses —y sin que ninguno de los habituales lo hubiera lamentado en exceso— habían concluido las cenas de los martes. Ya no se veían. Alguien les había dicho que Carlos y Amelia recibían en casa, pero hasta entonces ellos no habían sido invitados.

De repente, en la esquila, Amelia se expresaba con palabras imperativas: algo así como si su presencia fuera imprescindible para el éxito de la fiesta. «Tenéis que venir. Ricardo y yo nos morimos de ganas de charlar con vosotros. Como es lógico, Ricardo tiene aún más interés que yo. José», personalizaba luego, «ya sabes que Ricardo te adora.»

En una conversación telefónica con Amelia que tuvo lugar después, José pudo enterarse de que hacía algún tiempo que Ricardo no sólo se había decidido a romper el encierro que mantenía desde su regreso, sino que, incluso, había aceptado instalarse durante el verano en la casa de Carlos y Amelia, lo que —al menos en apariencia— suponía un auténtico vuelco en sus costumbres. Aceptaron la invitación.

Cuando llegaron a la casa, Ricardo les esperaba junto a la puerta del jardín, y se acercó mientras aparcaban el automóvil. Nada más abrir la puerta, José le tendió la mano, pero él se la apartó, lo hizo salir del coche y lo envolvió en un abrazo. Se palmearon la espalda y luego se quedaron un rato mirándose, cogidos de los hombros.

—Casi veinte años —dijo Ricardo.

Llevaba una chaqueta de lino crudo y un pañuelo rojo de seda anudado al cuello. Estaba delgado y pálido. José lo encontró envejecido, a pesar de su aspecto deportivo, pero le dijo:

—Te conservas bien.

—Y tú, y tú. Te veo muy elegante.

A Ricardo le brillaban las canas sobre la superficie del cabello bien esculpido. El sol les daba de lado y pasaba entre los arbustos como si subiera perezosamente la colina para llegar a la casa. Alguien había tirado rosas y claveles en la piscina y un par de invitados se arrojaron para capturar las flores con la boca. Había mucha gente en la parte trasera del jardín y se oían sus risas. Yo estuve aquella tarde. Aún la recuerdo con viveza. Por entonces seguía deslumbrándome aquel ambiente de juego cotidiano y la naturalidad con que cada invitado sabía lo que se solicitaba de él. Era como si todos ellos se hubieran pasado la vida envueltos en sus trajes de hilo blanco, capturando flores que flotaban en delicadas lagunas azules.

Un coche buscaba aparcamiento. Los invitados seguían llegando. Se oyeron risas, y Amelia, que saludaba a los que acababan de aparcar, volvió la cabeza para averiguar el motivo. Una pareja se arrojó a la piscina. Los dos iban completamente vestidos y, desde la orilla, una jovencita los regó con una botella de champán. Amelia se unió al grupo. Al fin y al cabo, ella era la exquisita bandeja sobre la que se movían todos los demás. Estuvo un rato jugando y riéndose: después, se dirigió hacia José y Ricardo, que permanecían charlando cogidos de los hombros. Apenas a un metro de

ellos, Concha los miraba con una sonrisa inerte.

Amelia rompió aquel abrazo, tirando del codo de José y conduciéndolo, sin soltarlo, hasta el piso superior de la casa. La escalera había sido construida en madera, alrededor de una varilla de acero, y un par de peldaños crujieron cuando los pisaron. Ya en el piso superior, Amelia lo condujo hasta una de las habitaciones situadas en el otro extremo del pasillo, abrió la puerta y dijo:

—Éste es el despacho que le hemos acondicionado a Ricardo para que escriba mientras esté con nosotros. Trabaja mucho, ¿sabes?

José vio la máquina de escribir sobre la mesa, y los papeles emborronados puestos en pequeños montones, y las carpetas hinchadas en los estantes que cubrían la pared de la izquierda. Le pareció que cometía un acto sucio: algo así como contemplar en una pantalla el lento crecimiento de un cáncer.

Amelia abrió la vidriera de la ventana y señaló hacia el jardín. Apenas se veía el cielo. Los focos eléctricos iluminaban a trechos la arboleda y, por encima, los álamos eran sombras puntiagudas que se perdían en un panel opaco. Una veintena de personas recorría el espacio iluminado, en cuyo centro brillaba azul la piscina. Llegaban hasta la ventana voces y risas, algunas con especial nitidez.

—Creo que nos estamos volviendo más divertidos y menos intelectuales —dijo Amelia.

—Sí —respondió José—. Las ideas son demasiado frágiles. Ni siquiera puede uno acariciarlas.

Una vez en el jardín, se fijó en que Ricardo se movía con soltura en aquel ambiente. «Encajaba a la perfección en un rompecabezas que, en teoría, tenía que haberlo excluido», dice José. Lo saludó con un gesto de la mano antes de perderse detrás de la cortina de música. Duran Duran. José sentía la necesidad de hablar con él, pero vivió su escapada con alivio. En el recibidor de la casa, los invitados rodeaban una mesa de palosanto sobre la que Carlos acababa de colocar una cajita de plata que contenía cocaína. Al lado había un espejo y, en un vaso, algunos tubos de plástico que la gente utilizaba para esnifar. Alguien dijo que, con aquel espejo magnífico, aquella mesa y la cajita preciosa, los tubos de plástico eran un insulto a la estética.

Carlos esnifó con una cucharilla de plata y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta. «Si la dejas, me la roban», explicó. Amelia le tendió un vaso a José, diciéndole: «Es Havana Club. Lo he traído para ti», y también José se inclinó sobre la mesa para esnifar, sosteniendo el vaso en la mano izquierda.

Nos saludamos. José ya me conocía. Había leído mi novela y, para dirigirse a mí, me llamaba «joven maestro». Debo confesar que al principio me pareció un cumplido. Luego supe que es una expresión que acostumbra a utilizar, más irónico que admirativo, cada vez que habla con los noveles. «Hasta que alguien no ha escrito al menos tres novelas aceptables, no es un novelista», dice, «o sea, que somos la mitad de media docena.»

Yo acababa de cruzar mi mirada con la de Amelia y, quizá porque estaba un poco bebido, tuve la impresión de que quería decirme algo con los ojos, pero cuando me acerqué a ella, volvió la cabeza distraídamente y se puso a charlar con Brines.

25

Durante aquel mes de julio se sucedieron las fiestas en casa de Amelia. José acudía con frecuencia, por entonces todavía siempre acompañado de Concha. Amelia salía a recibirlos y le decía a ella. «Estás guapísima», y a continuación los escoltaba hasta el bufé y les servía la primera copa.

—¿Un poco más de hielo, vida? —le decía a Concha. Y luego—: Para ti, José, he traído Havana Club. Espera, tengo la botella escondida, para que no se la beban estos vándalos. Espera un segundo.

Se metía en la casa y salía al poco rato, mostrando exageradamente la botella y señalando la etiqueta con el índice. A José le molestaba ese ritual que trazaba una frontera entre ellos y los otros invitados. «Querido joven maestro», me dijo un día, ya de madrugada, «en esta casa se nos brinda un trato preferente, porque traemos a las fiestas el melancólico perfume de una etapa concluida, y que resulta agradable por desvaído.»

Era la primera vez que me hacía partícipe de una confidencia amarga. Me sentí más cerca del grupo, integrado. Añadió: «En estos tiempos de fragilidad, los meses discurren a la velocidad de siglos y el pasado empieza enseguida y se queda de repente muy lejos. Es un fenómeno frecuente en todas las sociedades en que aparece una nueva clase. A nadie le gusta que le recuerden qué bajo estaba en la pirámide seis meses antes.»

Sin embargo, los primeros pasos de acercamiento efectivo al grupo no los di gracias a José Bardón, al fin y al cabo reservado, frío y cargado de desconfianza. Mi primer interlocutor fue Pedro Ruibal.

Seguía acudiendo a las fiestas, a pesar de que Amelia había perdido la costumbre de invitarlo, detalle este último que yo desconocía entonces. Era la imagen misma del desconcierto. Llegaba pronto, con los primeros invitados, y se limitaba a beber durante un par de horas o tres, moviéndose de un grupo a otro como si fuera un sonámbulo, hasta que decidía marcharse de repente, justo en el momento en que la fiesta alcanzaba su mayor animación, los invitados guardaban turno ante la mesa de palosanto y se elevaba el volumen de las risas y la música.

Pedro era un escalón fácil. Los más nuevos advertimos enseguida que se había quedado en un lugar intermedio entre los dioses y quienes no éramos nadie pero —

digámoslo así— disfrutábamos del futuro. Pedro proporcionaba detalles, anécdotas que nos servían luego para adquirir el brillo de los iniciados. El trato con él resultaba como un ejercicio con fogueo antes de pasar al fuego real.

Las veces en que nos hablamos empezó a comunicarme sus obsesiones. Se refería con frecuencia a ciertos robos que detectaba en casa y que por entonces todos achacamos a sus paranoias. Bebía mucho, tenía problemas en el trabajo y había llegado a la conclusión de que era él mismo quien hacía desaparecer los objetos que luego echaba en falta. «A lo mejor soy sonámbulo y pierdo o regalo las cosas por las noches. Es una posibilidad que me aterra. ¿Te imaginas? No controlar parte de uno mismo. No saber lo que se hace en determinados momentos, a partir de ciertas horas... Una novela de misterio», decía, en el mismo tono que emplean los niños para asustarse.

Durante las semanas que siguieron a nuestras primeras conversaciones, Pedro continuó informándome de los robos. «A veces tengo la impresión de que alguien vive en mi casa cuando yo no estoy», llegó a decirme, sin saber qué cerca estaba de la verdad. Echaba en falta objetos de cierto valor, y otros curiosos, que formaban parte de sus recuerdos. Pero, sobre todo, tenía la impresión de que alguien «usaba» (ésa fue la palabra que empleó) su casa. Con el tiempo se olvidó de haberla pronunciado, porque entretanto había decidido culparse a sí mismo. Parecía cumplir un papel ejemplar: la escenificación de adonde podía conducir la duda, o —dicho de otro modo— el peso excesivo de los escrúpulos.

Recuerdo una noche en que se marchó de casa de Amelia dando tumbos, y se pasó un buen rato merodeando en el aparcamiento, porque no conseguía reconocer su coche. Amelia lo vigiló desde el centro de un corrillo y aprovechó para explicarles a quienes la rodeaban las rarezas de Pedro. No fue muy piadosa, tampoco esta vez:

—Nunca ha conseguido centrarse —dijo de él.

Y se rió seductora, dando a entender a sus admiradores que tampoco ella iba a conseguirlo jamás, pero que había convertido su falta de centro en la mejor de sus virtudes, en la más encantadora y excitante.

26

En el jardín de Amelia sonaban durante casi todo el día las teclas de la Underwood de Ricardo. A ella, ese sonido parecía devolverle una vida perdida. Pedro me lo contaba y se burlaba de Amelia y de sus amigos, adjetivándolos con términos que más que definir a un grupo social parecían referirse a una secta religiosa.

—Esa mujer ha conseguido que su adulterio apeste a incienso —decía.

Ninguno sospechábamos sus viejas relaciones con Amelia. A veces me parece mentira que hayan podido guardar durante tantos años el secreto. El primero en enterarse —si exceptuamos a Santiago— fue José, una noche en que Pedro se presentó de madrugada en su casa, después de efectuar una compulsiva llamada desde una cabina telefónica.

Parecía muy nervioso, y a José no le quedó más remedio que aceptar la fastidiosa visita. Lo recibió en su despacho, semioculto por la luz del flexo, marcándole una distancia conveniente. Pedro estaba borracho, e inició una serie de complicadas explicaciones que concluyeron una vez más en la queja de que desaparecían objetos de su propiedad. También a José le habló de su sonambulismo y le expuso la minuciosa red de sospechas que había tejido para acusarse a sí mismo. Aquella mañana había comprobado la desaparición de un cuchillo adquirido años antes en un viaje a Laponia.

—Lo vi anteayer. Estaba en el estante que hay junto a mi mesa de trabajo. Llevaba diez años en el mismo sitio.

Se le quebró la voz cuando dijo «diez años» y José intuyó que había ido para hablarle de otra cosa. «Diez años», repitió, hundiendo la cabeza entre las manos. Entonces se lo soltó de sopetón:

—Me falta, sobre todo, Amelia. También ella hacía diez años que estaba en el mismo sitio, y ha desaparecido.

José apartó el flexo. Había empezado a molestarle aquella luz que le impedía ver a Pedro con claridad. Se dio cuenta de que acababa de convertirse en cómplice de algo que le gustaba saber, pero que le molestaba que alguien supiera que sabía. Como si aquel despacho fuera una comisaría y el flexo hubiese servido para separar a interrogador e interrogado, y el interrogado acabara de firmar su confesión y cualquier palabra estuviese de más, se levantó, apretó el nudo del cordón del albornoz, encendió la luz que colgaba del techo, y salió para volver enseguida con una botella de whisky y un vaso en el que sonaban las piedras de hielo.

—Tómame una copa —le dijo—. No tengo JB.

Pedro se derrumbó exactamente igual que un acusado después de la confesión.

—Ha sido el único secreto que he guardado en mi vida —sollozó—. Lo he roto. Ella no va a volver. ¿Verdad que no valgo nada?

José le dio la espalda y se puso a mirar hacia la noche. Era opaca y no enseñaba nada. No hubiera sido capaz de mirarlo a él. (Dice: «Me daba vergüenza.») Sin apartarse de la ventana, le dijo:

—Yo no he oído nada. ¿De qué hablabas?

Como si estuvieran representando una obra de teatro.

Pero, al día siguiente, José no pudo resistir y se presentó al atardecer en el jardín de Amelia. Quería escuchar el sonido de la Underwood de Ricardo cayendo desde la ventana sobre la arboleda, y verla a ella, acorralándose a sí misma. No sé si consigo explicarme.

Ella lo recibió tendida en una hamaca y, al verlo, se levantó inmediatamente y se metió en la casa, en busca de la botella de Havana Club, y luego otra vez para atender una llamada telefónica que resultó ser de Carlos, y más tarde, cuando ya había empezado a anochecer, para subir a cambiarse en su habitación. Cada vez que ella se levantaba, José la seguía con la mirada. Dice: «Tuve la impresión de que su espalda sabía que la miraba y lo que quería comunicarle con mi mirada.»

Fue después de esa noche cuando empezó a acudir a diario a aquella casa y ahora sólo raras veces lo acompañaba Concha. Prefería ir sin compañía, porque así permanecía con el vaso en la mano, mirando electrizado hacia el lugar en que se encontraba Amelia, siguiendo sus movimientos entre los grupos que acudían cada tarde, y uno no sabe si escuchaba las conversaciones que se desarrollaban a su alrededor, o si se escuchaba a sí mismo. Llegué a tener la impresión de que alguien le había encomendado la vigilancia de aquel jardín que se prolongaba en la casa como los escenarios se prolongan misteriosamente hasta los camerinos. Amelia oficiaba como única anfitriona. Carlos, en aquel verano, parecía haber desaparecido.

José se enteró de que era inminente la publicación de la primera novela de Ricardo. «Saldrá en primavera», le dijo Amelia, y el propio Ricardo le pasó una copia mecanografiada. La leyó esa misma noche, fascinado. «Era maravillosa. Estaba llena de vida y sabiduría literarias», dice. Sintió emoción y, sin duda, también envidia. Y de repente, se convirtió en cómplice suyo. En medio del torbellino de invitados que cercaban cada noche la casa como una plaga de insectos, Ricardo y José se quedaban muchos ratos a solas. Parecían dos herreros medievales discutiendo a media voz fórmulas secretas.

Pedro había aprovechado la última parte de la conversación en el despacho de José para describirle el impudor de Amelia y llegó a contarle que la había descubierto una tarde tendida en la hamaca, besándose con Ricardo cerca de la piscina. Sin embargo, las relaciones de ella con Carlos parecían inmejorables. Amelia hablaba de Carlos como si estuviera más enamorada que nunca y, en las escasas ocasiones en que él apareció, casi como un invitado más, se besaban en público, recorrían cogidos de la mano los corrillos y ella le cambiaba apresuradamente la copa en cuanto se le quedaba mediada entre las manos.

«Yo estaba convencido de que Concha odiaba a Ricardo», dice José. Concha vigilaba sus conversaciones con él, se mantenía siempre cerca y, en una ocasión, le dijo casi sin venir a cuento: «Se puede ser valiente sin ser generoso.» José, que no comentó después con ella el sentido de la frase, pensó que se trataba de una agresión. No sé hasta qué punto se equivocaba.

—Las palabras de Concha le congelaron a Ricardo las gotas de sudor en la frente —dice.

Tampoco yo me he sentido capaz de descifrar el sentido de la frase que ella dijo, al parecer de un modo gratuito. Me falta el contexto, saber el tema de la conversación. José no ha querido nunca detenerse en los detalles. En cualquier caso,

creo que Concha no le exigía a Ricardo generosidad, como jamás se la exigiría a sí misma. He llegado a pensar si no tendría celos de la alianza que, por entonces, parecían establecer Ricardo y José.

Pocos días más tarde cambiaron significativamente las condiciones. Lucas pidió permiso para irse a vivir con Silvia. «No aguanto aquí», les dijo como única explicación, y a José se le escapó una bofetada. Era de madrugada. Lucas había estado esperándolos hasta que ellos volvieron de una de las fiestas de casa de Amelia. A lo mejor, la culpa de la bofetada la tuvo el alcohol. Probablemente. Pero a José le pareció que acababa de despertar de una borrachera que duraba años. Un desagradable vacío le ocupó el lugar del estómago. Salió al jardín. Había rastros del incipiente amanecer en forma de hendiduras amarillas que perfilaban la masa negra del cielo. Se dejó caer sobre la hierba. Se sentía seco y no quería nada: ni siquiera sufría.

Pasó un buen rato tendido en el suelo, mientras el cielo se iba aclarando poco a poco. Encendió un cigarrillo, poniendo un cuidado meticuloso en cada gesto. Trataba de ganar tiempo porque luego no iba a venir nada. Después, mientras sentía que llegaba la nada, se arrastró hasta uno de los bancos y subió torpemente, como un niño pequeño que apenas empieza a caminar.

Se dio cuenta de que cantaban los pájaros y, luego, de que Concha lo llamaba desde la casa. No respondió. Al cabo de otro rato, la vio salir y cómo se iba acercando por encima de la hierba del jardín, hasta que se puso ante él, cubriéndole el amanecer con la tela gris del vestido. La tela gris fue descendiendo poco a poco ante sus ojos y se quedó flotando un instante la carne del escote y enseguida unos ojos que lo miraron. Apareció nuevamente la casa, y volvió a ver un pedazo de horizonte, mientras notaba en sus rodillas el peso de la cabeza de ella.

Le acarició el pelo mecánicamente, sin sentir ninguna emoción, y percibió que lo perseguía una frase; que había una frase persiguiéndolo desde mucho tiempo antes y que él no había descifrado. Supo que eran las palabras que necesitaba para limpiarse. Estaban muy cerca de él, casi lo rozaban.

—Vete con Lucas —le dijo a Concha—. Probablemente te necesita.

27

A los pocos días recibieron una llamada de Amelia pidiéndoles que asistieran a la fiesta que habían organizado en casa de Ricardo. «Comprenderás por qué no fuimos. Yo aún no había podido asimilar la decisión de Lucas.

Era como si tuviera que empezar a expiar alguna vieja culpa», dice José. Concha

se disculpó por teléfono e inventó una excusa que no satisfizo a Amelia.

—José nos castiga —comentó públicamente Amelia—. Tiene celos.

Pedro se presentó a la fiesta, a pesar de que no lo había invitado nadie. Llevaba un par de botellas de whisky de malta bajo el brazo, y cara de circunstancias. «Sospechaba que esa noche se jugaba la partida decisiva», le contó pocos días después a Concha, «y acerté.»

Al poco rato de su llegada, Carlos se despidió. Salió acompañado de Silvia, que hizo su primera aparición pública, al parecer plenamente recuperada para la vida urbana. Pedro se excitó. Aún no había perdido las esperanzas de ser el ganador y, en cualquier caso, quería obtener su ración de castigo real, convirtiendo en certeza sus sospechas acerca de Ricardo y Amelia. (Nada hay peor que esos dolores difusos que no le dejan a uno vivir en paz, y que los médicos consideran frutos de la imaginación.)

A última hora nos quedamos algunos de quienes habíamos frecuentado durante todo el verano el jardín de Carlos y habíamos sido invitados por Amelia también en esta ocasión. Brines se marchó con un muchacho a quien yo había visto con frecuencia, y Brull —que en un principio pareció apostar en exclusiva por Amelia— acabó tendido en el sofá con una rubia que podía ser su nieta.

Pedro había permanecido sentado durante todo el tiempo («Pesado como un pedazo de metal», dijo luego Amelia). Hacia las cinco, cuando los invitados más tozudos acabamos marchándonos y se quedó a solas con Ricardo y Amelia, se removió un instante y dijo:

—¿Nos vamos?

Se lo había dicho a Amelia y ella, como toda respuesta, se dirigió a la cocina y regresó con una botella de vino y dos vasos. Uno de los vasos se lo entregó a Ricardo y se quedó con el otro en la mano.

—Por nosotros —dijo.

Los dos vasos se encontraron un instante en el aire y —como dice Pedro— sonaron a campana de funeral. La partida había concluido para él. Lo que no imaginaba es que alguien, pocos minutos más tarde, iba a tirar del mantel, arrojando por el suelo las fichas de los otros dos.

AMELIA

No. No éramos felices. Pero resulta absurdo hablar en esos términos. No creo que la felicidad sea un valor de uso, ni que nadie la busque, la intuya o la presienta. Claro que quería a Carlos. De no haberlo querido, ¿crees que hubiera vivido con él? A veces me gustaba mucho. Íbamos a los sitios, estábamos, vivíamos. ¿Es que hay otra cosa? ¿Puedes explicarme qué hay además de todo eso? Bueno, él hubiera querido un hijo y yo no lo quise. Me daba miedo atarme. Ahora me alegro. Pero es ridículo que te empeñes en plantear las cosas en términos de felicidad o infelicidad. Eso está bien para los folletines. Nosotros vivíamos, hacíamos un poco lo que queríamos. Teníamos medios, poder y relaciones para vivir a tope. ¿De qué otra cosa puede hablarse? ¿Qué más hay? No. No voy a hablarte más de Ricardo. No tengo ganas de recordar lo que ocurrió aquella noche en su casa. Para qué insistes. Simplemente, que sepas que se acabó todo; que, por esos azares de la vida, me tocó precisamente a mí saber que era un impostor. Aunque es verdad que ni siquiera eso me hubiera asustado. ¿Carlos? Ya te he dicho que era otra cosa. ¿Para qué hablar de felicidad? Con Ricardo, más que de felicidad, hablaría de bautismo. Del agua que lo limpia todo, del fuego. Dilo así, si quieres: al final fue un buen jarro de agua fría que apagó el fuego. Creo que, si él me lo hubiera pedido, habría abandonado a Carlos. De hecho, aquella noche lo abandoné. Si Carlos hubiera entrado en aquel momento en el salón de la casa de Ricardo, yo no hubiera sentido nada. ¿Es de eso de lo que quieres que te hable, lo que tú entiendes por felicidad? Nos habíamos desnudado y estábamos besándonos en el sofá. Yo le había cogido la cabeza y la arrastré por encima de todo mi cuerpo. Estaba enamorada. Dispuesta a quedarme esa noche. Entonces, alguien removi6 en la cerradura, y se oyó el crujido de la puerta. Nos incorporamos de un salto. Él me sostenía el brazo derecho y asomaba la cabeza por encima de mi hombro. «Santiago», dijo. El recién llegado vestía unos pantalones vaqueros y una camisa gris con diminutas manchas rojas, que apenas se distinguían en la media luz del salón. No tenía más de veinticinco años y sonreía, aunque se notaba que la sonrisa era forzada. «Dile que se vaya», le pedí, «te quiero. Tu vida me da igual. Dile que se vaya.» Mi voz sonó demasiado segura y firme, en un tono en el que sin duda no iba a poder pronunciar ni una palabra más. Y, de repente, el desenlace de la escena parecía depender precisamente de esa seguridad en la entonación. Estaba desesperada. «No puede ser», dijo Ricardo, como si no hubiera sido capaz de percibir aquel tono; como si hubiera leído las palabras en mis labios y hubiera perdido la oportunidad salvadora de los sonidos. «Disculpa, pero tienes que irte tú. Ya hablaremos.» Me fui vistiendo. Santiago se había sentado y me miraba desde una butaca, y Ricardo esbozó un gesto como de acompañarme hasta la puerta, pero luego se quedó quieto y empezó a borrarse como si hubiera dejado de existir.

RICARDO

Amelia me preguntaba cómo había podido traerme de Filipinas tal cantidad de objetos y papeles, siendo un hombre abúlico, a quien parecía darle todo igual. Me traje cuadernos de tapas de casi todos los colores, archivadores gigantescos y carpetas llenas de recortes y folios. A ella le intrigaba el contenido de esa ingente masa de papel. Quería leerla a toda costa. «Está todo sin acabar», le decía yo, «cuando termine alguna cosa, te la dejaré.» De hecho, le dejé leer las dos primeras carpetas que mecanografié a mi llegada a Madrid. Las otras no podía dejárselas, por las razones que tú ahora sabes. A veces le recitaba de memoria una frase escrita en alguna de aquellas hojas y luego la encontraba en el lugar exacto y le leía lo que seguía en el capítulo, pero sin permitir nunca que la hoja llegara a sus manos. Ella se ofrecía para leer en voz alta, y yo le decía que no. Al poco tiempo, para evitar que estuviesen a la vista las carpetas y que ella llegara a hojearlas, le pedí que me ayudase a elegir un mueble para guardarlas. Fue uno de los pocos muebles de mi vieja casa que adquirí en Madrid. La mayoría habían viajado conmigo en el barco desde Manila. Dimos muchas vueltas antes de decidirnos por un armario y, por fin, compré, aconsejado por ella, uno viejo, de caoba, tallado en el estilo de ciertas piezas tradicionales bretonas, y lo situé junto a la ventana de mi cuarto de trabajo, al lado de la mesa. Lo compré en la tienda de un anticuario del Rastro, amigo de Brines. A mí no acababa de gustarme, pero ella lo encontraba magnífico y, durante el tiempo que viví en la casa, el mueble marcó con su destacada presencia el orden de los otros objetos de menor tamaño que poblaban mi cuarto de trabajo. Era el único mueble que cerraba siempre con llave y guardaba la llave a todas horas conmigo. Amelia se había acostumbrado a considerar esa supuesta manía mía como un síntoma, y aseguraba *respetármela*, aunque no podía disimular la *mezcla* de curiosidad e inquietud que le producían aquellos papeles. Yo sabía que todo eso la excitaba y confieso que me complacía en su excitación. Si se mostraba paciente con mis secretos, era porque no imaginaba otro método para acabar conociéndolos un día. Estaba empezando a enamorarse y yo percibía en ella la avidez que caracteriza a los enamorados. Me gustaba verla así y fingir que no me daba cuenta, aunque a veces temía que sus sentimientos se inmiscuyeran en mi proyecto. Recuerdo el día en que me comunicó que el editor aceptaba lo que ella creía mi libro, y que lo consideraba magnífico. De vuelta a casa, pensé que se había llevado a buen puerto mi usurpación. Me sentí eufórico. Empezaba a formar parte de algo que Amelia necesitaba. Era uno de ellos. Estaba, de repente, en el escalón de arriba. Puedo contarte todos mis movimientos en aquel atardecer. Me serví un gin-tonic y lo dejé sobre la mesa de trabajo, mientras extraía la llave que llevaba al cuello, cogida de esta misma cadena en la que ahora cuelga el pendiente que le regalé a Amelia, y que Santiago robó y me devolvió. Abrí el armario. Durante un buen rato me satisfizo el hecho mismo de mirar, mientras se me consumía entre los dedos el cigarrillo. Después sentí la necesidad de tocar aquellos

papeles; de jugar con ellos como el gato juega con el ratón. Aparté algunas carpetas; releí con atención folios cuyo contenido conocía de sobra y que elegía casi al azar. Luego los iba devolviendo al lugar de donde los había tomado, o los ponía en el suelo, o en la mesa, al lado del gin-tonic que dejaba después de cada trago. Me sentía orgulloso de mí mismo. Todas aquellas hojas habían sido escritas por la misma mano, e incluso en el mismo color de tinta —azul real—, matizado por el paso del tiempo, la climatología y los avatares de conservación sufridos por cada cuaderno y cada hoja. La misma pluma había trazado aquellos millones de letras, como ejércitos irregulares, resbalando sobre los papeles descoloridos igual que en la segunda parte del invierno resbalan los seres humanos sobre las pistas de nieve envejecida. Se notaba la personalidad de la pluma en el vaivén de las líneas, en los estrechamientos y alteraciones de determinados rasgos, en la monotonía que empastaba uniformemente el dibujo de las letras pegadas en los estratos amarillentos de las montañas de papel, tan iguales entre sí que parecía que iban a expresar una sola y obsesiva idea, una frase idéntica repetida un infinito número de veces. Los millones de letras. La pluma que las había trazado. La mano, la mano que había arrastrado la pluma. Cerré los ojos y volví a ver la mano de Manuel Weizer arrastrando temblorosa la vieja Parker de oro en el contraluz de la remota ventana acristalada desde la que se contemplaba la superficie sucia del mar a mediodía.

Manila.

En uno de los cajones del escritorio seguía guardando esa Parker de oro con la que Manuel Weizer había escrito aquellos papeles en tinta azul real. Amelia no se equivocaba cuando decía que aquellos papeles, que los objetos y la mayor parte de los muebles que ocupaban mi casa de Madrid formaban parte de una vida. Tú lo sabes ahora. El único error era que no se trataba de mi vida, sino de la que yo intentaba usurpar: la de Manuel Weizer. Él me había cedido su existencia en herencia involuntaria y, un par de años más tarde, yo iba a recibir los primeros beneficios. Aquellos objetos, las novelas fascinantes, los reportajes y libros de cuentos eran piezas sobrantes de una vida de cuya existencia Amelia ni siquiera tenía noticias; de alguien a quien nunca podría llegar a conocer, porque desde hacía dos años yacía en una tumba sin nombre, a quince mil kilómetros de distancia. Periódicamente, los pájaros cruzaban sobre su cadáver abandonado y, muy cerca, las palmeras movían sus palmas como si quisieran borrar del azul del cielo hasta los últimos temblores de su existencia. Yo había empezado a enriquecerme con los despojos de Manuel Weizer en una sórdida habitación de las afueras de Manila. Por entonces, ya no sabía si quería verlo morir o que siguiera haciéndome daño, pero cuando lo descubrí sudoroso sobre la alfombra, noté cómo se apoderaba de mí ese sentimiento que nos impide ser cómplices de un crimen, e intenté salir a alguna parte en busca de un médico. Manuel Weizer me lo prohibió. Se había incorporado de repente y estuvo mirándome con sus ojos grises manchados por un destello de desprecio y fiebre. «¿También la muerte de otro te da miedo?», me dijo. «No te he pedido que te metas en esto; sólo que me dejes

morir. Te he pedido que si no puedes soportar quedarte a mi lado, te marches, pero no con la excusa de que vas en busca de nadie ni de nada.» Lo levanté del suelo y le ayudé a subir a la cama y le arreglé la almohada bajo la cabeza. Me quedé allí, inmóvil, sin saber si aquella contemplación resignada era un acto de valor o una nueva cobardía. Weizer temblaba, llamaba a gente que yo no conocía y ya no me miraba de ninguna manera. Agonizaba.

Había coincidido con él meses antes, en un bar en el que servían copas a puerta cerrada y donde uno podía adquirir un extenso surtido de estupefacientes durante toda la noche. Yo acababa de llegar a Manila, tras un viaje absurdo que me condujo desde Singapur hasta Tanjung Pinang, en las Islas Riau, cerca de Sumatra. Había conseguido una cama en el Johnny Guesthouse de Tanjung Pinang, un lugar siniestro en el que aterrizaban jóvenes que intentaban —como yo mismo— escapar de aquel *cul-de-sac*. Fumábamos, jugábamos a las cartas y yo comía lo poco que podía permitirme en el mercado del puerto. El barco de Yakarta llegaba muy de tarde en tarde, y no tenía dinero para conseguir un pasaje. Tampoco podía competir por un puesto de trabajo con los nativos. En el mejor de los casos, si me hubieran aceptado, con aquellos sueldos hubiera tardado años en conseguir el dinero necesario. Salí de allí de una manera milagrosa, una noche en que me dirigí al Riau Inn, un hotel situado en los palafitos del puerto, para ofrecerme como camarero. No conseguí el trabajo, pero sí que se fijara en mí uno de los comerciantes chinos que cenaban en el comedor. Hacía un calor asfixiante y continuaba la panzaburra que me había cercado durante los días anteriores. Ni siquiera la noche aliviaba el bochorno húmedo. El chino me invitó a un gin-tonic en la terraza de madera, instalada sobre pilastras. El gin-tonic estaba caliente como una sopa y desde el mar subía un hedor insoportable. Sin embargo, la noche empezó a parecerme bella. A lo lejos se escuchaba el ruido de gente que orinaba sobre el agua desde las casas cercanas, o que arrojaba basuras. Se veían las luces de las barcas moviéndose en la oscuridad. En una mesa próxima, un tipo daba instrucciones a media docena de prostitutas y durante toda la conversación chillaban las ratas en el barro, a un palmo de nosotros. Tres días después iniciamos la travesía rumbo a Yakarta y desde allí a Manila, emprendiendo una historia que resultó descabellada y que, sin embargo, concluyó antes de lo que hubiese deseado, dejándome sin ninguna fuente de ingresos. Desde entonces alargaba la duración de los últimos dólares, en busca de algún trabajo que me permitiera sobrevivir en aquella incómoda ciudad. Estaba cansado, el comerciante chino me había amenazado de muerte antes de despedirme de su casa y yo tenía miedo y deseaba volver a Europa, aunque tampoco esta vez tenía posibilidades de reunir el dinero suficiente para el pasaje. Trabajé un par de semanas como chófer, intérprete y acompañante de un diplomático sudamericano y perdí el empleo en un estúpido arranque de orgullo. Me dedicaba a recorrer los lugares frecuentados por europeos, con la esperanza de encontrar algo que me permitiera al menos-sobrevivir. Bebía y dejaba pasar los días. Una noche leía *El País* apoyado en la barra del bar, cuando escuché que alguien me

decía: «Yo también soy español.» El tipo tenía un acento extraño —de ninguna parte: lo mejor sería decir que no tenía acento—, vestía de un modo estafalario, con un traje de lino crudo lleno de manchas y arrugas, y se cubría la cabeza con un sombrero de estrepitoso color rojo. La chaqueta le caía directamente sobre el cuerpo: no llevaba camisa, y alrededor del cuello lucía un collar confeccionado con dientes de animal, sin duda de algún pez. Se había dirigido a mí dejando caer la silla en que estaba sentado ante un montón de cuartillas manchadas de grasa y cerveza. Además de las hojas de papel, en la mesa había una docena de botes de cerveza vacíos, y el tipo llevaba otro —éste sin abrir— en la mano, y pareció que me lo ofrecía mientras hablaba conmigo. Acepté el ofrecimiento. «Yo no sé muy bien lo que soy», le dije, «en cualquier caso, creo que no demasiado español.» Se presentó: «Me llamo Manuel Weizer.» Tenía los ojos grises y le brillaban como los de un gato cuando pronunció su nombre. Yo abrí el bote de cerveza y tomé despacio el primer trago. Después respondí a su invitación con otra. Charlamos, bebimos y fumamos cigarrillos de cocaína durante toda la noche, y continuamos bebiendo a la mañana siguiente, en bares cada vez más miserables a los que llegábamos después de laberínticos paseos entre barracas de tablas y hojalata, perros, y niños que nos pedían cigarrillos. Cerca del mediodía, Manuel Weizer me llevó a su casa. Era una antigua villa construida en madera y que tenía aspecto de haber sido abandonada años antes, y ocupada por su actual inquilino cuando el proceso de destrucción era ya irreparable. En el pecho de Manuel Weizer, en el bolsillo de la chaqueta situado encima del corazón, había brillado durante toda la noche el capuchón de una Parker. La ocupación de la villa era sólo relativa, porque el salón estaba prácticamente vacío, así como la mayor parte de las habitaciones de la planta baja, en varias de las cuales no había ni siquiera puertas. Cruzamos el salón para llegar a la cocina, que daba a la parte posterior de la vivienda. La cocina estaba repleta de basura y olía mal. No se trataba de olor de comida en descomposición. Se diría que hacía años que en aquella cocina no se había preparado un plato, y ni siquiera se veían los condimentos imprescindibles para la elaboración culinaria más simple, y sí, en cambio, una gran cantidad de papeles, cajas, botellas vacías, botes de cerveza e indefinida suciedad. El frigorífico funcionaba. Su rumor acunaba aquel abandono. «En este mausoleo escribo, bebo y duermo, ¿te parece poco?», me dijo, mientras abría un bote de cerveza cuya superficie se llenó de espuma al tirar de la anilla. «He perdido la noción del tiempo. Hace años que vivo en esta ciudad asquerosa», completó la información. Subimos a la primera planta, que estaba también abandonada, a excepción de una estancia enorme que daba sobre el suburbio y en la que se amontonaban los objetos como en un bazar. A lo lejos, el mar tenía un color amarillento y permanecía inmóvil. Manuel Weizer fue describiéndome la procedencia de aquellos objetos y las circunstancias que habían rodeado su adquisición. Había terracotas italianas, vidrios húngaros, coranes turcos encuadernados en piel y llenos de delicadas miniaturas, muertitos mexicanos. Me habló luego de los zocos de Fez y Ouxda, de los interminables cementerios de El

Cairo, de las desoladas playas de Tehuantepec y de la Gran Mezquita de Estambul. Se había tumbado en la cama, con el bote de cerveza en la mano, y hablaba con los ojos cerrados, bebiendo a pequeños sorbos aquella cerveza fría que le resbalaba sobre las mejillas y dejaba dos manchas oscuras en la almohada. Me pidió con un gesto de la mano que me tumbara a su lado. «Vamos a dormir un rato», me dijo, «¿o tú tienes algo que hacer?» No tenía nada que hacer. «Hace siglos que no tengo nada que hacer», le dije. Fue el comienzo de un sueño llamado Manuel Weizer, que la presencia de Tomás Beltrán convirtió pronto en pesadilla. Durante meses contemplé la mano de Weizer sosteniendo botes de cerveza, jeringuillas, vasos de alcohol, buscándome y, sobre todo, arrastrando la pluma estilográfica en el contraluz de la ventana, contra la raya de un mar amarillo bajo la niebla. Aún puedo volver a ver esas imágenes como relámpagos que me hacen, daño. Volví a verlas la noche en que el editor dijo que iba a publicar mi novela, mientras desordenaba los papeles del armario, y sentía que mis miedos se levantaban como se levanta la niebla del suelo a medida que la calienta el sol. Manuel Weizer. Aquella noche en que, por fin, usurpaba su obra, su lugar, Manuel Weizer parecía vivir de nuevo y me comunicaba su fuerza secreta, la que lo hizo crecer contra sí mismo, como si la vida fuera un estado de languidez y él necesitara destruirla en una gran batalla. Me sentía capaz y deseaba seguir, seguir subiendo. Para conseguirlo, me dirigí al baño y estuve mirándome en el espejito de encima del lavabo, antes de extraer del interior del armario una jeringuilla. Prendí el encendedor, manipulé durante algunos segundos y me pinché en el dorso de la mano izquierda. Fue como un sacrificio dedicado a él. Mientras la aguja me atravesaba la piel, él estaba allí; y me reconfortó mirarme aquel puntito rojo y sentí que la sangre me bombeaba dulcemente una cálida paz a todos los rincones del cuerpo, como si un ejército de opereta fuera ocupándolo por dentro y recuperase territorios de mí mismo perdidos en una guerra anterior. Entonces Weizer se fue alejando, pero sin hacerme daño con su separación, y luego estaba más allá del mar, y me miraba desde una lejana y desolada orilla.

Segunda parte

Madrid, 22 de diciembre de 1984

Esta mañana me he cortado el pelo y me he afeitado la barba. Me cuesta reconocermme en el espejo. Soy otro distinto del que he sido durante los últimos meses. Este cuaderno será el único rastro. La baba del caracol. Siento una extraña necesidad de escribirlo. Como si quisiera dejarme huellas a mí mismo para encontrarme el día en que me pierda.

Después de la peluquería, el banco; o, mejor dicho, los bancos, porque he abierto media docena de cuentas en distintas agencias para que en ninguna de ellas pudiera resultar sospechosa la cantidad ingresada. He dejado una parte del dinero cosida en una chaqueta que conservaré puesta durante los próximos días. En cualquier caso, tengo una buena coartada: los ahorros del emigrante, una expresión suficientemente enternecedora como para cerrar cualquier investigación. En los bancos he dejado la dirección de la buhardilla de la calle de La Palma, aunque espero mudarme pronto, a la vuelta de una temporada en el mar.

Las últimas semanas han sido atroces. Pensé que jamás iba a poder librarme de la partida de heroína. Una pesadilla de citas, encuentros sospechosos, pruebas de calidad, conversaciones susurradas, escaleras y timbres. Ahora todo ha terminado y, por suerte, felizmente. Si mantengo la prudencia, puedo vivir sin problemas económicos durante más de un año. Ni M. W. lo hubiese hecho mejor. Además, tengo sus manuscritos. Durante este año espero mecanografiarlos.

Denia, 31 de diciembre

El mar. Leo, paseo, pienso que debería atreverme a escribir. Mecanografiar los libros de M. W. y escribir mis propias experiencias. Este cuaderno podría ser el final de una etapa de mi vida y el principio de otra: la baba del caracol. La heroína de M. W. ha puesto los cimientos de mi futuro, y sus libros pueden ser un nuevo paso para seguir construyéndome. Vender a M. W. para acabar siendo yo mismo de una vez. Anoto una de sus frases, leída esta mañana: «Un nuevo libro dibuja una inflexión en la línea de la vida. Cada posibilidad anula las demás. El silencio es sólo un frágil y transitorio equilibrio, del mismo modo que hay un equilibrio delicado en cada palabra, que únicamente otra palabra resuelve.»

A mediodía ha empezado a llover. Me entristece el paisaje de la playa desierta. Hay días en los que el corazón tiene todas las ventanas abiertas. Son los más peligrosos.

2 de enero

He dado un largo paseo. El cielo tenía un triste color de perla y el silencio era absoluto. Ni siquiera el viento se movía. Sólo la hierba al aplastarse bajo mis zapatos silbaba suavemente. En el fondo de un viejo pozo abandonado, un espejo de agua. También había agua estancada en la balsa de una cercana fuente de piedra. Al atardecer me he acercado a la escollera. Desde allí se veía un cielo repentinamente pintado de rosa. Las nubes se habían disuelto sin que yo me diese cuenta. Lejano, como un decorado de ópera, el perfil de un monte emborronado de negro y una cumbre más alta flotando por encima del agua y de las neblinas de la costa. En varios puntos del horizonte estaban quemando leña y subían columnas de humo. Me he sentido feliz, después de tantos años de ausencia, por haber llegado a tiempo para asistir a las últimas fiestas del Mediterráneo, este mar que dicen que está a punto de morirse. ¿Qué arquitecto misterioso construye las emociones con los elementos que uno acumula en su paso por la vida? De regreso a este país, las palabras que oigo por todas partes corren dentro de mi cerebro, hacia atrás, hacia muy lejos; van aún más allá de la infancia: a los recuerdos de cuando el niño ni siquiera existía.

6 de enero

He decidido no renovar por más días el alquiler de la habitación. De repente, esta mañana, mientras tomaba un vermut, he visto el horizonte opaco, la raya oscura del mar bajo la lluvia, y he tenido la impresión de que volvía a estar en aquella otra odiosa habitación. Manila. El hedor me ha perseguido durante el resto del día y sigue dentro de mí a estas horas de la madrugada, cuando han cerrado todos los bares y no tengo ningún sitio adonde ir.

En el tren. 7 de enero

Quiero estar solo, pero también querría pedirle a alguien que no me deje nunca. Mi madre. Debería ir a verla. Escribirle. ¿Qué podría contarle?, ¿que he tirado quince años?, ¿que no soy lo que me prometió?

Madrid, 8 de enero

Inicio la transcripción de los manuscritos de M. W. A veces me parece que llenan de olor la habitación y, en otros momentos, al tocarlos, me asalta un sentimiento de asco: como si la pasta de papel hubiese sido fabricada con piel humana.

9 de enero

Insomnio. Salgo de madrugada y bebo.

10 de enero

Mecanografía y bebo.

11 de enero

Interviene el destino. He conocido a un tipo —S.— en un vagón del metro. Nos hemos mirado durante buena parte del trayecto y, justo antes de la estación de Acacias, hemos pasado uno al lado del otro y nos hemos rozado, a pesar de que el vagón iba prácticamente vacío. Nos hemos seguido por las aceras desiertas en dirección a Embajadores y por el parque construido junto a los terrenos del Campo del Gas. Los altos focos de luz daban al descampado un aspecto de aeropuerto.

Le he dado mi número de teléfono. A él no le podré llamar porque vive con sus padres.

13 de enero

S. ha comido en casa. Está en paro desde hace poco más de un mes. Ha trabajado desde los dieciséis años en una fábrica de lámparas. Ahora tiene veintisiete. Sale muy temprano de casa de sus padres, compra el periódico y mira en la sección de ofertas laborales.

—No se encuentran más que timos —se queja.

17 de enero

Mecanografía. Paso momentos de euforia y otros de melancolía.

23 de enero

S. ha traído algunos discos. Hemos pasado la tarde en casa, oyendo música, fumando y charlando.

25 de enero

Me había puesto esta mañana a trabajar, pero S. ha venido a comer y luego se ha quedado hasta las diez de la noche.

27 de enero

Amanece y no consigo dormir. Acabo de encender otro cigarrillo de hachís. El otro día, S. me habló de un bar en Augusto Figueroa y me dijo que lo frecuentaba antes de quedarse en el paro.

—Ahora no tengo un duro y no salgo —me dijo.

Esta noche me dolía la cabeza y he decidido salir. He ido al bar y me lo he encontrado junto a la barra, abrazado a un tipo mayor que él. Me ha visto y ha dado media vuelta, hasta que se ha colocado de espaldas a mí. Al poco rato, se han ido juntos.

30 de enero

S. no ha llamado. Hoy he pasado la tarde fuera, intentando distraerme. No consigo trabajar. No valgo nada.

2 de febrero

Ha venido S. Estaba enfadado con él. Me he pasado un buen rato sin hablarle. Luego ha estallado una tormenta y se ha puesto a llover. No quería hacerlo, pero le he pedido que se quedara a dormir conmigo. «Nunca hemos pasado la noche juntos», le he dicho a mi pesar.

En la cama, le he contado algunos de mis proyectos. S. me escuchaba en silencio y me acariciaba. Mis palabras se mezclaban con el ruido de la lluvia y hasta la habitación llegaban los reflejos azules de los automóviles que circulaban en la calle. Se ha ido este mediodía antes de comer.

3 de febrero

La primera vez que estuve aquí, en casa, con S. pensé que sería la última y, sin embargo, su recuerdo no me deja en paz.

4 de febrero

Aunque rae cuesta trabajo reconocerlo, hoy me he pasado el día esperando a que sonara el teléfono.

6 de febrero

Mantengo abiertas todas las puertas de la casa, por miedo de no escuchar el teléfono. Algo ridículo, porque la casa es muy pequeña, pero sé que el gesto tiene un componente de exorcismo. Anoche sentí el desorden. Había salido a tomar una copa y, de regreso, me encontré con un espectáculo deprimente. Ya no recordaba que había pasado el día colocando los libros y que, al salir, había dejado mi tarea sin concluir. Había libros por todas partes; incluso encima de la cama y del sofá. Tuve que quitarlos para poder acostarme. El teléfono destacaba silencioso encima de un montón de libros. Lo miré y sentí un estremecimiento de ansiedad. Eran las cuatro de la madrugada. Nadie iba a llamar. Antes de meterme en la cama, hojeé uno de los manuscritos de Weizer. Se titula *Una moneda en el aire*. Me lo imagino impreso, con mi nombre encima del título, y expuesto en los escaparates de las librerías.

10 de febrero

Alguna vez escribiré mi propia novela.

12 de febrero

Mecanografía. *Una moneda en el aire*. Es como si M. W. se estuviera riendo de mí.

13 de febrero

He registrado las carpetas que contienen los manuscritos de M. W. ¿Para quién escribía? Novelas, artículos, notas, reflexiones, libros de viajes... Jamás se preocupó de publicar una línea. Me ha invadido la sospecha de que es él quien me utiliza por alguna razón que no alcanzo a descubrir. El triste papel del vicario.

16 de febrero

Vuelve S. Comemos juntos y se marcha después de comer. Me pide dinero prestado.

10 de marzo

S. telefona. Vuelve a pedirme dinero. Le digo: «Cáritas española ha cerrado sus puertas», y cuelgo el teléfono.

8 de abril

He concluido la mecanografía de *Una moneda en el aire*. Releo el libro por placer. Es magnífico. Me emociono durante la lectura. Cuando concluyo, mecanografío el folio de portada. Pongo mi nombre y, debajo, el título. De repente me enorgullezco y enseguida me siento mal. Rompo el folio y lo tiro a la papelera. Me he inyectado. Hacía meses que conseguía evitarlo y estaba tan nervioso que no acertaba a clavarme la aguja. La sangre ha salpicado los azulejos del baño.

He vuelto a escribir el folio de portada. Primero, he puesto sobre el título el nombre de M. W.; luego he roto ese folio y he escrito otro con mi nombre. Además he pegado sobre la carpeta media cuartilla en la que había vuelto a escribir mi nombre encima del título. Para concluir, he quemado los pedazos rotos de folio con el nombre de M. W. El conjunto de la ceremonia me ha producido placer.

9 de abril

Me atrevo a escribir la palabra Manila. El hedor de aquella habitación me invade. Él olía a muerte antes de estar muerto.

10 de abril

Anoche me dormí en mitad del salón, en el suelo. He tenido una pesadilla que me ha dejado mal cuerpo. No la recuerdo con detalle, pero había un niño que me retenía y que tenía la cabeza empapada de sangre. Sin embargo, no me parecía terrible esa sangre, sino algo que dijo, algo que no tenía remedio. En ese instante me desperté y reconocí aquel olor. Manila.

11 de abril

No trabajo. Sobre la mesa, la carpeta con la copia mecanografiada de *Una moneda en el aire*, que lleva mi firma. Cada vez que cruzo el salón, mi mirada tropieza con la carpeta. Mi nombre está escrito en un tamaño demasiado pequeño y no se lee a distancia. Queda únicamente la presencia de la carpeta y la carpeta es de M. W. En el salón de mi casa, dejo que la carpeta siga allí encima. Como si necesitara su vigilancia.

14 de abril

Llama S. «Ten paciencia», me dice. Y yo: «Déjame en paz.» Paso muy excitado lo que queda de la tarde. A última hora he conseguido leer algunos de los cuentos que M. W. tituló *El espejo de mármol*. Me gusta sobre todo el tercero, en el que cuenta la historia de un jugador profesional que, después de haber ganado una fabulosa cantidad de dinero gracias a un golpe de suerte en el casino, trama el modo de escaparse sin pagar una modestísima cuenta de hotel. De madrugada, me obsesiono con la idea de que hay jeringuillas en el cuarto de baño y heroína en el cajón de la mesa de bambú.

16 de abril

Mecanografío *El espejo de mármol* Estoy bloqueado. De vez en cuando me encuentro con alguna palabra que no entiendo y soy incapaz de adivinarla por el sentido de la frase; ni siquiera de sustituirla por alguna que encaje bien. Reflexión pesimista: no sirvo ni para mecanógrafo de M. W. Sí, pero él está muerto. Escribir esta última frase me lleva a un sentimiento cruel: esos niños que juegan con muñecas y las visten, desnudan, escupen, torturan y rompen. M. W. está muerto y yo puedo jugar con sus escritos como un niño con un muñeco.

30 de abril

Escucho en una entrevista por la radio a A., vieja amiga de la Universidad. No sé muy bien cómo, pero tengo que acabar regresando a ese grupo. ¿Qué imagen guardarán de mí? Hace un par de años que recibí la última carta de A. Fue al poco tiempo de mi llegada a Manila. «Eres el único de todos nosotros que se ha atrevido», decía en la carta. ¿A qué me he atrevido? Pobres ingenuos, aunque cargados de poder. Me pregunto qué es exactamente el poder, dónde reside. También M. W. fue un pobre ingenuo que eligió morir y, sin embargo, sigue ejerciendo su poder. Puede desde los recuerdos y desde esas carpetas que yo le guardo. ¿Y si las destruyese?, ¿seguiría ejerciendo su poder? Si yo las destruyera, ejercería el poder desde el recuerdo. Ahora,

al menos puede resultarme útil. Volver al grupo de A., a los viejos amigos de la Facultad, cargado con los manuscritos de M. W. significa traspasar una parte de su poder a mi cuenta. Ellos sólo pueden admitir a quien les ofrezca la posibilidad de compartir.

15 de mayo

Veo a S. casi a diario, pero siempre fuera de casa. Tengo miedo. Sé que vive con alguien. He terminado de mecanografiar *El espejo de mármol*. De nuevo, la ceremonia de escribir mi nombre encima del título.

23 de mayo

S. ha pasado una semana en casa. Esta mañana se ha marchado sin concederme la menor explicación.

18 de junio

Hacía casi un mes que no escribía en este cuaderno. Pero hoy, pensando en Manila, se me ha ocurrido una frase que podría formar parte de una novela: «El aire era cálido, pero no tenía calor de vida, sino ese otro que todo lo pudre.» ¿La he plagiado?

7 de julio

Calor.

Economizo cuanto puedo. Apenas salgo de casa. Me paso horas tumbado en la cama. Leo y pienso que, en cuanto concluya el verano, tengo que tomar contacto con A. Necesito un sitio, una profesión. He empezado a escribir. Escribo y rompo. Lucho por encontrar mi voz por encima de los papeles de M. W. Él me ayudará a empezar, pero después voy a tener que continuar yo solo.

Cuando salí de Madrid pensaba que mi único objetivo era ser escritor. Ahora, desde que he regresado, vuelvo a sentirme obsesionado por la escritura.

14 de julio

Visita inesperada de S.

Si hubiese sabido que era él, no le hubiera abierto la puerta. Se ha pinchado ante mí. Me han fascinado sus ojos: expresaban miedo y deseo. «¿Desde cuándo?», le he dicho.

22 de octubre

«Tienes que buscarte tu casa y tu vida», le he dicho esta mañana a S. Me molesta que esté aquí, registrando los papeles y vigilándome. Hace tiempo que ha dejado de buscar trabajo. Se conforma con pasar chocolate de vez en cuando. El otro día descubrió las papelas con heroína en el cajón de la mesa y me llamó hipócrita. Todas las noches hace la ronda por bares y discotecas y regresa de madrugada. Ésta parece ser su única aspiración. A veces lo acompaño, pero ése no es mi mundo. La mayor parte del tiempo lo odio. Tengo la sensación de que vivo con un pequeño tendero cuya única preocupación es hacer caja cada noche.

28 de octubre

¿Y si S. leyera este diario? ¿Y si S. ya ha leído este diario? Me aterra el cinismo de las relaciones culpables.

1 de noviembre

Le digo a S. que no puede seguir viviendo en casa. Él me explica que no tiene un duro. Hace cuentas en voz alta. Durante los últimos días ha estado pasando coca. «No sirvo para pasar heroína», me dice. Me he interesado por los detalles de sus negocios de un modo distante. De repente, se le han humedecido los ojos.

—¿Qué te pasa? —le he preguntado.

—Me sale todo mal.

—Si quieres, puedes quedarte esta noche aquí.

Me dice que no, que quiere dormir fuera, y tengo la sensación de que se ha citado con alguien para pasar la noche. Lo acompaño a una pensión de la calle Valverde.

3 de noviembre

S. ha vuelto. He pensado que quería pedirme dinero y que no se ha atrevido. ¿Es posible que S. llore sólo por cálculo?

7 de noviembre

Después de unos días de ausencia, S. vuelve y me pide dinero. «¿Crees que a mí me gusta rebajarme?», se queja cuando se lo niego. Ayer telefoneé a la pensión y me dijeron que hacía dos noches que no iba a dormir. Se lo he dicho y se ha enfurecido «¿Qué quieres? ¿Que esté pendiente de ti? ¿Que me pudra en esta mierda de pensión llena de moros y de mierda? No se te ocurre pensar que no tengo ni calefacción. Lo único que te preocupa es si duermo solo o con alguien.» Se ha marchado dando un portazo.

11 de noviembre

Los tipos excepcionales comparten los sórdidos espacios repetitivos con los tipos más vulgares: sólo cambia la rutilante materia del disfraz. Sin S. vuelve a llenárseme todo de repliegues misteriosos: hay en mí monedas valiosas, por más que estén sucias, y espacios que me convierten otra vez en mí mismo.

15 de noviembre

Telefona S. desde el bar de abajo. Nos encontramos fuera, porque no tengo ganas de que vuelva a casa. Discutimos: «No te queda más que la capacidad para fingir sentimientos que tuviste alguna vez y de los que aún te acuerdas vagamente», me dice en mitad de la discusión. E insiste: «¿Has contactado ya con tus amigos colocados? ¿Te estás echando el folio con la mierda de tus libros?» Me da miedo. Se empeña en arrastrarme a mundos que no deseo. Desde hace días pienso que tengo que mudarme de casa. He conseguido el teléfono de A. y voy a llamarla un día de éstos. Necesito escabullirme de la red que S. me tiende. En cada momento de mi vida ha existido una red que me ha envuelto impidiéndome ser yo. ¿Qué es eso? Soy alguien que necesita verse envuelto en una red que le impide ser él.

222222222222222222222222

En un folio he dibujado un dos, y luego otro, y otro y otro. Nostalgia de la infancia. El dos: el patito. Los patitos de la feria. Yo, niño. Yo, bueno. Volver al pueblo. Regalarle a mi madre un libro. Que me acaricie el cabello.

9 de diciembre

Ayer vino S. con la excusa de recoger sus cosas. Lo recibí muy tranquilo. «¿Quieres un café?», le dije. Aceptó e iniciamos una charla relajada. Como si hiciera medio siglo de todo. Bien, hasta que empezó a contarme que sale con un tipo rico,

que lo invita y pasea. «Se ha encaprichado», dijo textualmente en un momento. No pude soportar la comparación conmigo mismo.

—¿Ya has encontrado otra víctima? —le dije.

—Algo de provecho sacará él, si paga.

Me incorporé y me puse a gritar.

—Buitre. Eres un buitre.

—Calma, hombre. Deja que me tome el café tranquilo —se burló.

—Te tomas el café en la puta calle. ¡Fuera de aquí! —lo levanté a empujones de la silla—. Tendrías que ir con un cartel colgando del cuello, en el que constasen las tarifas.

—Te puedo pegar una hostia.

—Sí, pero en la calle. En casa, no, porque te vas ahora mismo. Buitre.

Lo eché a empujones.

10 de diciembre

Me he pasado la tarde en la cama. En la pared de enfrente hay un espejo con un marco de madera oscura. He estado todo el tiempo viéndolo y, cuando cerraba los ojos, veía su negativo: el espejo negro, y el marco claro, fosforescente.

Decido volver a trabajar. Mañana, sin falta, voy a telefonar a A. La invitaré a cenar.

14 de enero

Necesito escribirlo todo de una manera detallada. Cené con A. y con su marido. A. me ayuda a amueblar la casa.

—Lo que sigue ya lo sabes —me dijo.

Arrancó las hojas del cuaderno. Me entregó una parte, y se quedó con otra que representaba más o menos la mitad y que debía referirse a hechos recientes. Tal vez me equivocó y esas páginas que retuvo no formaban parte del diario. He llegado a pensar si no contendrían su proyecto de novela, su venganza contra Manuel Weizer. No sé, aunque entonces dudaba que fuera capaz de esforzarse por nada. Le propuse hacer unas fotocopias, para que se quedara con las páginas originales.

—O mejor —le dije—, las leo aquí mismo.

Pero a él le daba todo igual:

—Quédate con esas hojas, léelas, quémalas o tíralas. Haz lo que quieras.

No guardaba ningún sentimiento de pudor. Estaba vacío. Había adelgazado mucho y bebía. Lo digo no sólo porque en la tarde que pasamos juntos acabó dando cuenta de una botella de Veterano mientras charlábamos, sino porque se refería al alcohol continuamente, con cualquier excusa. Le temblaba el pulso y tenía los ojos enrojecidos de un modo inequívoco. Y hablaba con voz apagada, aunque nada patética, sino indiferente, neutra. Para nombrar el alcohol utilizaba un término sin duda contagiado en su relación con Santiago: lo llamaba «la priva».

Encendió un cigarrillo rubio y cruzó la sucia habitación sosteniéndolo en la mano izquierda. En la derecha llevaba la mitad del cuaderno que no me había dado. La depositó en la esquina de un mueble fabricado en material que imitaba algún tipo de madera noble. Había a la derecha un sofá tapizado con una espantosa tela a cuadros verdes. Aquellos muebles habían soportado los cuerpos de decenas de inquilinos y nunca habían formado parte de los proyectos de nadie. Pensé en su viejo piso, en el que yo conocí, y que Amelia le había ayudado a decorar. Pensé que los recuerdos se habían esfumado a su alrededor. Era como si una esponja hubiera borrado los colores del mapamundi en el que Ricardo se había movido con soltura. Los bibelots cosmopolitas se habían desvanecido como un sueño infantil sobre las páginas del atlas. Habían sido sustituidos por aquel triste mobiliario sin memoria.

Lo peor era el perchero, de ese estilo que llaman castellano y que uno se encuentra con demasiada frecuencia en los restaurantes de barrio periférico o de carretera. Desde las ventanas se veían los bloques de ladrillo cercanos a la estación de Campamento, los muros de los cuarteles y la mancha gris del pinar de la Casa de Campo. Por allí detrás, en alguna parte, estaba la cárcel. Mientras miraba por una de las ventanas, intuí que se había mudado a aquel barrio para estar cerca de Santiago. Al fin y al cabo, llevaba colgado al cuello uno de los pendientes de Oaxaca que, en su día, le regaló a Amelia y que Santiago robó para ofrecérselo. En ese caso, aquel silencio blanco en el que parecía haberse instalado no era más que un estado pasajero e invernal del que acabaría despertando.

Mi llegada debía de haberle interrumpido la siesta, porque cuando abrió la puerta

estaba despeinado y tuvo que pasar un buen rato antes de que consiguiera verle los ojos. Había una almohada pegada a uno de los brazos del sofá, en un punto desde el que, si permanecía acostado, podía ver cómodamente la pantalla del televisor. No pareció molestarle mi presencia allí; como si cualquier estado fuera tan bueno como otro, y sueño y vigilia tuvieran exactamente el mismo peso. Nos conocíamos de vista y, en alguna ocasión, habíamos charlado. No me preguntó cuál era la razón que me llevaba a su casa, ni por qué tenía interés en saber acerca de él. Hizo un gesto, invitándome a que me sentara, se dirigió hacia la cocina y volvió con la botella de Veterano y las dos copas.

—Se ha agotado el coñac francés —dijo—. *Je suis desolé.*

No era exactamente humor. Lo he escrito antes. Parecía haber alcanzado ese estado en el que nada puede ya hacer daño. Lo entendí mejor la misma noche, cuando, en mi casa, leí las páginas del diario que me había entregado. Mientras las leía, volví a pensar que era como si reclamase algún castigo; como si necesitara dejar claras las huellas que podían llevarlo a la cárcel, porque sólo la cárcel iba a sacarlo de sí mismo y a devolverle las ganas de pelear. «La baba del caracol», había escrito él mismo. Ese rastro lo conducía hasta Santiago, porque seguía enamorado de él, si por amor se entiende que tenía ganas de seguir haciéndose daño.

He escrito que había indiferencia en Ricardo y también que estaba vacío. Ninguna de las dos afirmaciones es cierta, porque en algunos momentos de la conversación, mientras me hablaba de Manila, le brillaron los ojos con un relámpago. Estaba hinchado de recuerdos. Lo pensé por la noche, mientras leía las escasas hojas del diario y repasaba sus palabras. El brillo en los ojos de Ricardo era un reflejo de la mirada gris y felina de Manuel Weizer. El tiempo habita las vidas, las hincha, las revienta.

Esa primera tarde no se atrevió a pronunciar el nombre de Amelia. De todos modos, lo llevaba, como el de Santiago, en los destellos del pendiente que colgaba sobre su pecho. Era el negativo de una presencia. Flotó a nuestro alrededor durante todo el tiempo.

En la siguiente visita, me dijo:

—Me gustaría poder transmitirle a Amelia que le hice daño sin querer.

Es frecuente que los hombres lean sus actos como capítulos de otros libros, equivocándose, o ni siquiera equivocándose, como partes de una trama que nada tiene que ver con la que ellos han tejido. Carlos había muerto, él había engañado a Amelia, llevaba en su pecho el pendiente que Santiago robó, y no quería haberle hecho daño.

No creo que pueda decirse con propiedad que Amelia se vengase. Había apostado públicamente por él, lo había defendido ante sus amigos, se había comprometido en la publicación de su libro, y él la engañó. Es lógico que se viera obligada a intervenir para deshacer la mentira que ella misma había contribuido a crear. Tenía que sentirse furiosa. Ricardo Alcántara, su Ricardo, la había estafado. Hubiera sido bastante más cruel fingir que no se había enterado de nada y dejar que siguiera su curso la edición

del libro. ¿Que todo lo envenenaron los sentimientos, eso que ella no se atrevía a calificar como amor? Los sentimientos mordieron e infectaron el sentido de su actuación. Nada más.

3

Fue Pedro quien llevó al grupo la noticia del fraude. Pedro sí que tenía algo de perro rabioso. Acusaba a Ricardo de la pérdida de Amelia, como si alguna vez la hubiera tenido. No se había recuperado del gesto de ella, saliendo de la cocina con la botella de vino y las dos copas. No se ha recuperado todavía. Es una escena que me ha descrito minuciosamente y recuerdo los objetos del piso de Ricardo más por lo que él sitúa y matiza la acción de aquella noche, que por lo que mi propia memoria ha guardado.

Pedro conocía algunos capítulos de *Una moneda en el aire*. Había tenido ocasión de asistir a las sesiones de lectura en el jardín de Amelia y, aunque jamás hubiera sido capaz de reconocerlo, se quedó «fascinado» por la fuerza de aquellas páginas. Por eso, su extrañeza nació desde el instante mismo en que se puso a leer la primera página del libro. El estilo lo atrapó de un modo familiar.

—No es que hubiera leído antes aquellas frases: había leído y oído frases que con toda certeza tenían que venir después de las que estaba leyendo —me explicó.

Había comprado el libro por casualidad. Ya digo que no fue porque sospechase del título. La novela acababa de aparecer, era la primera de un desconocido en el mundo literario y los críticos la habían calificado como una «gran revelación». Aunque Pedro ni siquiera compró el libro por esas razones, sino sencillamente porque estaba bien expuesto en el kiosco de la estación de Chamartín, no era demasiado voluminoso y podía leerse de una sentada, en el tiempo del trayecto en Talgo desde Madrid a Barcelona.

—Pensé en apearme cuando el tren llegó a Zaragoza. No soportaba permanecer encerrado en el compartimento. Había leído medio libro y ya se había cumplido mi presentimiento. Me había encontrado con las frases que esperaba desde el inicio, y era como si el compartimento se hubiera convertido en el macabro espacio de una pesadilla, de un sueño que ya me hubiese asaltado en otras ocasiones y cuyo final previera. Dejé el libro sobre el asiento; mejor sería decir que lo arrojé, como si quisiera librarme de un arma peligrosa, de un veneno. Se había apoderado de mí un vértigo insufrible. Necesitaba reflexionar acerca de cómo concluía aquella pesadilla que creía recordar. Ricardo estaba allí, escondido en aquellas páginas. Sé interponía entre el libro y yo, como se había interpuesto entre Amelia y yo. El traqueteo del tren

me bombeaba el miedo a la cabeza. Entonces, como un relámpago, le transferí todas mis culpas. Ricardo Alcántara era mi fracaso, el yo sonámbulo que desordenaba mi vida.

»Estuve a punto de acertar en algo, porque, como tú dices, en el error está la verdad más significativa, pero luego pensé que el rencor me cegaba, me estaba volviendo loco, y busqué la explicación más simple, la que tenía que haber encontrado desde el principio si mis miedos me lo hubiesen permitido. Deduje que, por algún motivo que yo desconocía, el libro de Ricardo había aparecido antes de lo previsto y firmado con un seudónimo. Esa explicación razonable me calmó en parte y me ayudó a concluir el libro y el viaje.

Telefonó a José Bardón desde la estación de Barcelona. José se desinteresó de aquella historia confusa. «El loco de Pedro», le dijo a Concha, «vive una nueva aventura policiaca.»

Pedro se sintió insatisfecho. Pensó en telefonar a Amelia. No lo hizo porque, según sus propias palabras, «tenía miedo de que pensara que era una excusa. Tenía miedo de que ella me colgara el teléfono y añadiera una angustia a otra». Utilizó un camino que no sé si su angustia o su perversidad hicieron más dañino: telefonó a Brines.

4

Pedro sabía que Brines quería a Ricardo aún menos que él. Le pidió por teléfono que saliera a la calle, buscara la librería más cercana y adquiriese el libro de un tal Tomás Beltrán. «Se titula *Una moneda en el aire*», le dijo. «¿Como el de Ricardo?», preguntó Brines. Y Pedro le respondió: «Exactamente igual que el de Ricardo.» Insistió aún: «Es importante. Léelo enseguida. Volveré a telefonearte a la tarde.» Más adelante, Brines hizo algunos chistes acerca de esa conversación. «Me llamaba desde una cabina. Excitadísimo. Jamás había visto a nadie que se preocupase por aumentar mi cultura con tanta urgencia.»

Brines conocía la novela de Ricardo completa y se dio cuenta del fraude desde la primera línea. Hojeó por encima el libro y llamó a Amelia. «¿Sabes si tu aventurero utiliza seudónimos para publicar?», le dijo. Él sabía de sobra que no, porque conocía al dedillo el estado del proceso de producción de la novela en la editorial. Es más, Amelia, con esa falta de tacto que se permite en ocasiones, le había propuesto que hiciese la ilustración de portada. Se había comprometido y, a pesar de que ya no veía a Ricardo, seguía sintiéndose responsable de su aventura literaria y mantenía entrevistas con el editor para tratar los asuntos referentes a la producción. Creo que lo

hacía de manera desinteresada, tal vez sólo por orgullo. No parece creíble que esperase nada después de la noche en que Santiago la sorprendió con Ricardo, y él la dejó marchar. Ni siquiera creo que se permitiese seguir enamorada. Su capacidad de defensa tenía que haberle paralizado los sentimientos.

A lo largo de aquel día se sucedieron las llamadas telefónicas. Amelia devolvió la de Brines, una vez que ella misma adquirió y hojeó el libro de Beltrán. También telefoneó a Carlos. Y, más tarde, después de largas conversaciones con los dos, se personó en el despacho de Carlos y, en su presencia, llamó al editor y a José Bardón. No puede negársele que se comportó con valentía, aunque tuvo que resultarle muy duro asumir su responsabilidad. Carlos le pagó con un detalle de pésimo gusto. En ambos casos se puso al aparato para burlarse y, lo que es peor, telefoneó a Brull en presencia de ella, para reírse de «los románticos amores platónicos de Amelia». «No, no te creas que le va a servir de escarmiento. Mañana nos vendrá con alguna otra historia parecida», le dijo. Estoy convencido de que, aunque no hubiera sucedido la desgracia que disolvió los cimientos del grupo, Amelia se hubiera separado de Carlos. Me lo ha dicho en más de una ocasión: «Aquel día me di cuenta de que ya no podía soportarlo un minuto más.»

5

Hacía tiempo que el grupo sospechaba de Ricardo. Creo que hasta la propia Amelia vivió convencida desde el primer día de que estaba condenado a engañarlos, de uno u otro modo. De hecho, a nadie se le pasó por la cabeza que Ricardo era la víctima y Beltrán el impostor. Si exceptuamos la tregua que se impuso Pedro en el Talgo para poder concluir el viaje sin volverse loco, Ricardo fue considerado desde el principio —y sin que cupiese duda alguna— como culpable.

—Lo habíais condenado —le dije, en una ocasión, a Amelia—. Tú también lo condenaste desde el principio.

Y ella fingió no saber de qué le hablaba.

—Le di todo —me dijo.

Sabe que no. Incluso en las más evidentes formas de pasión que despertó Ricardo había un fondo de rencor. Era un viajero extraviado que volvía desde una estación que a los demás se les había escapado mientras dormían en mitad de la noche. José lo dijo un día, con esa precisión que extrae cuando quiere: «A Amelia le devolvió el espejo de todos sus besos resquebrajados.» José no dijo lo que le había devuelto a él. No podían perdonarle. La pureza desata la peor de las sospechas: una sospecha tozuda, insistente, que no muere hasta que destruye el agente que la puso en marcha.

La noche en que confirmaron que Ricardo era sólo humo, todos durmieron en paz.

6

Lo de que todos durmieron en paz no pasa de ser una afirmación metafórica, que no se corresponde exactamente con los hechos. José telefoneó a Amelia de madrugada y la encontró aún despierta. Ella misma me ha dicho que «estaban tan furiosa con Carlos», que no conseguía dormirse. Más bien hay que pensar que la ambigüedad de sus sentimientos la mantenía en vela. Me imagino la intensidad del desorden que tenía que reinar en su interior, aunque para ella también tuvo que suponer una liberación saber que, por fin, empezaba a descubrir los mecanismos que movían esa máquina, misteriosa e imprevisible hasta entonces.

De hecho, la noticia, apenas difundida, había empezado a actuar en el grupo como un cordial, como un tónico vitalizador. No es poco significativo que José se decidiera a llamar a Amelia después de varios meses de silencio. También él fue contagiado por la electricidad que los movía a todos de un sitio para otro y que levantaba los teléfonos durante horas enteras.

En la llamada que efectuó Brines a media tarde no cabían sospechas de locura. Brines nunca ha malgastado un paso. Para él su profesión y posición son lo único importante, y si se decidió a llamar a José para decirle «¿Sabes que Ricardo no es más que un farsante?», y para explicarle luego los pelos y señales del descubrimiento de Pedro, apropiándose del protagonismo en los detalles secundarios para extender la sospecha de que él había sido el primer advertido, si se había molestado en tantas explicaciones, tenía que ser porque estaba convencido de que no iba a perder y tenía prisa por rentabilizar su triunfo.

Brines había visto en Ricardo un estorbo desde que llegó: posee un buen olfato para descubrir quién puede hacerle daño. Acertó. Ricardo lo destronó del corazón de Amelia y lo descendió unos cuantos escalones. Lo situó en el coro de las damas de compañía que se agitaban en la periferia de los sentimientos de ella: el peor lugar para un egocéntrico.

Tras la conversación con Brines, José se encerró durante horas en su despacho. También él medía las fuerzas y se buscaba en su propio desorden. Los novelistas basculamos entre el desorden y la precisión de los rompecabezas concluidos.

Llevaba un par de meses de silencio, no sólo hacia el grupo, sino incluso hacia Concha. Ella me lo ha contado después, a toro pasado. «La decisión de Lucas no fue más que la gota que colmaba el vaso», me dijo Concha. Después de que Lucas se fue con Silvia, José se quedaba durante horas en el jardín, en un banco que hay junto al

tocón del olmo que enfermó y talaron meses atrás. Había pedido una excedencia en la Facultad, y Concha creyó al principio que era porque quería volver a escribir.

Pronto descubrió que no; que no quería nada. Ni siquiera leía, y apenas comía. Se quedaba allí, en el banco, adonde llevaba a veces el vasito de Havana Club, y se adormecía. No se enfadaba con ella cuando intentaba animarlo, o le decía que luchara. Simplemente, no le hacía caso. Concha lo ha expresado así: «Como si no nos conociéramos de nada y acabásemos de coincidir en un compartimento de tren, sabiendo desde el principio que éramos tan distintos que ni siquiera teníamos la esperanza de despertar el interés del uno por el otro.»

José se acostumbró a telefonar todas las tardes a Lucas. Cumplía con un ritual de obligaciones que se había impuesto: lo sacaba de paseo los jueves, sábados y domingos. Iban juntos al campo, al cine, o daban vueltas por la ciudad. Era como una penitencia que iba a redimirlo, una particular comunión de los santos en la que se purificaba, fomentándose virtudes de las que careció hasta entonces y que ya no le interesan. «Sólo la lucidez», acostumbra a decir de nuevo, «me interesa sólo la lucidez.» Creo que la ha recuperado intacta.

7

He escrito que José no discutía con Concha. Se limitaba a no tratarla. Ella le había propuesto un viaje juntos a cualquier parte en que pudiera sentirse bien, pero él no podía viajar: tenía que seguir expiando sus culpas con Lucas. Además, en su iglesia privada había abierto un nuevo altar. Cada vez que acudía a recoger a Lucas, veía a Silvia, charlaba con ella y la trataba con delicadeza. Podía detectarse algo casi jovial en los encuentros en casa de Silvia.

Ella preparaba café y le tenía a punto la botella de ron. José se burlaba de sus manías ecologistas, ya debilitadas, y Lucas había adquirido protagonismo, e intervenía en las bromas y participaba en la conversación. Algo los estaba curando. «*La rage de phrases t'a deseché le coeur*», le dijo la madre de Flaubert a su hijo. En José parecía cumplirse que, cerrada por el momento su actividad de escritor, había regresado a un silencio inocente.

Concha olfateaba la felicidad y por eso se empeñaba en arrastrarlo lejos, a un viaje. Él sospechaba de las intenciones de Concha. Se quejaba, como resguardándose: «No me siento con fuerzas para escribir», le decía. Y, en otros momentos: «Escribir no salva de nada.»

En casa se comportaba como un animal nocturno. Se movía sigiloso, sin hacer ruido, apenas hablaba, y pasaba del jardín a la cama, como si cumpliera los consejos

de algún médico que le hubiese recomendado una medicina en cuya composición participasen la pereza y la tristeza a partes iguales. Cuando Concha le propuso por tercera vez el viaje, le dijo: «Vete tú. Ya sé que no es fácil vivir conmigo en estas condiciones.» Pero no estaba enojado. Lo dijo jugando con un palo entre la hierba. Las otras veces también le había respondido tranquilamente: mirando a algún lugar inescrutable desde detrás de las gafas de sol y encendiendo un cigarrillo.

Concha sufría. Nunca le resultó fácil la convivencia con él. La maquinaria que movía a José se volvía demasiado complicada; y además, ahora, toda la culpabilidad de la decisión de Lucas se le había derrumbado encima. Intuía que los demás se estaban lavando y que ella soportaba la suciedad del egoísmo y de la soledad.

La tarde en que corrió la noticia de que Ricardo era un farsante, estalló la aplazada discusión de Concha con José. Iba cargada con toda la electricidad que habían acumulado en los últimos meses. Tras hablar con Brines, él se encerró en su despacho por primera vez en todo aquel tiempo. Concha interpretó ese gesto como un signo positivo de que la normalidad volvía a casa. Dedujo que se había encerrado para escribir y se quedó en el salón, vigilando la puerta del despacho. Al cabo de una hora, le ofreció café.

Discutieron porque él rechazó el café de un modo grosero. «Déjame en paz de una puta vez», le dijo, o algo así. Me lo ha contado Concha: «Hubiese querido abofetearlo, pero no pude.» Tiró la taza al suelo y el café empapó la moqueta, dejando una mancha oscura. José se levantó y salió del despacho dando un portazo. Concha se quedó «lloriqueando», como diría más tarde José.

Él se olvidó de su compromiso con Lucas. No pasó aquella tarde a recogerlo, ni telefoneó a casa de Silvia para disculparse. Necesitaba «recuperar su lucidez». Vagabundó durante horas por la ciudad y acabó en un *top-less* de Capitán Haya, después de haberse pasado por un cajero automático para sacar dinero. Fue desde allí, ya tarde, desde donde telefoneó a Amelia, mientras se tomaba una botella de champán al lado de una chica que creía haber capturado una pieza, sin darse cuenta de que era el propio José quien había salido para cazarse, y que se había olfateado, cercado y ahora se apuntaba con la escopeta de la lucidez sin que le temblara el pulso.

En esa llamada prepararon la emboscada con la que pensaban atrapar a Ricardo Alcántara. Resulta extraño que José participara de un modo tan evidente. Tuvo que pesarle mucho el odio. Como buen novelista, siempre ha cuidado con esmero su imagen moral. Sin embargo, aquella noche no tuvo reparos en romper el código. Amelia me ha contado la conversación que sostuvieron y no tengo motivos para dudar de sus palabras.

Según esa versión, fue al propio José a quien se le ocurrió la idea de organizar la farsa de una lectura pública a la que habría que invitar no sólo a los componentes del grupo, sino también a los nuevos amigos de Carlos y Amelia, a cuantos habíamos acabado conociendo a Ricardo durante los últimos meses. También fue José quien propuso que, como invitado principal, debería acudir el editor.

El acto iba a anunciarse como una especie de homenaje a Ricardo, e incluiría la lectura de algunos capítulos del inédito *Una moneda en el aire* a cargo del autor, Ricardo Alcántara. Pedro se situaría en algún lugar entre los invitados y proseguiría la lectura iniciada por Ricardo, pero lo haría en un ejemplar del libro publicado por Tomás Beltrán. Amelia quedó encargada de conseguir la conformidad de Pedro.

8

A pesar de la tensa situación entre los dos, José encontró el momento para contarle a Concha lo que habían preparado en contra de Ricardo. Seguramente lo impulsaba el orgullo. Quería que ella pagase la parte de fascinación en la que había participado: la cena con Ricardo y Amelia, el concierto, las confidencias durante la copa y el broche egipcio.

Algo de eso tuvo que interpretar Concha, porque a la tarde siguiente se presentó en casa de Ricardo para advertirle. Para acudir a la cita se puso el broche prendido en el escote. Brines llamó a aquella entrevista «el suicidio de las ballenas acorraladas». También dijo: «Las clases bajas son más conscientes que nosotros de la inmediatez del sentido de los signos.» Se refería al broche.

«Fui a su casa», me ha contado Concha de aquella entrevista, «y, si quieres que te diga la verdad, hubo un momento en que me arrepentí. Pensé que era igual que todos ellos y que no merecía la pena prevenirlo de nada. Me recibió vestido con una bata de seda y fumando en una boquilla larga. Era la imagen misma de la seguridad. Tuve la impresión de que me veía como a una pobre chica y que había preparado el escenario para seducirme. Eso me irritó. Repetía el papel que todos ellos representaban para mí. Me sentó en el sofá del salón y quemó una varita de incienso y se preocupó por si yo quería jerez o un whisky. Mientras se acercaba a mí con la bandeja, se disipó de repente mi irritación. Entendí que no era nadie y que el escenario era su refugio, algo que había inventado para sostenerse, un armazón, y no el espacio natural que era para los otros. Entonces, se lo solté a bocajarro: “Sabes que tu libro lo ha escrito otro y te preparan una encerrona. Ten cuidado.” Ya había dejado la bandeja sobre la mesa de bambú. Se acercó al sofá. Ni siquiera se acordaba del whisky y del jerez. “Concha”, me dijo, “sabes que siempre me has parecido la mejor de todos ellos”, y no me gustó que me lo dijera. Hablaba el miedo, un miedo en el que podía reconocer lo que menos me gusta de mí misma y que buscaba rebajarme a cómplice. Le dije que me tenía que marchar. “Ya te he avisado”, le dije. Y él siguió suplicándome: “Pero cuéntame más detalles.” Me despedí precipitadamente. Tenía la impresión de que, si seguía allí, iba a ensuciarme, no con algo exterior, sino porque se iba a romper alguna cosa dentro de

mí y todo se iba a escapar por ese agujero.»

9

Concha no había opuesto ninguna consideración en el momento en que José le había explicado el plan. Se había limitado a escucharlo, fingiendo no prestar demasiado interés mientras se ocupaba de algo en la cocina. Él no sospechó que fuera a contárselo a Ricardo. Previamente había efectuado una llamada telefónica desde su habitación y José supo de esa llamada porque escuchó el tintineo del supletorio cuando ella marcó el número. No se le ocurrió pensar que tuviese un significado especial. Imaginó que concertaba alguna entrevista en la peluquería.

Sólo presintió el destino de la salida de Concha cuando llegó la hora de la cena. Ella hacía mucho rato que había regresado y permanecía leyendo una revista en el sofá del salón. Iba vestida con su mejor traje: uno negro, de noche, que sólo se ponía para asistir a fiestas muy especiales. A José le extrañó verla arreglada. Ni siquiera se había quitado los zapatos de tacón. Además, eran casi las once y no se había molestado en llamarlo para cenar, ni había preparado nada en la cocina cuando José entró para servirse una copa.

Al salir de la cocina con un vaso en la mano, se dio cuenta de que llevaba en el escote el broche egipcio. No le dijo nada. Pero los ojos de ambos se encontraron en el broche. Concha volvió a inclinarse sobre la revista y fingió leer, aunque se limitaba a pasar la mirada sobre las páginas. En el cerebro de él tuvieron que mezclarse el broche de Concha y el pendiente de Silvia y ese nudo debió hacerle daño. Me atrevo a decir que fue la última cuota de sufrimiento que pagó en esa historia: un pinchazo que, como el de una anestesia, lo estremeció un instante para devolverle enseguida la paz. El orgullo fue vencido por el rencor.

José aprovechó la presencia de Concha para pedirle a Silvia que le reservara una habitación en su casa. «Prometo no molestarte mucho», le dijo en voz lo suficientemente alta como para que Concha pudiera oírlo. Ella no pareció inmutarse. Salió de la habitación sin alterar el paso. José se mudó a casa de Silvia esa misma noche.

Consideró absurdo prolongar la convivencia un solo día más. Tenía prisa por volver a ser él mismo y no podía permitirse perder más tiempo. Había empezado a quemarle en la cabeza una nueva novela: la historia de un impostor llegado de muy lejos. Esa misma noche se puso a escribirla en casa de Silvia. Al amanecer, se metió en la habitación de ella y se acostó a su lado. Silvia lo aceptó con naturalidad, como si aquellos años de separación no hubieran sido más que unas largas vacaciones, o

una necesaria etapa formativa.

—Te quiero —dijo.

Él la abrazó como un náufrago abraza un tronco arrastrado por la corriente.

10

Tras la visita de Concha, Ricardo salió en busca de la novela de Tomás Beltrán: la encontró en una librería cercana. Estaba expuesta en el escaparate y la dependienta se la entregó, diciéndole: «Es muy buena.» Pagó con precipitación y, una vez en la calle, desgarró el envoltorio, vio la portada con el título impreso, y se echó a llorar.

Me lo contó él mismo, en su piso de Campamento. Si cierro los ojos, aún puedo verlo paseando nervioso por el mezquino salón, mientras yo permanecía sentado en el sofá de tela a cuadros verdes. Estuvo hablando hasta que cayó la noche, y ni siquiera pensó en encender la luz. Nos adivinábamos gracias a los reflejos que llegaban desde la calle. Cuando en su deambular cruzaba ante uno de los tramos iluminados, podía verle la cara.

Apenas quedaba Veterano en la botella y sus palabras se volvían leves, como si flotaran sobre la realidad, por más que se refiriesen a una toponimia minuciosa: «Caminé apretando el libro contra el pecho, y sin dejar de llorar. Bajé por la calle Mayor y crucé el Viaducto. Me senté en un banco de las Vistillas. No me atrevía a leer.»

Se entretuvo describiéndome la pureza de aquel atardecer. Desde las Vistillas, la sierra le pareció «frágil como un sueño». Me lo dijo así, y pensé que regresaba a aquel lenguaje que había utilizado para seducir a Amelia. «Había caído la primera nevada», dijo, «y sus cumbres aparecían misteriosamente inaprensibles.» Abandonó el banco porque uno de los niños que jugaban en el jardín se había dado cuenta de que lloraba y se quedó mirándole.

«Volví a mi casa», prosiguió Ricardo el relato de aquellas horas, «estuve un buen rato tumbado en la cama con el libro en las manos. Y cuando me animé a abrirlo, sentí que caía sobre mí la desesperación. Leí el primer párrafo. Me lo sé de memoria. Dice: *Desde que talaron el castaño de Indias del jardín, lo despertaba todas las mañanas la luz del sol, que dibujaba un cuadro dorado en la pared de enfrente. Tenía la sensación de que aquélla ya no era la casa de su infancia.* Me había acostumbrado a vivir con esas palabras como si fueran mías y ahora eran de otro.»

Santiago lo encontró así, tumbado en la cama, con los ojos cerrados y el libro abierto sobre el pecho. Ricardo se lo contó todo. Se humilló ante él y le confesó que tenía miedo. Santiago lo escuchó, cogiéndole entre las manos la cabeza. «No te

preocupes», le dijo, «yo te quiero.»

Después de ese pasaje la narración de Ricardo se volvió aún más confusa. Regresó, con sus palabras, a Manila, a los callejones desde los que se veía el mar como una pesadilla y en los que la vegetación cubría los vertederos de basura. Aquel anochecer en Campamento, con la habitación en penumbra, Ricardo me habló de Tomás Beltrán, a quien hasta aquel instante sólo había nombrado de pasada. Lo odiaba desde mucho antes de que le robara la publicación del libro; desde el primer día que se cruzó en su camino.

—Rompió la pureza que había envuelto mi encuentro con Weizer —me dijo—. Se encargó de demostrarme que también Weizer estaba anclado en el pasado. Si Beltrán aparecía deprimido por la casa, Weizer se deprimía con él y se apresuraba a consolarlo. Y en otros momentos, cuando Beltrán se ponía furioso, Weizer se humillaba, le daba la razón, le encendía un cigarrillo, se lo ponía en los labios, y le decía: «Ahora se va Ricardo a dar una vuelta y charlamos tranquilamente tú y yo solos.» Me marchaba. A veces no volvía hasta el amanecer. Esas noches esperaba en vano, mirando inquieto hacia la puerta de cada tugurio en que me metía. Nunca vino a buscarme. Al regresar a casa, lo encontraba durmiendo, indiferente. En otras ocasiones, los dejaba a los dos allí dentro, en el salón, y yo me quedaba dando vueltas alrededor de la casa, imaginaba lo que podía estar sucediendo en el interior, y sentía celos.

Por lo que llegué a deducir de sus palabras, la que Ricardo se empeñaba en llamar su «etapa de pureza» con Manuel Weizer no debió de durar más allá de un par de semanas. Justo hasta la mañana en que Beltrán se presentó en la habitación en que Weizer y Ricardo dormían. «Llevaba una bandeja en la mano. Había preparado café en aquella cocina imposible y vino a servirnoslo a la cama (son palabras de Ricardo). Weizer me lo presentó como un viejo amigo, pero Beltrán se apresuró a corregirlo: “Sólo un viejo proveedor”, dijo con ironía. Sin embargo, el poder que Beltrán ejercía sobre Weizer no venía sólo de la heroína. Le robaba y Weizer fingía no enterarse. En dos o tres ocasiones lo sorprendí llevándose objetos de las colecciones que Weizer guardaba.» También le robaba dinero; un dinero que a Weizer siempre parecía sobrarle y que por entonces Ricardo aún no había empezado a sospechar de dónde provenía.

—Beltrán siempre ha sido un ladrón —me dijo, como si él estuviera exento de culpa.

Si tengo que hacer caso de las palabras de Ricardo Alcántara, para él Beltrán ya no tiene otro valor que el de haber sido instrumento de la venganza que Weizer ejerció después de muerto. «Porque Weizer, mientras agonizaba, me pidió que quemase todos sus papeles, y yo intenté utilizarlos. Beltrán ha sido su venganza. Weizer odiaba demasiado para querer dejar nada tras de sí», me explicó.

Por eso, convencido de que había merecido el castigo, y que tenía que seguir expiando su culpa, la noche después de que adquirió el libro de Beltrán, cumplió los deseos de Weizer, como si ésa fuera su última oportunidad para salvarse. Quemó las carpetas, los papeles que había traído consigo y que Amelia nunca consiguió leer. Santiago le ayudó en la tarea. «Ahora ya no puedes ser más que tú», le dijo mientras arrojaba al fuego el montón de papeles. «Pero yo pensé que, a partir de aquel momento, ya no podía ser nada», puntualizó Ricardo antes de concluir su larga conversación conmigo. Mientras pronunciaba esas palabras, se incorporó, se dirigió a una esquina del salón y encendió la luz. Sus ojos me miraron fijamente. Brillaban con un fulgor felino.

De vuelta a casa, no conseguí dormirme hasta el amanecer. De repente quería, necesitaba conocer más a Tomás Beltrán.

12

Y no había sido sólo la mezcla de rencor y sospecha que me transmitió el relato de Ricardo Alcántara, porque, al concluir mi entrevista con él, aún estaba convencido de que Beltrán nada podía aportarle a mi narración. Sólo rompía un plan que yo me había trazado y del que no deseaba desviarme. Sin embargo, en los días que siguieron empezó a mortificarme más y más la figura de Beltrán. Llegué a pensar que, a lo mejor, Weizer no era más que un invento de Ricardo Alcántara y el diario que me había entregado su primera —y, por cierto, conmovedora— pieza literaria. Abandoné mis hipótesis cuando empecé a temer que Ricardo intentara transmitirme una interesada locura.

Sin embargo, la semana pasada volví a leer la novela publicada bajo el nombre de Beltrán. Permanece misteriosa y frágil, intocada y solitaria, muy por encima de los cientos de novelas que han ido apareciendo desde entonces. Leyendo el libro de Beltrán (¿de Weizer?) he sentido caer sobre mí la pequeñez de mi propia obra; me he visto sepultado por su insignificancia. A estas alturas ya no sé qué pensar. Es como si un dios se valiera de la basura para moldear la belleza. Algo absurdo y metafísico que no tengo derecho a plantearme, pero que tampoco puedo permitirme esquivar. Weizer o Beltrán, hay un dios que tiene un nombre propio y yo no soy quién para cambiarlo.

Tercera parte

«No pegué ojo en toda la noche. Pensaba con amargura que no era nada, de nadie, de ninguna parte. La casa me parecía un decorado que alguien había levantado en medio del desierto. Sentí la tentación de llorar, pero resistí. Sabía que, a pesar de todo, no tenía ningún derecho a quejarme. Aquella casa podía llegar a ser el espacio propio por el que tanto había luchado. Tenía que negociarla», me dijo Concha, meses después.

A la mañana siguiente de que José Bardón se fuese, se había presentado ante un notario y había solicitado que levantara un acta de abandono de hogar. Sólo dos días más tarde, cuando ya no necesitaba ayuda, telefoneó a Amelia y le dijo:

—Ahora te toca a ti ayudarme.

Amelia estaba deseando sentirse generosa y apuntó sus atenciones con Concha en el libro de las buenas obras. Quería demostrarle que no estaba enojada con ella, que no le importaba gran cosa que hubiese estropeado el plan trazado contra Ricardo. Se presentó en casa de Concha con un neceser, dispuesta a convertirse en su enfermera permanente. Llegó con la intención de quedarse allí durante unos días. Se sentía generosa, pero también defraudada y sola. Quería hacer lo que fuese, con tal de que su actividad la ayudara a olvidarse de Ricardo y la alejara de Carlos. Se aferró a la excusa que le proporcionaba Concha, pero Concha no aceptó su ofrecimiento.

—Quiero que me cuides —le dijo—, pero no que te quedes a vivir aquí. Tengo que acostumbrarme a estar sola.

Ninguna de las dos imaginaba que, a los pocos días, la muerte de Carlos alteraría sus proyectos y daría un vuelco al reparto de necesidades. Amelia iba a verse obligada a pedirle a Concha que aceptase su presencia en casa. Pero, para entonces, Concha volvía a ser la más fuerte.

Es curioso. Creo que es la primera vez que, en estos papeles, escribo la «muerte de Carlos» y no «el asesinato de Carlos». En el fondo, también yo estoy convencido de que tuvo algo de estúpido accidente. No le faltaba razón a Brines cuando dijo que Carlos había muerto de orgullo. Luego ha negado que dijera nunca esa frase, pero yo mismo se la escuché el día del entierro, y no me pareció del todo injusta. Otros han dicho que Carlos pagó con su vida el peaje de la relación de Amelia con Ricardo, que él mismo consintió el último verano. Es una afirmación más cruel, aunque tampoco estrictamente falsa.

Aquel verano, Carlos aceptó de buena gana la presencia de Ricardo en La Moraleja. Había empezado a intuir que su relación con Amelia era más peligrosa de lo que él había creído en un principio. Decidió que era urgente librar la batalla en su propio territorio, y, lo que era aún más arriesgado, librarla por omisión. Andaba metido en negocios inmobiliarios, en asuntos de terrenos adquiridos ventajosamente gracias a las informaciones que le filtraban sus amigos de la Administración, y sabía que, durante meses, apenas iba a aparecer por casa.

Estaba decidido a dejarlos a solas, para que tuvieran la oportunidad de prender de una vez la hoguera y pudieran consumirla en sólo aquel verano. Se equivocaba en el juego, pero no llegó a saberlo, porque lo salvaron las circunstancias que ni él, ni Amelia, ni Ricardo habían previsto, y no me refiero a su propia muerte, que, aunque parezca cruel escribirlo, también le salvó de saber. Me refiero a que esta vez Amelia creía estar enamorada de verdad y su convivencia con Ricardo no hizo más que certificar esos sentimientos.

He llegado a pensar que estaba tan enamorada de Ricardo que hubiera aceptado compartirlo con Santiago, al menos en un primer momento. Pero Santiago y Ricardo rompieron ese segundo de ilusión que ella pudo sentir. Le devolvieron la partida a Carlos, que del mismo modo que no pudo llegar a saber que su victoria nacía de un error, de un malentendido, tampoco tuvo tiempo para disfrutarla. Ésa es la parte en la que tengo que darles la razón a quienes dicen que a Carlos lo mató la relación de Ricardo con Amelia, que él mismo había consentido. Pagó con su vida la pasión y el fracaso de ella, porque estoy convencido de que Santiago jamás hubiera decidido el robo de los pendientes de Oaxaca en casa de Amelia de no haberla sorprendido aquella noche con Ricardo. Su afán —casi infantil— de venganza lo convirtió en el *croupier* que recogió de un manotazo las fichas esparcidas sobre la mesa. Rompió la fascinación de las educadas reglas del juego. Exigió su parte de protagonismo en él, y su estúpida participación en ese juego se convirtió en la irreparable verdad de la muerte.

2

Santiago había sospechado de Amelia desde el principio; desde el primer día en que Ricardo le anunció que había entrado en contacto con una vieja amiga, que esperaba su visita, y que no resultaba conveniente que lo encontrara a él en casa. «Va de fina», le dijo textualmente. Y Santiago intuyó enseguida que Amelia pertenecía a un mundo al que Ricardo necesitaba volver, y que lo excluía a él.

Salió dando un portazo, pero por la noche volvió manso como un cordero y pidió disculpas. «Me gusta que estés con tus amigos, pero tengo miedo de perderte, porque te quiero», le dijo. Y, cuando al cabo del tiempo vio que no podía evitar que Ricardo se encontrara con ella, le insistió: «No tengo más apuesta que tú. Lo demás no me importa nada.» Fue su forma de decirle que estaba en deuda; que él se entregaba más que Ricardo.

Una estúpida casualidad enredó las cosas. Cierta día, Amelia se olvidó el bolso en el sofá del salón. Santiago lo vio, estuvo registrándolo antes de que Ricardo volviese

y luego en su presencia. «Déjalo quieto», le pidió Ricardo. Santiago se burló. «Quiero ver lo que lleva una verdadera señora en su bolso», le dijo, «quiero aprender estilo.» Intentó embadurnarle los labios a Ricardo con la barrita de Estée Lauder que ella llevaba. «Para ver cómo saben los besos de una mujer rica», le dijo, «dame también a mí la oportunidad de probarlo.» Acabó pintarrajeándose él mismo. Ricardo se enfadó y Santiago volvió a tomarle el pelo: «Ya sé que te parece de mal gusto, de poca clase.»

Luego le pidió que le dejase hacer una copia del juego de llaves: «Me gustaría aprender un poco de decoración. Ver cómo tiene amueblada su casa esa gran dama.» Ricardo se puso serio, le dijo que no. «Una copia», suplicó burlón Santiago, «te pido sólo una copia y te prometo que no la usaré más que una vez. Para verle la casa.» Ricardo no le dijo ni sí, ni no, pero Santiago, a la mañana siguiente, hizo las copias, y no sólo de las llaves de la casa de Amelia, sino también de la de Pedro, que ella llevaba en el bolso.

Durante mucho tiempo, Santiago había sido el único en saber que Pedro y Amelia eran amantes porque la había seguido a ella con frecuencia: cuando salía con Ricardo y también cuando iba sola, o acudía a casa de Pedro. Santiago guardó sus descubrimientos en secreto, Un día podrían llegar a serle útiles y, además, constituían el contrapunto en el que se sentía vengador de la relación de Ricardo con Amelia, de las relaciones que mantenían todos los componentes del grupo. Casi me atrevería a decir que Santiago se sentía vengador del orgullo social que detectaba en ellos.

—Si no se hubiera olvidado el bolso, habría acabado por robárselo —le dijo tranquilamente al juez, durante el proceso de instrucción por el asesinato de Carlos.

Desde el principio utilizó de un modo confuso sus descubrimientos. Empezó a vigilar a Pedro y también, muy pronto, utilizó el juego de llaves de su casa. No creo que calculase nada de antemano, ni que elaborase ninguna estrategia. Imagino que, desde el principio, no supo distinguir entre la ansiedad que le provocaban aquellas personas que parecían poseer en abundancia y despreciar cuanto él perseguía, y su fascinación por las cosas que poseían y que pronto se le volvieron necesarias. Debió de empezar por simple curiosidad y, al poco tiempo, tuvo que llegar a la conclusión de que Pedro era una presa fácil de acorralar. Por algún motivo olfateó su soledad y su desorden. Lo esperó rondando el edificio muchas noches. A veces lo veía regresar acompañado por prostitutas y, en otras ocasiones, bebido y solo. Algo le atrajo enseguida de él. Quizá se identificaba con su desvalimiento. Debió de parecerle tan frágil que se sintió seducido. También, como en los animales al acecho, contaban las condiciones favorables del lugar. La casa de Pedro, en el centro de Madrid, en una finca poco poblada, le brindaba una impunidad casi absoluta.

—La otra vivienda de la segunda planta estaba vacía —le dijo al juez—, así que me di cuenta de que no era difícil vigilarlo desde el descansillo de la escalera, abriendo el ventanuco que da al patio interior.

La primera ocasión en que se atrevió a entrar en la finca y a subir al segundo piso

fue cierta noche en que Pedro llegó a su casa acompañado por una prostituta. Santiago lo vio cerrar el portal y, mientras se internaba en la casa, observó cómo su sombra, reflejada en la pared de la escalera, se acercaba y envolvía la de la mujer. Desde la acera de enfrente prosiguió la vigilancia hasta que las dos sombras se reflejaron en los visillos del segundo piso. Entonces se dio cuenta de que aquello no le bastaba y necesitó saber más.

Entró también él en el portal, subió a tientas la escalera y abrió la ventana del descansillo, desde donde podía espiar el baño, la cocina y el dormitorio. Se quedó allí, a oscuras, y sorprendió en la abertura que dejaban los batientes de la ventana del dormitorio el destello de los pedazos de cuerpos, movimientos a veces difíciles de determinar y sonidos que llegaban de tarde en tarde, excitándolo.

Volvió otras noches y, desde el descansillo, vio cómo Pedro se preparaba una copa, o algo para la cena; lo espió mientras se duchaba —a veces con el ventanuco del baño abierto; otras, una sombra en el cristal esmerilado—, y mientras caminaba desnudo por la casa. Le parecía al mismo tiempo grande y pequeño, algo misterioso, que no le pertenecía y que, sin embargo, dominaba. Necesitó saber aún más.

Una mañana, lo siguió en taxi a la oficina y luego, cuando ya se había asegurado de que Pedro estaba en el trabajo, regresó a la casa con la intención de explorarla con tiempo. Utilizó la copia de las llaves que poseía. «Sólo quería ver por dentro lo que tantas veces había visto desde fuera. Mirar desde su sitio el mío», le explicó al juez, que no creo que entendiese gran cosa de ese razonamiento.

En efecto, ese primer día se limitó a recorrer la vivienda en todas las direcciones: a pasar la mano sobre la superficie de los muebles, acariciándola; a sentarse en la butaca en que en tantas ocasiones lo había visto sentarse a él, cuando lo espiaba desde la acera. «No robé nada, no cambié nada de sitio. Me serví un whisky en la cocina, me senté en la butaca y estuve viendo la televisión, como si yo fuese él, tomando el mismo vaso, pero con mi mano, y poniendo los pies sobre el mismo taburete que él. Pensé en lo mucho que me gustaría vivir en esa casa. Ser él, o al menos compartir las cosas con él. No. No era lo mismo que con Ricardo. Cuando digo lo de compartir, no me refiero a ser pareja suya: me refiero a que quería que Pedro me dejara estar allí dentro y se moviera, y pudiera hacer todas las cosas como si yo no estuviese», dijo Santiago de ese primer día.

Desde entonces entraba ya más relajado, siempre después de comprobar que Pedro se encontraba en la oficina. De ese modo, registró sus papeles de trabajo, el ropero («Lo primero que cogí fueron unos calcetines. Se entiende que no lo hice por el valor. Me gustaron porque eran suyos», dijo). Utilizó su perfume y su maquinilla de afeitar. («¿Te das cuenta? La maquinilla de afeitar. Este hijoputa de heroinómano me puede haber pegado el sida», se indigna ahora Pedro.) Estudió la posición y contenido de cada mueble y la distribución de los puntos de luz. Sólo más adelante empezó a trazar estrategias. Se fijó en los objetos que tenían más valor, cuya desaparición resultara más difícil de detectar, y que le parecían más fáciles de vender.

Claro que por entonces había entrado ya en una relación irreversible con la heroína, planeaba pequeños golpes con sus conocidos y me imagino que, en el caso de Pedro, la curiosidad y la satisfacción de sus necesidades debían de habersele convertido en una madeja poco menos que imposible de desentrañar.

Pedro detectó los hurtos al poco tiempo. Notó la desaparición de objetos e incluso de algunas prendas de vestir, pero no atravesaba un momento en el que fuera capaz de ordenar, ya no la casa, sino su propia vida. Así que, como le resultaba complicado determinar cómo podía alguien entrar en su vivienda sin forzar puertas ni ventanas, decidió culpabilizarse a sí mismo, antes que investigar seriamente («¿De quién podría sospechar», dice Pedro, «si ni Amelia, ni la asistenta, si nadie de los que tenían la llave de mi casa iba a tener interés en robarme, y todo estaba siempre en orden?»). Se me ocurre pensar —sé que descabelladamente— que Pedro se empeñaba en adjudicarse la exclusiva de la culpabilidad como un castigo, y que Santiago olfateaba misteriosamente ese sentimiento y se sentía protegido.

De hecho, en las primeras declaraciones que Pedro efectuó después de la muerte de Carlos y, una vez que Santiago ya había confesado, la policía llegó a sospechar que entre ellos existía una relación que podría calificarse de cómplice y, sin duda, de viciosa. No entendieron la falta de reciprocidad en esa relación, su asimetría. «Pero usted tuvo que notar que le faltaban todas esas cosas. No me diga que usted no se daba cuenta. Tuvo que tener algún motivo para no denunciar; alguna razón por la que no quería que esos hurtos llegasen a ser conocidos», se empeñó el comisario, que se negaba a entender los razonamientos de Pedro. «Pensé, pensé», llegó a interrumpir sus explicaciones, «pero qué coño me dice usted que pensó. Si uno tiene una cosa en el armario y al día siguiente no está, lo único que tiene que pensar es que se la han robado. Ya nos tocará a los policías descubrir de qué manera.» Concluyó diciendo: «Y, claro, un robo se denuncia a no ser que exista algo turbio que ocultar.»

La confesión de Santiago extrañó no sólo a los policías, sino al propio juez. Ante él, declaró en este tono: «No iba allí para robarle, aunque a veces le haya cogido cosas por necesidad, porque me hacía falta un pico. Me gustaba verlo poner la televisión, o si encendía el flexo para leer en el dormitorio, o cuando se tumbaba en el sofá. Quería ser amigo suyo. A veces me ponía a su lado en el bar que hay cerca de su casa, y lo veía jugar a la máquina. En alguna ocasión le pedí fuego por la calle. Buscaba excusas para dirigirle la palabra, pero él nunca me conocía de una vez para otra. No se fijaba en mí. ¿Sabe lo que le digo? Que lo que yo quería era que me invitase él a entrar en su casa. Si él me hubiera invitado, yo no habría entrado por mi cuenta.» La aparente indolencia de Santiago, lo que Ricardo llamaba su mezquina actitud de pequeño tendero, enmascaraba un alma resbaladiza y una actitud febril. Curiosa.

Estoy convencido de que Ricardo tuvo que sospechar algo odioso en él. Sé que, si aceptó la invitación de Amelia para pasar el verano en La Moraleja, fue en parte porque aún mantenía la esperanza de librarse de Santiago; de salvarse a tiempo.

Aprovechó para abandonar su casa una de las frecuentes discusiones que, por entonces, mantuvieron. Incluso cambió la cerradura antes de irse. A principios de aquel verano estaba decidido a no volver a verlo nunca. Más adelante se derrumbó. Me consta que algunos días abandonaba al anochecer la casa de Amelia y bajaba a la ciudad con la esperanza de encontrarse con él. Yo mismo me crucé con Ricardo cuando acudía en mi coche a alguna de las fiestas de Amelia. No pensé que era extraño que el principal invitado abandonara solo la casa y el jardín, a pesar de que en el fondo creo que todos estábamos convencidos de que aquellas fiestas existían gracias a él. Es más, creo que si Amelia dio algunas después de que ya había roto con Ricardo, ésas, más que ninguna otra, también le estuvieron dedicadas.

En cualquier caso, no hay que menospreciar el papel del azar, de la mala suerte. Santiago nunca hubiera utilizado la llave de la casa de La Moraleja, de no haber sorprendido juntos a Amelia y Ricardo. Eligió además el momento más bajo de Ricardo: el día en que le confesó que él no era autor de ninguna de las cuartillas que guardaba y que el grupo había descubierto que era sólo un impostor. Mientras se lo contaba, con la novela de Beltrán abierta sobre la cama, se había echado a llorar. Santiago descubrió que la bola que Ricardo había utilizado en su juego no era más que una pompa de jabón que acababa de desvanecerse. Entonces maquinó el robo de los pendientes que Ricardo le había regalado a Amelia. Era como rescatar algo de él que estaba en poder del grupo; que continuaba en poder del grupo. Nada más primario e infantil.

Así pues, que parece claro que la noche en que entró en la casa de La Moraleja, Santiago no tenía la intención de matar a nadie; ni siquiera iba en busca de dinero. De hecho, no tocó ninguna de las joyas que Amelia guardaba en su dormitorio. Se limitó a revolver los cajones del tocador, hasta que dio con lo único que buscaba: los pendientes de Oaxaca. La muerte de Carlos fue sólo un accidente, uno de esos obstáculos que los jugadores de la oca tienen que saltar para llegar al tesoro.

Sin embargo, Santiago ha confesado que no creía poder entrar en la casa. Pensaba que no iba a resultarle fácil burlar la vigilancia de La Moraleja. Es un barrio en el que se detecta fácilmente la presencia de un merodeador. «Estaba convencido de que no iba a llegar ni a la puerta; de que me iban a pillar o a espantar antes», ha dicho. Parecía una locura abrir la puerta del jardín, o saltar la verja, cruzar el bosquecillo de álamos y entrar en la vivienda, porque tanto las puertas del exterior como las de la casa era lógico que estuvieran conectadas con algún sistema de alarma. A pesar de todo, corrió el riesgo, y la suerte lo condenó. Se encontró con que esa noche no había ni vigilantes ni servicio.

Además, Carlos había llegado a casa antes de lo que solía. Según su costumbre, se había servido una copa y se había tumbado en el sofá. La policía encontró el cenicero con las colillas y el vaso con los restos de whisky. Debió de adormilarse. Por eso ni siquiera se molestó en encender la luz. Y Santiago, al no ver ninguna luz en la casa y observar que todo estaba en silencio, se decidió a entrar, convencido de que no había nadie. «No sé muy bien lo que sentí al entrar», dijo durante el proceso, «en el primer momento pensé que, al meter la llave en la cerradura, iba a sonar alguna alarma. No quería robar, ni hacerle daño a nadie. Bueno, quería los pendientes. Tenía que recuperarlos. Eran de Ricardo. Míos. No me hubiera molestado hacerme dos agujeros en la lengua para ponérmelos, si Ricardo me lo hubiera pedido. A lo mejor, eso puede considerarse como un robo.»

Carlos se despertó al escuchar ruidos. Debió de pensar que se trataba de Amelia. Incluso puedo escribir que me excita pensar que su sueño estaba poblado de celos, y que salió para comprobar si eran fundados. El hecho es que salió al pasillo. Santiago lo contó así en el juicio: «Salió desperezándose. Los faldones de la camisa le colgaban fuera del pantalón. Al verme, no retrocedió. Gritó algo y avanzó tambaleándose como si estuviese borracho. Era como si fuese a matarme sólo con la mirada. Cuando sintió el cuchillo, se quedó quieto, y entonces me dio pena.»

A ese impulso de decisión con el que Carlos se abalanzó sobre Santiago, lo llamó Brines, sin ir del todo descaminado, «orgullo». «En esta época», dijo Brines, «una clase social sólo puede entrar en otra a punta de navaja. La muerte de Carlos es también un signo. No hay relaciones inocentes fuera del círculo de cada cual. En la cabeza de Carlos no cabía que alguien pudiera hacerlo retroceder en su propia casa. Yo diría que ni siquiera Amelia. Ella había sido capaz de ponerlo de rodillas, llorando y suplicando. Pero, en los hombres como Carlos, la pasión no hiere el orgullo. Suplicar de rodillas a una mujer, los ennoblece.»

Esta vez, Amelia no se lo encontró de rodillas, suplicante, sino tendido, desangrándose en medio del pasillo. Creyó que estaba muerto. Inmediatamente intentó pedir auxilio, pero, para llegar al teléfono del salón, tenía que saltar por encima del cuerpo de Carlos, y eso le dio miedo. Salió en busca de la cabina más cercana. Se había manchado de sangre las suelas de los zapatos y dejó huellas en las baldosas del pasillo y en el empedrado del jardín. Desde la cabina, antes que a una ambulancia, que a la policía, que a nadie en el mundo, telefoneó a Pedro.

Amelia y yo habíamos pasado esa tarde juntos y hacía apenas media hora que nos habíamos despedido. Sin embargo, lo llamó a él.

Cuando Pedro llegó, Carlos aún respiraba. Tardó algunas horas en acabar de morir, aunque en la clínica lo desahuciaron desde el primer momento. Amelia y Pedro habían esperado la ambulancia en el pasillo de la casa de La Moraleja.

Pasaron la madrugada juntos, primero en el hospital y luego en la comisaría, una vez que los policías registraron todos los rincones de la casa, y el jardín y sus alrededores. Detrás de un macizo de hortensias encontraron un cuchillo manchado de sangre, que Pedro reconoció. Era el que alguien había sustraído de su casa meses antes.

Resultó evidente que la investigación iba a recaer entre los componentes del grupo. Yo creo que Pedro en un primer momento llegó a sospechar de Amelia y que, a pesar de lo horrible de la situación, esa sospecha alimentó en él alguna esperanza.

Pero las pesquisas se prolongaron apenas unas horas, porque, antes del amanecer, Santiago se presentó en la comisaría. A su lado iba Ricardo. Tenía el rostro desencajado y se notaba que había llorado y también, muy probablemente, bebido. Cuando el guardia de puerta le preguntó a Santiago si acudía a presentar alguna denuncia, dijo sin inmutarse:

—Vengo a denunciarme yo mismo.

Pedro y Amelia lo vieron todo desde la sala de espera. Amelia sufrió un ataque de nervios y los policías le pidieron a Pedro que se la llevara a una cafetería que permanecía abierta durante toda la noche cerca de la comisaría. Esposaron a Santiago delante de ellos y, ya con las muñecas esposadas, tendió las manos hacia Pedro y le dijo:

—¿Te acuerdas de mí? Me has visto y algunas veces has hablado conmigo.

A Pedro le pareció que se enfrentaba con un protagonista de sus pesadillas. En efecto, reconoció vagamente a Santiago y sintió deseos de agredirlo.

Al amanecer, acompañó a Amelia a casa de Concha. No aceptó quedarse en la de él. No se sintió obligada a pagarle ninguna deuda, ni creo que haya vuelto a verlo después de aquel día. Pedro ni siquiera asistió al entierro de Carlos, quizá movido por un deseo de venganza, o simplemente de libertad.

5

Amelia pasó una buena temporada en casa de Concha. Creo que se llevaron bien, aunque luego hayan dejado de tratarse. Concha la ayudó en aquellos días. Amelia aún se lo agradece, porque fueron momentos muy difíciles para ella. Cuando el cuerpo de Carlos todavía estaba caliente, los familiares le exigieron que abandonase la casa de La Moraleja. Al fin y al cabo, para ellos Amelia había sido una más entre las amantes

de Carlos. Probablemente ni siquiera la mejor.

Cada vez que se refiere a aquellos días, Concha acostumbra a alabar la serenidad que Amelia mostró. Ella misma se encargó de alquilar la furgoneta con que recogió sus pertenencias. No se toleró ni una lágrima. Dobló cuidadosamente los vestidos que le pertenecían, escogió los libros que eran suyos y ayudó a los obreros a empaquetar las cosas. La madre y los hermanos de Carlos vigilaron las maniobras en todo momento.

No les cabía en la cabeza que ella pudiera sufrir. El sufrimiento estaba estrictamente reservado a la familia. Con evidente crueldad, palparon sábanas y cortinas, y dictaminaron cuáles podía llevarse Amelia y qué otras formaban parte inseparable del patrimonio familiar. Amelia no se llevó nada que no fuera suyo, pero tampoco transigió cada vez que intentaron desposeerla de lo que le pertenecía.

El enfrentamiento más desagradable se produjo ante el cofre de las joyas. Entre ellas había algunas que Carlos le había ido regalando y que procedían de la dote familiar. Amelia las defendió, hasta que vio que de todos modos iba a perderlas. Entonces las miró como si no fueran más que cuentas de vidrio y sólo le hubieran interesado por melancolía.

6

Acabé de ordenar mis papeles acerca de Ricardo Alcántara ya de madrugada, estuve releyéndolos hasta el amanecer y hoy me he levantado tarde. Se ha pasado la mañana lloviendo y se estaba bien en la cama, mirando cómo resbalaba la lluvia en los cristales de la ventana. Ni siquiera he salido a la calle para comprar el periódico. Cuando me he decidido a abandonar la cama, me he quedado en el despacho, repasando estos papeles que me ocupan desde hace meses. He corregido adjetivos, construcciones sintácticas y signos de puntuación. Pero las palabras parecían girar en el aire y luego regresaban y me golpeaban en la cabeza como boomerangs.

Pensaba en Tomás Beltrán. Día a día ha ido creciendo en mí la necesidad de saber más de él. Anteayer, pedí su teléfono en la editorial en que ha publicado el libro. Me movía un deseo confuso, y, cuando anotaba el número en un papel, estaba convencido de que nunca iba a utilizarlo. Pero hoy, mientras me peleaba inútilmente con las palabras, algo me ha empujado a buscar ese papel y a marcar las cifras que había anotado. Se ha puesto al teléfono el propio Beltrán y ha respondido con amabilidad a mi propuesta de que nos veamos dentro de un par de días. Al colgar, he sentido que crecía aún más mi fatiga. He tenido la impresión de que debía empezar de nuevo esta historia; de que el principio ya no podía situarse ante el tejado ostentosamente

antiguo de la casa de La Moraleja, sino que ahora mi propia nostalgia empezaba muy lejos, tal vez en las desoladas callejas de los arrabales de Manila, donde el viento huele insoportablemente a podrido y, por fuerza, todo ha de hacerme daño. Me ha dolido el presentimiento de otra verdad, que una vez más se había disfrazado de error.

Pasado el mediodía ha sonado el teléfono. Brines. Se me había olvidado por completo que tenía una cita para comer con él, en su casa. Sé que Brines, en *petit comité*, me llama «el espía sentimental» y se burla de mi relación con Amelia. Eso quiere decir que me quiere a su manera. Cada cierto tiempo me telefonea, me invita a comer y me escucha con interés.

He acudido a su casa y hemos comido en un rincón de la sala en que antes estaban los Bacon y, desde unos días después de la muerte de Carlos, ya no están. «Me deprimía esa carnicería», me dijo la primera vez que noté su ausencia y le pregunté qué había hecho con ellos. Sin embargo, las malas lenguas aseguran que formaban parte del patrimonio de Carlos y que los ha recuperado la familia.

Hemos tomado café en un bar cercano y luego él se ha ido a la galería. Sigue llevándola, aunque desconozco en qué condiciones. La permanencia de Brines al frente de la galería es la única de las decisiones que Carlos tomó mientras vivía y su familia ha respetado. Sin duda, debe resultarles rentable.

He cogido un taxi para volver a casa. Había dejado de llover y le he pedido al taxista que parase un poco antes de llegar. He caminado por una acera limpia, recién lavada por la lluvia. Una vez en casa, he esperado durante toda la tarde la llamada de Amelia. Me había prometido que asistiríamos juntos a la presentación del nuevo libro de José. Dicen que es el mejor de los que ha escrito. Aún no he tenido ocasión de leerlo. Me hubiera gustado estar presente en la fiesta de la editorial, pero ella no me ha llamado. Me he quedado en el despacho, creo que porque me da miedo que esté allí, en la fiesta, y coquettee con Brull; o lo que es peor, que ni siquiera esté y todo se convierta en sospecha.

7

Hace un rato, mientras me servía una copa al lado del teléfono, sabiendo que ya no iba a sonar, he pensado en que pasado mañana tendré que entrevistarme con Tomás Beltrán y en que quizá él venga a enredar aún más los hilos de este tapiz que he creído tejer con lo que los otros me han ido contando. Y he tenido la certeza de que también yo me veré obligado a acabar contándole mi parte de trama a otro, a alguien que tenga la inocencia de mentirse suficientemente para creerse sabio tejedor durante algún tiempo: un iluso, o un impostor.

He matado las primeras horas de la noche volviendo a revisar este desorden de papeles. Me parece difícil darles forma y, al mismo tiempo, curiosamente, sé que la forma es lo único que puede salvarlos a ellos y salvarme a mí de ellos. Porque siento que, a lo largo de todos estos meses, mientras los escribía, se evaporaba algo de mí mismo que he perseguido, algo que nunca debería haber dejado escapar. No sé qué. Sólo que he sentido ganas de llorar mientras miraba las manecillas del reloj que tengo sobre la mesa de trabajo y he visto marcharse el tiempo.

Epílogo

A las diez y pocos minutos de la mañana, hubo un convoy de metro, procedente de la plaza de España, que se detuvo durante casi cinco minutos en la estación de Campamento. Llevaba los vidrios de las ventanillas salpicados por el agua que había recogido en su trayecto a través de la Casa de Campo. Era un día del mes de noviembre y llovía. El conductor se bajó al andén y se puso a dar saltitos sin dejar de mirar hacia el extremo en que brillaba la luz roja del semáforo. Algunos pasajeros siguieron su ejemplo.

En ese mismo momento, un empleado de la compañía eléctrica procedía a interrumpir el suministro de luz al apartamento 6º A de uno de los bloques situados frente a la boca del metro. Llevaba una bolsa colgada al hombro y estuvo silbando durante todo el tiempo que duró la operación. Los afectados no se dieron cuenta hasta varias horas más tarde; para ser exactos, hasta aproximadamente las cuatro y media de la tarde, cuando uno de los dos inquilinos del apartamento se despertó, se calzó las zapatillas, dio un par de vueltas por el salón, que olía a viejo humo de cigarrillo, y se dirigió al frigorífico: al abrir la puerta, descubrió que el plato con los restos de la cena se había encharcado.

En un primer momento pensó que algún accidente había hecho saltar el automático y se dirigió al rincón donde se encontraba adosado a la pared, junto a la puerta de entrada. Manipuló las clavijas sin resultado y tocó los interruptores de la luz situados en el pasillo y en el minúsculo recibidor. Al ver que no obtenía ningún resultado positivo, salió al rellano y pulsó el botón para llamar al ascensor.

Descendió en el ascensor hasta la planta baja y se metió por un pasillo situado a la izquierda de la cabina acristalada que servía de portería, y que conducía al cuarto en el que se guardaban los contadores de la finca. Allí descubrió, con un relámpago de ira, que su compañero se había gastado el dinero que habían conseguido días atrás para pagar el recibo pendiente. Salió furioso del cuarto de contadores y, mientras el ascensor lo devolvía a la sexta planta, se fue excitando aún más.

Pero, al llegar, se asomó a uno de los ventanucos de la escalera. Afuera estaba nublado y caía un aguanieve sucia. La escalera se iba quedando en penumbra. No había nadie abajo, entre los setos muertos que separaban el edificio de la calzada: ramas secas y barro. Más allá, se levantaban los bloques de ladrillo entre la niebla gris y algunos automóviles circulaban con los faros encendidos. Sintió pena de sí mismo y de su compañero que aún dormía. Decidió no despertarlo ni decirle nada. Se metió en el apartamento, cerró la puerta y pensó que la casa se estaba quedando helada y que ya sólo entraba una lengua de leche gris por la ventana de la habitación. Anochecía. Hacía horas que anochecía despacio y caía aguanieve con tranquilidad. Le quedaba poco tiempo. Se dirigió al salón, registró uno de los cajones del aparador de estilo castellano y sacó una Parker de oro y algunas hojas. Luego se acercó a la ventana. Dentro de un rato ya ni siquiera junto a la ventana

quedaría luz. Se puso a escribir:

«Querida madre: Llevas mucho tiempo sin saber de mí. Yo diría que llevas toda la vida sin saber de mí. Te he mentado. Hace más de dos años que he vuelto a Madrid. Busqué el amor de ellos, para que tú me quisieras. Me equivoqué. Te lo voy a contar».

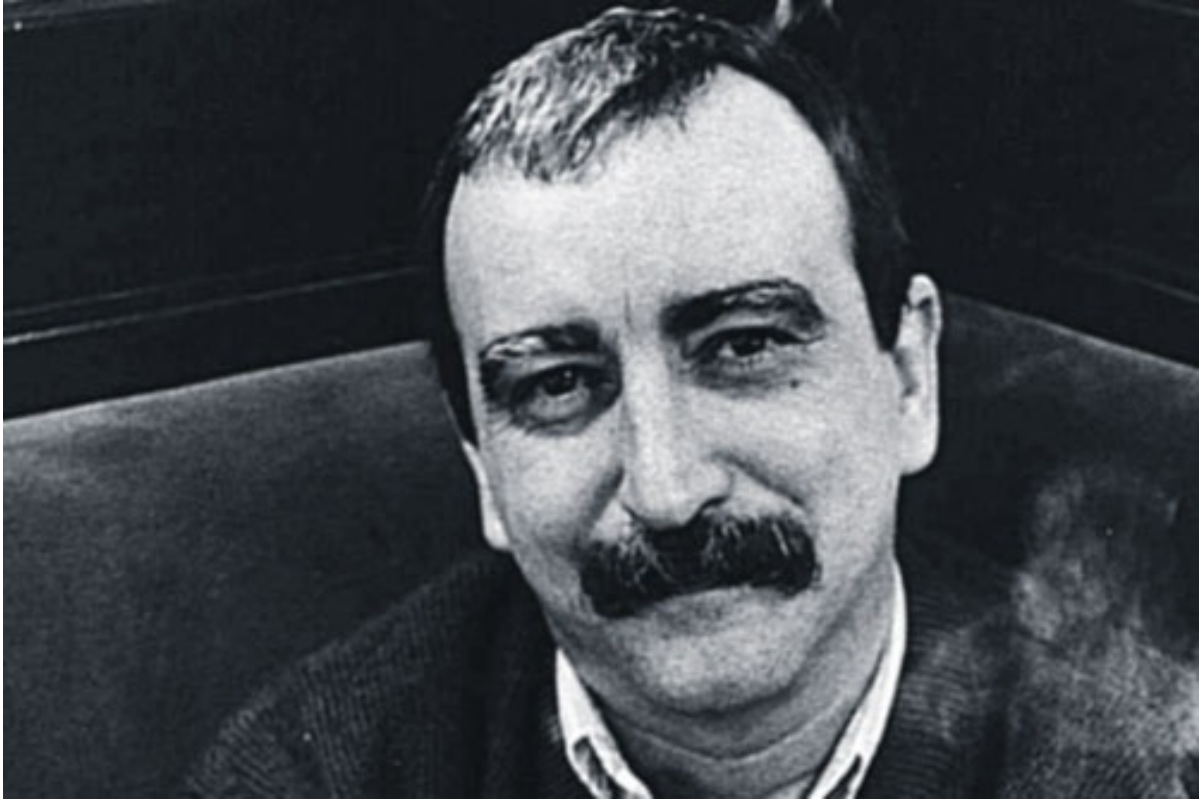
2

A la misma hora en que el hombre iniciaba la redacción de su carta, un automóvil rojo se detuvo algunos kilómetros al este de Campamento, ante un semáforo del paseo de Recoletos. Estaba rodeado de una multitud de otros automóviles e iba ocupado por un hombre de apenas treinta años que, aprovechando la parada, golpeó rítmicamente sobre el volante con los dedos índice y pulgar de ambas manos, y por una mujer rubia, en la frontera de los cuarenta, que abrió la ventanilla y dejó que las gotas de fina aguanieve le empaparan la cara.

Al abrir la ventanilla, la mujer había sentido que le llegaba desde un seto cercano el olor de la tierra mojada. Y ese olor le trajo el recuerdo de cierta tarde en la que ayudó a alguien a plantar hortensias en una terraza. Fue un recuerdo muy breve: duró el tiempo de un relámpago doloroso, porque, enseguida, para alejarlo, cerró la ventanilla. Entonces, el ruido del limpiaparabrisas le trajo el sonido de las teclas de una Underwood, que inundó durante todo un verano cierto jardín. Tampoco ese recuerdo le hizo ningún bien. Huyó de él. Sacó un espejito del interior del bolso y se miró. Pensó que no aparentaba su edad. Pensó que parecía más joven y, para demostrárselo, sonrió al espejo.

Entretanto, el coche había vuelto a ponerse en movimiento en medio de la multitud de coches y el hombre ya no golpeaba el volante, sino que lo movía suavemente entre las manos. Las gotas de aguanieve salpicaban los vidrios de las ventanillas y el limpiaparabrisas se movía intermitente. Los ocupantes del automóvil permanecían en silencio y el tic tac del limpiaparabrisas ya sólo imitaba los latidos de un corazón.

Madrid-Valverde de Burguillos, 1987-1990



RAFAEL CHIRBES MAGRANER. Tavernes de la Valldigna (Valencia), 27 de junio de 1949 - 15 de agosto de 2015. Su primera novela, *Mimoun* (1988), quedó finalista del Premio Herralde de Novela.